

Enrique Zavala



Shape the future
with confidence



Nace un IMPERIO

La historia de los incas
contra los chancas







Representación de la guerra entre los incas y los chancas (Imagen generada por IA - Copilot)



La presente obra es de distribución gratuita en las diversas modalidades y formatos existentes en medios físicos y/o virtuales. Se prohíbe su venta, distribución, difusión y reproducción total o parcialmente, alterando o suprimiendo el contenido de la obra, sin el permiso expreso y previo del editor.

© Todos los derechos reservados

© Ernst & Young

© EY

© Enrique Zavala Concha

Nace un imperio, la historia de los incas contra los chancas

Autor: Enrique Zavala Concha

Editor:

Ernst & Young Consultores S. Civil de R. L.

Av. Víctor Andrés Belaunde 171, Urb. El Rosario – San Isidro

Lima - Perú

Teléfono: 411-4444 / Correo: eyperu@pe.ey.com

El presente libro ha sido editado sobre la base de la crónica investigativa y reportaje del autor a sus entrevistados, y ha sido preparado sobre la base de la información brindada de manera segura por parte de ellos, únicamente con fines de difusión cultural y gratuita. Las opiniones, citas, atribuciones, comentarios, fotos, ilustraciones y datos facilitados por los entrevistados, que son expuestos en esta publicación, son de exclusiva responsabilidad de los mismos por lo que no reflejan necesariamente los puntos de vista de EY. Por ello, EY no asume ninguna responsabilidad por el contenido de la presente obra e investigación respectiva, incluyendo las fotos e ilustraciones. El autor es el único responsable por la veracidad de las afirmaciones o comentarios vertidos.

Fotos utilizadas en el documento: Enrique Zavala Concha, Collection of Brooklyn Museum. Imágenes generadas con inteligencia artificial (IA - Copilot).

Cuidado editorial: Paulo Pantigoso

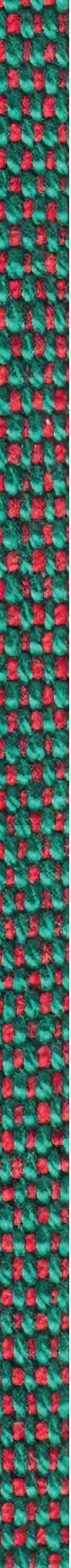
Diseño y diagramación: Karla Ramírez

Alojado en: <http://www.ey.com/pe/la-historia-en-ey>

Primera edición - noviembre 2025

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°: 2025-13128

ISBN: 978-612-5228-02-4



Shape the future
with confidence



Representación de un líder Inca. (Imagen generada por IA - Copilot)

ENRIQUE ZAVALA

Nace un **IMPERIO**

La historia de los incas
contra los chancas



Shape the future
with confidence



ÍNDICE

Proemio
P. 11

Introducción
P. 17

Bibliografía
P. 194

CAPÍTULOS

Capítulo I

Los chancas sitian el Cusco y cómo el inca Wiracocha alista la rendición. El príncipe Cusi Yupanqui se opone y alista la defensa. Una aparición de su dios le promete la victoria.

P. 24

Capítulo II

El origen de los incas. La primera creación por el dios Wiracocha. Una segunda creación en la isla Titicaca.

P. 32

Capítulo III

El origen de los incas. Dos leyendas contadas por los indios. La leyenda de los hermanos Ayar. La leyenda de Manco Cápac y Mama Ocllo contada por Garcilaso.

P. 40

Capítulo IV

Tiahuanaco y el origen colla de los incas. La leyenda de Manco Cápac y Mama Ocllo se hace realidad. La invasión aymara y la destrucción de Taipicala. El refugio en el lago y el éxodo hasta el Cusco.

P. 48

Capítulo V

Manco Cápac y Mama Ocllo y la llegada de los incas al Cusco. Mama Huaco, la otra mujer de Manco Cápac. Otras partes reales de la leyenda.

P. 56

Capítulo VI

El origen de los chancas y las tierras que ocuparon. La leyenda sobre el nombre de la pacarina de donde surgieron. Su organización social y su confederación.

P. 66

Capítulo VII

La planificación urbana de los chancas. Cómo eran sus construcciones. Su sencilla organización social y religiosa y sus fundadores.

P. 74

Capítulo VIII

Los quechuas piden ayuda a los incas contra los chancas. Cápac Yupanqui es asesinado por su esposa. Los chancas toman el reino Quechua. Inca Roca los hace retroceder. Otro regicidio aprovechado por los chancas.

P. 80

Capítulo IX

La asunción al trono del nuevo inca. Hatum Túpac toma el nombre del dios Wiracocha. El intento fallido para derrocarlo. Las nuevas enemistades de Wiracocha con los sacerdotes.

P. 92

Capítulo X

Los hijos del inca Wiracocha. Urco, el hijo correinante e inca por breve tiempo. El virtuoso hijo Cusi Yupanqui.

P. 98

Capítulo XI

Los conflictos para la sucesión de Wiracocha. Los intereses políticos para buscar al sucesor. Un noble general inca en amoríos con una esposa de Wiracocha. Los sacerdotes incas complotan con los chancas.

P. 106

Capítulo XII

Los chancas se alistan para atacar Cusco. Wiracocha desampara el Cusco y se retira a Calca. Los orejones piden a Cusi Yupanqui que asuma la defensa. Cusi Yupanqui se queda en Cusco con siete hombres de confianza.

P. 112

Capítulo XIII

El príncipe Cusi Yupanqui prepara la defensa del Cusco. Los espías de Cusi liderados por Quilliscachi. Los chancas envían a un mensajero para negociar la rendición.

P. 118

Capítulo XIV

Una oración de Cusi Yupanqui es contestada por su dios. Los chancas avanzan hacia el Cusco. Un general chanca se entrevista con Cusi y se van a las manos. Los chancas inician el ataque y Quilliscachi alerta a los incas.

P. 126

Capítulo XV

Las primeras defensas incas se apostan en el cerro Carmenca. Los chancas remontan Carmenca y bajan en desorden hacia el Cusco. Una mujer defiende el Cusco en Chocos-Cachona. Cusi Yupanqui toma la momia de Uscovilca.

P. 134

Capítulo XVI

Surge la leyenda de los pururaucas. La batalla se inclina a favor de los incas. El escape chanca y la persecución. La victoria de Cusi, al que llaman Pachacútec.

P. 144

Capítulo XVII

El inca Wiracocha duda de la victoria de Cusi. Un jefe chanca reconoce los despojos. Wiracocha se niega a pisar los despojos y reclama para Urco la victoria. Los chancas se reorganizan en Ichupampa.

P. 152

Capítulo XVIII

Cusi y sus generales alistan sus fuerzas militares. Los incas esta vez no esperan a los invasores, salen a atacarlos. Las fuerzas chancas e incas pelean en Ichupampa. La victoria inca y el cambio de nombre de la pampa.

P. 160

Capítulo XIX

La persecución a los chancas continúa, pero muere Vicaquirao. La clemencia con los aliados de los chancas. Cusi lleva personalmente los despojos a su padre. Una emboscada para matar al príncipe victorioso. La muerte del correinante Inca Urco.

P. 168

Capítulo XX

Cusi entra al Cusco victorioso después de derrotar a los chancas. Ordena castigos horrendos para los prisioneros para que nunca se olviden. Cusi reparte generosamente el nuevo botín. Wiracocha lo acepta como sucesor.

P. 176

Capítulo XXI

La ceremonia de asunción de Pachacútec. El nuevo inca desposa a su esposa principal. La gran obra de Pachacútec. El desenlace final con los chancas.

P. 182





Representación de un guerrero chanca y de un líder inca. (Imagen generada por IA - Copilot)

P R O E M I O



*Paulo Pantigoso
Velloso da Silveira*

Country Managing Partner
EY Perú

Entre 1438 y 1440, cuentan los cronistas que ocurrió la batalla de Yahuarpampa (“Yawarpampa” o “pampa o valle de sangre”; lugar también conocido como Ichupampa, cercano a la ciudad del Cusco), lucha crucial entre la etnia chanca (probable sucedánea de los Wari), que dominaba en ese entonces territorios de los actuales departamentos de Apurímac y Huancavelica, y de la provincia de Andahuaylas, versus los incas, batalla ésta que marcó un punto de inflexión para ungir a sus vencedores, los incas, como la etnia que no solamente prevaleció sino que multiplicó su poderío para convertirse al poco tiempo en el poderoso imperio del Tahuantinsuyo. Así, en una recopilación de crónicas que se empezaron a escribir desde aproximadamente 100 años después de esta batalla por parte de los cronistas y desde el inicio del período de conquista del Imperio Incaico, conocer los prolegómenos de este conflicto, detalles y desenlace resulta importante para estudiar cómo, cuándo, por qué y dónde se consolidó la supremacía de la historia inca, puesto que además, inscribe el inicio de su etapa verdaderamente imperial.

En efecto, Titu Cusi Yupanqui (“Cusi”), hijo del inca Wiracocha (Huiracocha), lideró la mítica victoria sobre los chancas en condiciones que no predecían que prevalecería en la lucha que, para



entonces, cercaba a la ciudad del Cusco, y que a la postre significó la decadencia y sometimiento chanca a los incas, y la unción de Cusi como inca que pasó a llamarse Pachacútec. ¿Qué hubiera ocurrido si los chancas hubiesen atacado a los incas con sus tres ejércitos juntos y desde un inicio, al mismo tiempo, en lugar de hacerlo con solamente un ejército? Y si Cusi hubiese sido derrotado y los chancas hubiesen conquistado luego el Cusco, ¿cuál etnia hubiera prevalecido en dicha ciudad y a quiénes hubiesen hallado en ella los conquistadores, una centuria después? La importancia de cómo se gestó este conflicto, su desenlace y consecuencias, marcaron de manera determinante el futuro de nuestro Perú actual.

Con Pachacútec, los incas iniciaron su período de apogeo que duraría alrededor de un siglo, y con ello su vigorosa expansión territorial, cultural, social e histórica, que Túpac Yupanqui expandió y Huayna Cápac consolidó. Pachacútec es, indiscutiblemente, el “inca de incas”; es el inca que estableció las reformas que estructuraron al Imperio Incaico y que gestó la época de su mayor esplendor que hoy más estudiamos y admiramos, siendo él recordado, incluso, a través de una imponente escultura monumental situada en el óvalo Pachacútec –sobre el cruce de avenidas la Alameda Pachacútec y 28 de Julio, que se prolongan a El Sol y Ejército, en el centro histórico– en “su” ciudad actual del Cusco.

Este libro bien podría haberse llamado “El surgimiento del Imperio Incaico” o también “El origen y unción de Pachacútec como Inca Imperial”, pues resulta correcto considerar estas ideas como centro de su desarrollo y explicación, y, para relacionar aún mejor su comprensión, es que aliento la lectura de otros volúmenes que se hallan en la ruta digital de www.ey.com/pe/la-historia-en-ey, la misma que contiene las publicaciones de EY Perú: *El Tahuantinsuyo de los Incas*, *Vida y obra de fray Martín de Murúa*, *Quipus y quipucamayoc*, *Travesías ultramarinas de Túpac Yupanqui*, entre otras; todos títulos anteriormente publicados que tienen puntos de contacto con la presente obra, pues están relacionados entre sí, permitiendo una mejor visión panorámica de nuestro pasado.

Es a través del conflicto entre chancas e incas, que la historia y los mitos se funden en esta nueva entrega de EY Perú, que a manera de crónica la desarrolla Enrique Zavala, autor también de *Juanita: la niña de los 500 años*, y de *1600: La erupción colosal* (del volcán Huaynaputina). Para desarrollar su obra, Zavala demuestra nuevamente sus dotes de cronista y de investigador, estudiando diversas fuentes de cronistas y arqueólogos, de relatos y documentos de instituciones, entre otras fuentes, conjugando su práctica de la etnohistoria con algo que le resulta fundamental y que favorece enormemente a esta publicación: el estudio a través de su viaje personal al Cusco y a la zona donde se habría desarrollado la batalla de Yahuarpampa, lugar cercano a la ciudad.

Zavala nos regala esta obra escrita en forma de crónica en 21 capítulos, inclusive con ilustraciones escogidas y elaboradas ad-hoc, y se adentra a citar y a interpretar diálogos de los hechos históricos recogidos por los cronistas, provenientes de los actores que delinearon nuestra historia del Perú. De hecho, en una situación de desventaja numérica inicial por parte del ejército inca versus el ejército chanca, y del repliegue y renuencia a luchar por parte de su padre el inca Wiracocha y de su hermano Urco contra los chancas, es que Cusi al final vence y se ciñe la mascaypacha como Sapa Inca y sucesor del inca Wiracocha.

Mi agradecimiento personal y el de todos mis Socios de EY en el Perú a Enrique Zavala por su inspiración, pasión y trabajo para reunir la información y editarla de la manera como aquí la presentamos. Gracias por su aporte a la cultura del Cusco y a nuestro acervo cultural peruano.

En ese sentido, agradecemos también al Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú y en particular a su Centro Cultural Inca Garcilaso, cuya dirección justamente promueve su divulgación gratuita nacional e internacional (ver <https://www.ccincagarcilaso.gob.pe/creacion-y-patrimonio/actividades-mirador/libros-peruanos/>).





Agradecemos también la difusión digital y gratuita del contenido de esta obra, para que conozcamos más acerca de nuestra historia. En EY procuramos “hacer un mejor mundo para los negocios y para trabajar” y “asistir a delinear nuestro futuro”, y este volumen aporta conocimiento en modo de cultura. Somos conscientes de que uno de los mejores legados es el conocimiento continuo, y tenemos la convicción de que obras como esta logran el propósito de recoger historia peruana y traducirla en análisis para múltiples usos y beneficios, además de educar de manera seria, visual y con respeto.

Finalmente, como extensión de nuestro quehacer cotidiano que se proyecta con sentido a nuestra comunidad como un todo, agradezco a mis Socios y a todos los colaboradores de EY, por nuestro esmero en cada servicio profesional que acometemos, pues como una institución que vive del conocimiento particularmente técnico, es también nuestro interés el brindar conocimiento en ángulos diferentes como es el de la formación humanista en el conocimiento de la historia de los que habitamos en nuestra nación peruana.

Lima, noviembre de 2025





Representación del inca Manco Cápac y Mama Oello. (Imagen generada por IA - Copilot)

INTRODUCCIÓN



Enrique Zavala

Periodista

Autor

Después de la conversación telefónica con Paulo Pantigoso, la idea de escribir un libro sobre la guerra entre los incas y los chancas no me dejaba. Nunca había profundizado en el tema y mi conocimiento, como seguramente de la mayoría de los peruanos, era muy superficial y hasta distorsionado.

Paulo, el gerente general para Perú de EY, se había convertido en la práctica en mi editor para la producción de reportajes históricos, que su organización ha tenido a bien publicar para su distribución gratuita como una contribución a la cultura, colocándolos entre decenas de magníficos libros escritos por especialistas, casi todos ellos sobre grandes hechos históricos.

Fue cuando tanteábamos temas para un nuevo libro, cuando soltó la idea. Un par de meses después, luego de hacer una primera revisión de las cosas que se habían escrito, lo llamé para confirmar.

–Paulo, sí puedo escribir un libro de ese tema –le dije.

–Entonces adelante –me contestó.



Lo que no sabía en ese instante era cuán contradictorias podrían ser las crónicas respecto a ese hecho, ni tampoco cuánta duda existía sobre si era real.

Me pareció que lo más sensato era empezar con la lectura de los dos más reconocidos historiadores contemporáneos y especialistas en la época prehispánica y colonial del siglo XX, María Rostworowski y Waldemar Espinoza Soriano.

A Rostworowski tuve la oportunidad de conocerla a inicios de este siglo, gracias a una invitación que me hizo Dante Zegarra para que estuviera presente en la visita guiada que él le haría a la historiadora por el Monasterio de Santa Catalina de Arequipa, un hermoso convento que es una hermosa ciudadela colonial.

Lo que más recuerdo de aquella visita es a Rostworowski quejándose de las misas actuales.

—No sé por qué tienes que estar parándote y sentándote tantas veces —dijo—. Yo prefiero las misas anteriores en latín.

No pude conocer personalmente a Waldemar Espinoza, pues mientras terminaba este libro me enteré de su fallecimiento. Claro que después de leer varios de sus escritos y de ver muchas entrevistas que le hicieron, tengo cierta sensación de cercanía y hasta de cariño por él.

Evidentemente ambos tenían muchas coincidencias al narrar los hechos de los incas, pero también diferentes interpretaciones sobre algunos sucesos, como la guerra entre los incas y los chancas, o sobre los orígenes mismos de esas culturas.

Leyendo *Historia del Tahuantinsuyo* encontré una sentencia de Rostworowski que suavizó mi preocupación por las contradicciones:

“Debido al hábito andino de adulterar los eventos se hace imposible relatar una historia inca verídica, coherente y segura. Cada suceso

debería de ser comprobado, lo cual es imposible por falta de documentación”.

Ese era el mayor problema: la ausencia de escritura conocida en la cultura inca ha hecho que la reconstrucción de su historia se base, en mucho, en las narraciones de los cronistas españoles, unos tempranos y otros más tardíos, que encontraron información oral a través de entrevistas a los lugareños, a otros españoles que habían oído ciertas versiones e, incluso, escucharon cantares épicos incas.

Rostworowski completaba aquella afirmación diciendo que “una historia inca podría ser relatada de tres o cuatro maneras diferentes y en ellas se basaron los cronistas. De allí que la guerra contra los chancas tenga que ser investigada con cautela para poder así desbrozar el mito de la realidad”.

Y ese era precisamente el reto.

Para afrontarlo, pensé que la mejor forma era estudiar las crónicas en las que Rostworowski y Espinoza se habían basado. Había que leer, por lo menos en buena parte, lo que ellos habían leído, para luego ver la interpretación que cada uno de ellos le había dado.

El agregado de cada uno era importante para desmitificar las narraciones y estar más cerca de la historia.

Espinoza recordaba que, hasta mediados del siglo pasado, las fuentes que se usaban para contar la historia de los incas y de la cultura andina eran exclusivamente las crónicas de los siglos XVI y XVII, “pero ahora son las visitas, informaciones, memoriales, testamentos, cartas, etcétera, los que han venido a enriquecer y a revolucionar el análisis de la etnohistoria andina”.

Fue leyendo esas crónicas que me di cuenta que no podía escribir la historia de la guerra entre los incas y los chancas como una crónica, una suerte de novela que sólo contara hechos verídicos, como hizo





EY

Gabriel García Márquez en *Noticia de un secuestro*; tenía que usar el reportaje para poder citar fuentes, aunque de una manera mucho más amigable que en los *papers* académicos.

Así que busqué una fórmula entre lo hecho por Espinoza en su libro *Los Incas* y lo que hizo Rostworowski en su obra *Pachacútec*.

La tranquilidad para realizar este reportaje llegó cuando escuché al historiador peruano contemporáneo Francisco Hernández referirse al tema:

“La guerra de los chancas es tan real como la guerra de Troya, porque los cronistas, así como cuentan que Pachacútec venció a los chancas, también nos cuentan que las rocas se convierten en soldados, o que Pachacútec entra en un sueño y se le aparece su dios y le pregunta cosas. Entonces es una época que está entre el mito y la historia, tan real como la guerra de Troya”.

Me pareció un magnífico ejemplo para entender esa guerra mítica en las puertas del Cusco que determinó un gran salto en la historia de los incas: pasar de un señorío relativamente pequeño a un estado imperial.

En una de mis visitas al Cusco buscando información y tratando de ubicar los sitios de la confrontación, hablé con uno de los más notables arqueólogos de la ciudad, que prefirió no darme una entrevista. Se excusó, aunque dándome, sin darse cuenta, su concepción concreta al respecto en seis palabras:

–Para mí, esa guerra nunca ocurrió –me dijo.

¿La guerra de los incas y los chancas podría haber sido solo un invento?

A mí no me lo parece y a muchos historiadores tampoco. Son tantos los escritos sobre este hecho, disímiles en la forma, pero coincidentes en el fondo, que es difícil negar que haya ocurrido. Sin

embargo, la mejor manera de comprobar su existencia es a través de hallazgos arqueológicos.

Si la guerra entre los incas y los chancas está narrada en los cantares épicos de los incas, la guerra de Troya se encuentra basada en los poemas de Homero: *La Iliada* y *La Odisea*, y no completamente sino sólo episodios, como el de la cólera de Aquiles o la de la narración del regreso de Odiseo a Ítaca, pues, lo demás, se engarza en otros poemas como *La Eneida*, de Virgilio.

Lo interesante es que terminando el siglo XIX, el arqueólogo alemán Heinrich Schliemann, después de recorrer Turquía buscando la ciudad de Troya, terminó por encontrarla en la colina de Hissarlik en la costa de Anatolia.

Lo interesante es que no hallaron los vestigios de una ciudad, sino de nueve, una construida sobre la otra.

Estudios arqueológicos más modernos han revelado que la llamada Troya VI, que corresponde a los años 1700 a 1250 antes de Cristo, estaba amurallada y con un foso grande que impedía el paso de los carros de guerra y, además, con signos de haber sido asaltada y destruida por el fuego, algo que embona perfectamente con la mítica guerra de Troya.

¿Quiénes la asaltaron y por qué motivos? Son preguntas que la arqueología no ha podido responder.

En el caso de la guerra entre incas y chancas, el hallazgo arqueológico no se ha dado recientemente, pero Pedro Cieza de León, uno de los cronistas más tempranos y de más credibilidad, la menciona sin dejar dudas.

Se trata de un galpón que encontraron los primeros españoles al llegar al Cusco, específicamente en el cerro Carmenca, que fue el escenario de la primera batalla en defensa del Cusco y, luego,





punto del castigo escalofriante y ejemplar que dio el victorioso Pachacútec a los vencidos.

Cieza cuenta que el inca mandó a construir “una casa larga a manera de tumba en la parte que se dio la batalla”. Allí se colocaron los cuerpos luego de ser desollados y sus pieles rellenas de paja y ceniza para volverles a dar forma humana, para que quedasen allí como testimonio de la manera en que trataban los incas a quienes se les enfrentaban.

“De esta suerte y de otras estuvieron hasta que los españoles entraron en el Cusco. Pero Alonso Carrasco y Juan de Pancorvo, conquistadores antiguos, me contaron a mí de la manera que vieron estos cuerpos de ceniza y otros muchos de los que entraron con Pizarro y Almagro en el Cusco”, escribe Cieza.

La guerra fue real.

Lo que es difícil de determinar es su magnitud y si el enemigo chanca era verdaderamente tan poderoso como se suele decir.

Juan Ossio Acuña, antropólogo y uno de los más destacados estudiosos de la historia, cree que el supuesto de que la expansión inca se dio luego de derrotar a los chancas no tiene una correspondencia con la arqueología. “...Sus restos (los restos de los chancas) en el Intermedio tardío no dan señales de que hubiese sido una sociedad poderosa”, dice en su magnífico libro, *El Tahuantinsuyo de los incas*, publicado en 2021 por EY.

Así que el trabajo consistía tanto en conocer las diversas versiones y darles un orden lógico a los hechos, como en asignarles su verdadera dimensión. Además, para contar esa guerra era necesario ir a los inicios, a los mitos de origen de la cultura andina, de los incas y de los chancas, e identificar los lugares en que surgieron y los restos arqueológicos que dejaron.

Este libro es, entonces, un relato de lo que pudo haber sucedido, tratando de separar el mito de la realidad, cosa que, en algunos casos, las mismas crónicas facilitan.

Aquí se narran hechos atribuyéndolos directamente a las fuentes y se ha llenado espacios a través de deducciones lógicas o interpretaciones de los sucesos narrados de distintas maneras por los cronistas y los historiadores.

Este no es un escrito académico, es un reportaje basado en las crónicas, entrevistas y otras fuentes documentales que están detalladas en la bibliografía. Es un texto divulgativo que, igual que otros escritos sobre el tema, termina siendo una aproximación a lo que realmente sucedió con los incas y los chancas.

Arequipa, noviembre de 2025





C A P Í T U L O - I



C A P Í T U L O I

Los chancas sitian el Cusco y cómo el inca Wiracocha alista la rendición. El príncipe Cusi Yupanqui se opone y alista la defensa. Una aparición de su dios le promete la victoria.

Esta es la historia de una guerra en los Andes, también la de un príncipe formidable y la del nacimiento de un imperio. Y como otras, tiene cosas increíbles, hazañas insólitas pero reales y, por supuesto, mucho de mito y leyenda.

Waldemar Espinoza, un historiador peruano especialista en cultura andina, dice que “los mitos bien analizados coinciden con la verdad, con los documentos que se descubren, y también con los descubrimientos arqueológicos que hacen los técnicos en sus excavaciones”.

Lo que voy a contar ocurrió en la América aún no descubierta por los europeos, alrededor del año 1438, casi un siglo antes de la llegada de los primeros conquistadores españoles al Tahuantinsuyo, nombre del fabuloso reino que el mundo conoce hoy como el Imperio de los Incas.

Coinciden los historiadores que, en aquel año, los incas no ostentaban gran poder y que sólo habían llegado a ser un señorío, uno de los varios que se habían instalado en el Cusco, entre los que por épocas había entendimiento y paz o disputas y guerras.



“La confederación inca sólo era uno de los tantos señoríos que luchaban entre sí, separados por altísimas cumbres, por ríos tumultuosos y vastos desiertos”, dice la historiadora María Rostworowski, haciendo una descripción acertada de la difícil geografía peruana.

Los incas, antes de llegar a ser un imperio, fueron asimilando a pueblos vecinos por afinidad y buena voluntad o por conquistas.

Pero unos doscientos años después de su llegada a esas tierras, esa guerra que amenazaba al Cusco cambiaría la suerte de los incas para impulsarlos a convertirse, en menos de una centuria, en un estado de más de dos millones de kilómetros cuadrados, el más grande y poderoso de la América precolombina.

Las poderosas fuerzas chancas habían llegado a las afueras del Cusco –a 3400 metros sobre el nivel del mar en los Andes del sur del Perú de hoy– para tomar la ciudad de los incas como parte de una gran y exitosa campaña expansionista que los llevó a dividir su gran ejército en tres, uno hacia el Condesuyo, otro al Antisuyo y el otro para enfrentar a los incas.

Los temibles chancas eran otra confederación asentada principalmente en Andahuaylas, pero que tenía control sobre muchos de los territorios de los departamentos de Huancavelica, Ayacucho, Apurímac y parte de Arequipa.

Con fama de sanguinarios y sin mediar enfrentamiento, habían hecho huir al octavo gobernante inca, Wiracocha, y a su hijo cogobernante, Urco, quienes se dirigieron con sus familias, algunos nobles, sus sirvientes y una parte del ejército a un pueblo no muy lejano, dispuestos a rendir su ciudad sagrada sin dar batalla.

La rendición del Cusco no se dio y fue gracias a la aparición del joven auqui Cusi Yupanqui, quien, contra las decisiones de su padre, Wiracocha, lideró y organizó la defensa.

Auqui era la denominación que tenían los hijos del gobernante inca, lo que en las monarquías occidentales llaman príncipes.

Los auquis no eran hijos de una sola reina, sino de las varias esposas de los incas, aunque no todas con la misma categoría. La principal –y en muchos casos poderosa– era llamada coya, el equivalente a una reina de occidente.

El joven Cusi fue hijo de la coya Mama Runtu, que el historiador Waldemar Espinoza señala como hija del señor de Anta, de un carácter afable y que estuvo lejos de influir en las decisiones de Wiracocha. Fue otra esposa, la bella Curi Chulpi, la que tuvo su corazón y gran influencia en él. Con ella tuvo dos hijos, Urco y Soccco. Y fue Urco su preferido y a quien, ignorando sus grandes defectos, lo hizo inca cogobernante y sucesor en el trono.

En ese contexto el Cusco fue sitiado por el ejército chanca. Los nobles incas empezaron a hacer los rituales y sacrificios sagrados a sus dioses buscando su apoyo para vencer al invasor. El joven príncipe Cusi Yupanqui, con poco más de 20 años de edad, lideraba la defensa de la ciudad sin la ayuda de su padre, que se había refugiado en un pueblo no muy lejano junto a la nobleza más próxima a su

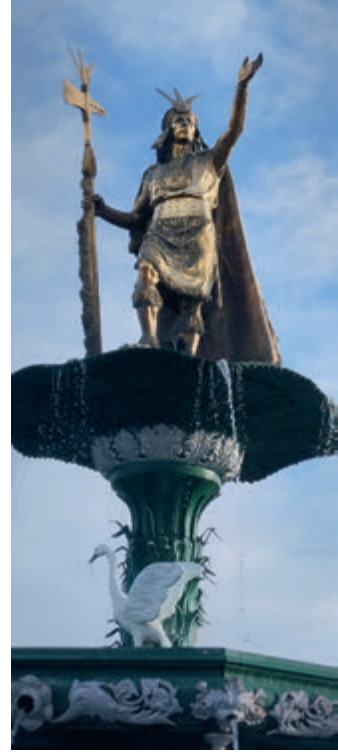


Imagen de Pachacútec en la pileta de la Plaza de Armas del Cusco. (Foto: Enrique Zavala)





reinado, y con un buen número de soldados que los protegían. Había negado dar apoyo a la resistencia y, por el contrario, esperaba una negociación para una rendición que evitara la destrucción del señorío inca y que preservara también sus privilegios como gobernante.

Siguiendo los rituales y con casi todo en contra, Cusi Yupanqui entró en ayuno para purificarse y dirigirse en rogatorio a su dios Ticsi Wiracocha Pachayachachic, creador y ordenador del mundo, cuyo nombre tomó su padre para gobernar el incario.

Con el corazón angustiado y sumido en la tristeza por el abandono en que habían dejado al Cusco y a sus pobladores, y ante las negativas de algunos pueblos vecinos a apoyarlos para dar batalla a los chancas, el príncipe se alejó a “dos tiros de honda”, de donde se concentraba con los jefes militares, para estar solo y dirigirse a su creador:

“Ticci Wiracocha socórreme en esta necesidad en la que estoy”, dijo, según el cronista Juan de Betanzos.

Dirigiéndose al cielo en la oscuridad de algún paraje del Cusco, donde en gran parte del año se puede ver centellar miles de estrellas, siguió orando.

Le recordaba que lo había creado libre y le rogaba, según el cronista, que no permitiera su muerte ni ser sometido por los enemigos que lo amenazaban a él y a su pueblo.

Según lo recogido por Betanzos, la aflicción y el llanto lo invadieron hasta que quedó dormido, y fue en medio de un sueño que recibió la respuesta de Ticsi Wiracocha:

“Hijo, no tengas pena que yo te enviaré gente el día de la batalla para que desbarates a tus enemigos y quedes victorioso”.

Al despertar, el príncipe Cusi Yupanqui recordó el sueño y su angustia se tornó en alegría.



Vista del Cusicancha, lugar donde nació el Inca Pachacútec. Está ubicado frente al Coricancha, que hoy es la iglesia de Santo Domingo. (Foto: Gabriel Zavala)

De regresar con los suyos, estaba con el ánimo cambiado y les dijo:

“Estén alegres, no tengan temor, no seremos vencidos”.

La convicción del decir desconcertó a los generales y nobles a los que se dirigía y lo hizo aún más cuando les dijo que gente llegaría cuando la necesitaran para enfrentar al ejército chanca y darles la victoria.

Sus generales no sabían a qué se refería y sus preguntas se vinieron una tras otra, sin hallar más detalles en las respuestas. En adelante, Cusi Yupanqui se apartó todas las noches para seguir en oración, en el mismo sitio del sueño, y cada vez con el ejército chanca más cerca de lanzarse sobre el Cusco.





Dice Betanzos que el joven Cusi hizo siempre la misma plegaria, pero sin quedar dormido. Buscaba tener, en plena conciencia, una confirmación de lo que había escuchado en el sueño, y dicen que ésta llegó una de esas noches, en la víspera del ataque chanca. Estando despierto se le apareció el mismísimo dios Wiracocha en apariencia de hombre y le dijo:

“Mañana vendrán tus enemigos a dar batalla, pero yo te socorreré con gente para que los desbarates y quedes victorioso”.

El cronista Pedro Sarmiento de Gamboa, señala a Sursurpuquio como el lugar de las oraciones del afligido príncipe, y menciona también la aparición de un ser superior para consolarlo y animarlo a la batalla: una persona que parecía el Sol, dice.



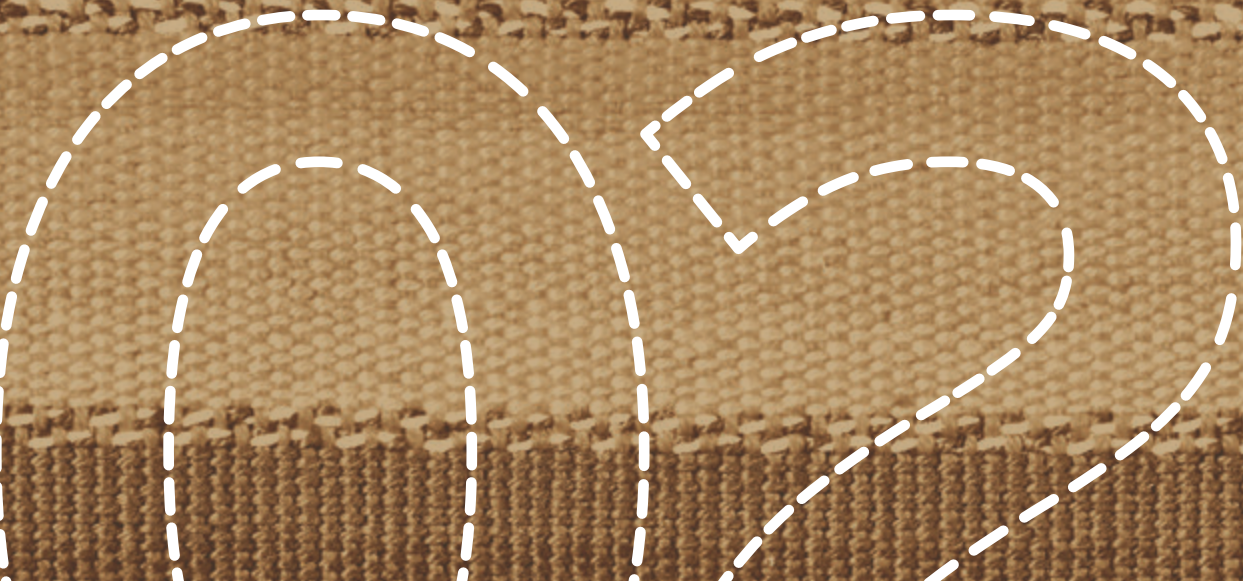


Restos arqueológicos de muros incas del Cusicancha.
(Foto: Enrique Zavala)





C A P Í T U L O - II



El origen de los incas. La primera creación por el dios Wiracocha. Una segunda creación en la isla Titicaca.

La ausencia de documentación debido a que las culturas precolombinas andinas fueron ágrafas, llevaron a la historiadora María Rostworowski a recurrir a los mitos para proyectarse más atrás del siglo XV, y así conocer a los pueblos originarios del Perú.

“Yo no desprecio los mitos, porque reflejan la mentalidad de la gente”, dijo en una entrevista que concedió a un programa de televisión en Chile.

Como Waldemar Espinoza, Rostworowski reconoce la importancia de la mitología para comprender a una cultura ancestral sin escritura conocida, que, al parecer, sólo transmitió su historia de generación en generación a través de las tradiciones orales.

Sin embargo, hay estudios en curso que tratan de comprender algunos quipus, un sistema de cuerdas de colores y nudos que parecen ser más que un sistema decimal de contabilidad.

Existen algunos quipus que son un tanto distintos a los que mayormente se conocen, y que podrían contener una suerte de escritura que hasta el momento no se ha podido descifrar.



Cuentan que creó un género de hombres gigantes y deformes, a quienes primero los pintó y esculpió para ver si eran propicios. Pero al verlos no quedó conforme con ellos, ni por su apariencia ni su tamaño, así que Wiracocha dijo:



La portada del Sol de la Cultura Tiahuanaco está ubicada en Bolivia y en la parte central destaca la imagen del Dios Wiracocha.
(© diegorayaces - stock.adobe.com)





EY

“No es bueno que la gente sea tan grande, mejor será que sean de mi tamaño”.

Y así los creó a su semejanza, tal y como son los hombres ahora, solo que éstos habitaban en la oscuridad.

Wiracocha les mandó que vivieran sin enemistarse, conociéndole y sirviéndole a él como dios, y siempre guardando un precepto que les dio, con la advertencia de que si lo transgredían los mezclaría hasta que no pudieran reconocerse.

Cumplieron un tiempo aquel precepto, que nadie supo en realidad decir cual fue; pero después surgió entre ellos la codicia y la soberbia, que los llevó a la transgresión y al castigo.

Aquella falta, dicen, causó la indignación de Wiracocha Pachayachachic, quien iracundo los maldijo y los confundió, y unos fueron convertidos en piedra, otros tragados por la propia tierra y otros devorados por el mar.

Y aún encolerizado mandó sobre todo el mundo un diluvio, que llamaron *uño pachacuti*, cuyo significado es “agua que trastornó la tierra”.

Sesenta días y sesenta noches duró aquella indómita lluvia, cubriendo de agua todo y destruyendo con sus torrentes lo creado. Cuentan que solo en Pucará, a 60 leguas del Cusco, quedaron algunas señales de aquellos a los que había convertido en piedra. Wiracocha lo hizo como un recordatorio de lo ocurrido y, sobre todo, como una gran advertencia a los pobladores venideros.

Sarmiento de Gamboa encontró esta narración por todo el Perú, en distintos pueblos, entre diferentes naciones, con pocas variaciones. Era sin duda el mito de origen de la cultura andina.

Varios pueblos contaban que sus ancestros habían sido salvados del *uño pachacuti* para repoblar el mundo, pero los incas le

dijeron siempre que ninguna nación sobrevivió al diluvio, salvo tres personas que el mismo Wiracocha libró de la hecatombe, para que le ayudaran a crear a la nueva gente. A uno de ellos le llamó Taguapaca.

Cuando la lluvia cesó y la tierra se secó, Wiracocha quiso perfeccionar aquel mundo oscuro que había destruido por la insensatez de los primeros hombres; así que decidió darle luminarias para que haya claridad.

Y fueron Wiracocha y sus tres servidores hasta el gran lago de la meseta del Collao, exactamente hasta una de sus islas cuyo nombre era Titicaca. Y desde allí Wiracocha mandó que saliera el Sol, la Luna y las estrellas, y los envió al cielo para iluminar el mundo.

Dicen que la Luna fue la de mayor resplandor, causando la envidia del Sol, que al elevarse le echó ceniza en el rostro opacando su luminiscencia, dejándola como la vemos ahora.

Allí, Wiracocha dio algunas tareas a sus tres ayudantes, pero Taguapaca conscientemente desobedeció. Indignado el creador ordenó a los otros dos que lo sometieran. Así, atado de pies y manos, lo metieron en una balsa que soltaron en las aguas del lago.

Taguapaca fue blasfemando contra Wiracocha mientras la balsa se dirigía por el desagadero, “y no lo vieron por mucho tiempo”, pero dijo que regresaría a tomar venganza.

Conforme con su nueva creación, Wiracocha hizo dentro del lago una huaca sacratísima para su adoración, en memoria de lo que allí había hecho.

Luego dejó la isla y cruzó el lago y llegó a tierra firme hasta el lugar que ahora llaman Tiahuanaco, donde sobre grandes losas dibujó a las naciones que pensaba crear. Y les dijo a sus dos ayudantes los nombres de la gente que había pintado, para que los memoricen, y también el nombre de los valles, zonas y lugares de donde esa gente debía salir, y que estaban distribuidas por todo el mundo.

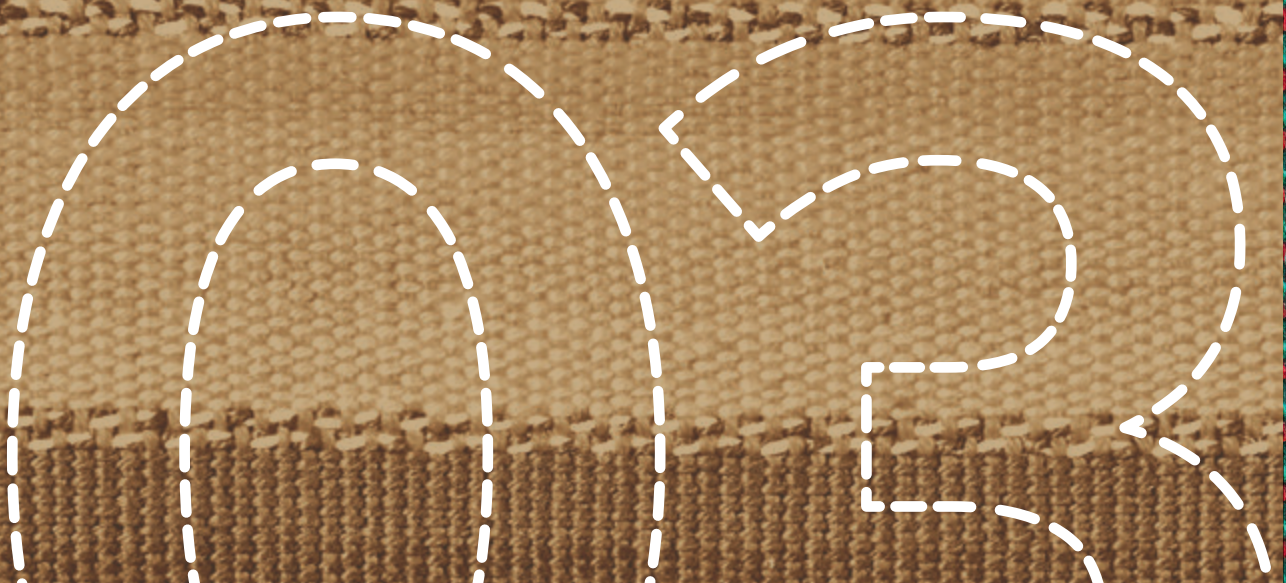




Lo curioso es que el alba es una túnica litúrgica larga blanca, mayormente de lino, que se usa en los rituales cristianos; no es una prenda andina. Además, la referencia al libro es un tanto difícil de entender, ya que los incas no tenían escritura y, por tanto, carecían de libros.



C A P Í T U L O - III



C A P Í T U L O I I I

El origen de los incas. Dos leyendas contadas por los indios. La leyenda de los hermanos Ayar. La leyenda de Manco Cápac y Mama Ocllo contada por Garcilaso.

En Cusco, en la sala de su casa decorada con nacimientos cristianos hechos por artesanos de diferentes lugares y con distintos materiales, la antropóloga peruana Yenine Ponce me dijo que la leyenda de los hermanos Ayar sobre la fundación del Cusco, fue un intento de negar el origen colla de los incas y atribuirles más bien uno autóctono a esa nación que se convertiría en el imperio más grande de América.

Las leyendas del origen de los incas fueron varias, y aunque coinciden en mencionar a Manco Cápac como el primer inca y la mayoría nombra a Mama Ocllo como su esposa, las versiones contadas en los Andes eran distintas, tanto que confundieron a Bernabé Cobo, un cronista jesuita del siglo XVI, que en su *Historia del Nuevo Mundo* solo puso unas cuantas de las decenas que encontró.

Dijo que los indios “cuentan otros mil desvaríos y novelas, que fuera de nunca acabar tratarlas de escribir aquí todas, bastan las referidas para que se vean por ellas cuan incierto y oscuro es el origen de los incas”.





En la primera se narra cómo cuatro hermanos y sus esposas –Ayar Manco (o Manco Cápac) y Mama Oclo; Ayar Cachi y Mama Cora; Ayar Uchu y Mama Rahua, y Ayar Auco y Mama Huaco– salieron de unas cuevas en Paucartampu, cerca del Cusco, con la misión de buscar las tierras fértiles donde fundar una ciudad, obedeciendo un mandato del dios Sol.

La leyenda de Manco Cápac y Mama Ocllo se difundió mucho en Europa en el libro *Los comentarios reales de los incas*, escrito por Garcilaso de la Vega Inca, hijo del capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, y de la princesa inca Isabel Chimpu Ocllo.

Su casa restaurada es hoy el Museo Regional del Cusco, pero fue construida en el siglo XVI por Pedro Oñate sobre los andenes de la Plaza Cusipata y, según el cronista Bernarbé Cobo, se hizo sobre la cuarta huaca del ceque número ocho del camino al Chinchaysuyo, es decir, sobre un lugar sagrado de una de las líneas imaginarias que salían de la capital incaica.

Hoy, los guías de esa casa convertida en museo dicen que la princesa Chimu Ocllo recibía a sus parientes nobles en uno de los ambientes del primer piso, donde tenían largas conversaciones.

El mismo Garcilaso de la Vega Inca narra cómo cada semana llegaban a visitarla estos hombres y mujeres nobles que sobrevivieron a las matanzas que hizo el último inca, Atahualpa, a la nobleza que estuvo con su hermano, el inca reinante Huáscar, a quien enfrentó en una guerra civil luego de la muerte de su padre, el inca Huayna Cápac.

Garcilaso cuenta en su libro que las conversaciones eran mayormente de añoranza de las épocas de apogeo de los incas, del origen de sus reyes, de la grandeza del Tahuantinsuyo, de su expansión y de las hazañas de cada inca, y de la forma que gobernaban tanto en tiempo de guerra como en la paz.

Las escuchó desde muy temprana edad en medio de sus juegos infantiles entrando y saliendo de donde estaban congregados. Sus tíos –tanto incas como pallas, apelativos que se daban a los hombres y mujeres de sangre real– hacían las remembranzas que, según dice, siempre terminaban en llanto, diciendo que se les había cambiado el reinar por el vasallaje.

Ya cuando tenía dieciséis o diecisiete años, en una de esas reuniones en que hablaban de la grandeza de los gobernantes incas, decidió preguntar al más anciano de sus tíos:

–Inca, tío, pues no hay escritura entre ustedes, que es lo que guarda la memoria de las cosas pasadas, ¿qué noticia tienen del origen y principio de nuestros reyes?

–Sobrino, yo te las diré de muy buena gana; a ti te conviene oír las y guardarlas en el corazón –le respondió.

Y le contó, entonces, que el dios Sol se compadeció de los hombres que vivían como bestias, habitando en cuevas, sin vestidos, ni leyes, sin mayor dirección, comiendo frutos que recolectaban, sin saber sembrar ni cosechar, e incluso comiendo carne humana.





EY

—Nuestro Padre el Sol —dijo el tío— viendo los hombres tales como te he dicho, se apiadó y hubo lástima de ellos y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los adoctrinasen en el conocimiento de Nuestro Padre el Sol, para que lo adorasen y tuviesen por su Dios y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad, para que habitasen en casas y pueblos poblados, supiesen labrar las tierras, cultivar las plantas y mieses, criar los ganados y gozar de ellos y de los frutos de la tierra como hombres racionales y no como bestias.

Así que hizo surgir a sus hijos Manco Cápac y Mama Ocllo del lago Titicaca, con sus mejores vestimentas y adornos, con el mandato de fundar una ciudad en un lugar fértil, y civilizar el mundo.

Les dio una vara de oro de casi medio metro de largo y dos dedos de ancho, una suerte de cetro, que deberían golpear en el suelo por donde fueran. En el lugar donde se hundiera con un solo golpe, sería el indicado para que se asentarán definitivamente.

—Ellos salieron de Titicaca —prosiguió el tío— y caminaron al norte, y por todo el camino, donde quiera que paraban, intentaban hincar la barra de oro y nunca se les hundió.



Casa de Garcilaso de la Vega Inca en el Cusco, donde escuchaba las historias de los incas contada por su madre y sus parientes que pertenecían a la nobleza.
(Foto: Enrique Zavala)



Llegaron a un descanso a siete leguas del Cusco –una legua es la distancia que se calcula podía caminar un hombre en una hora, aproximadamente cinco kilómetros y medio– donde Manco Cápac pasó la noche. Y le llamó Pacárec Tampu, “que quiere decir ventana o dormida que amanece”, porque salió de allí al rayar el alba.

Prosiguió con Mama Ocllo hasta llegar al valle del Cusco y se detuvieron en el cerro Huanacaure, golpearon el suelo con la vara y esta se hundió sin resistencia.





Mucho tiempo después el inca Pachacútec estableció un sistema de educación de la nobleza que incorporaba la enseñanza de la historia de los incas, en muchos casos bastante mitificada. Lo importante de esta narración del origen de los incas es que fue basada en la realidad.

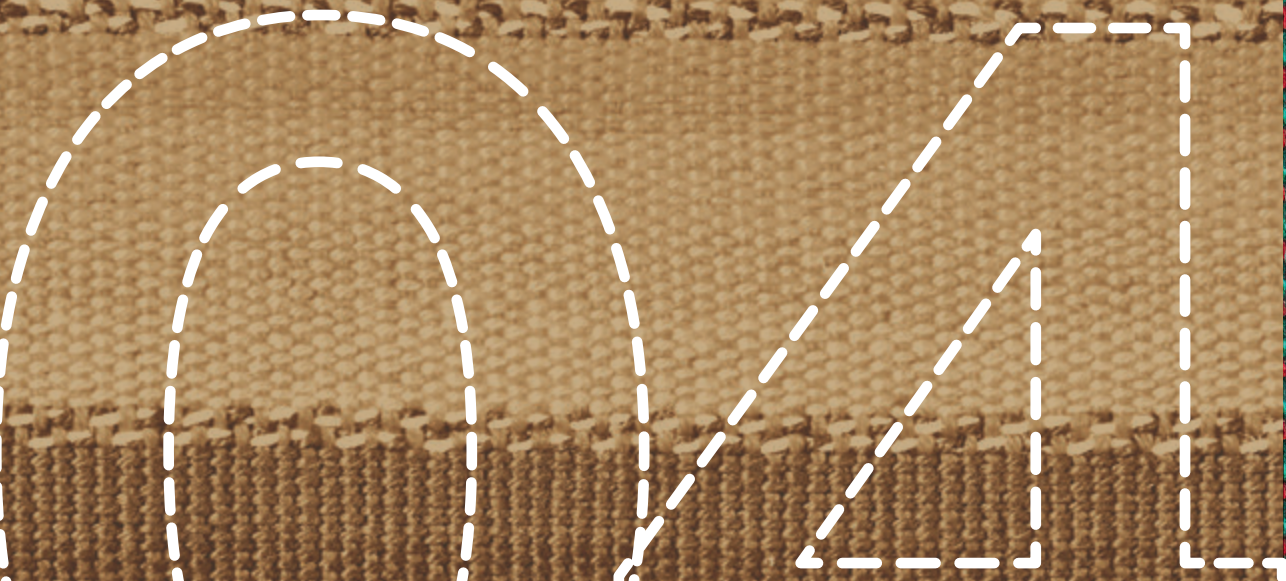


Representación de Manco Cápac y Mama Ocllo
saliendo por las costas del lago Titicaca.
(Imagen generada por IA - Copilot)





C A P Í T U L O - I V



Tiahuanaco y el origen colla de los incas.
La leyenda de Manco Cápac y Mama Ocllo se hace
realidad. La invasión aymara y la destrucción de Taipicala.
El refugio en el lago y el éxodo hasta el Cusco.

Analizando documentos de los siglos XVI y XVII, algunos inclusive inéditos, Waldemar Espinoza llegó a la conclusión que “la etnia inca no es otra cosa que una caravana de emigrantes escapados de Taipicala”.

Y Taipicala no es otra cosa que la gran cultura llamada Tiahuanaco, que para algunos historiadores fue uno de los imperios que hubo en el Perú en la antigüedad y que se desarrolló en el Collao, donde queda el impresionante lago Titicaca.

Según el cronista Bernabé Cobo, Taipicala es el nombre que tuvo ese pueblo de la meseta del Collao, “antes de que fuese señoreado de los Incas”.

Una anécdota habría hecho que se le denomine Tiahuanaco y el propio Cobo da cuenta de ella. Cuando él estuvo en la zona, los que allí vivían le dijeron que en una ocasión en que el inca los visitó, llegó un chasqui trayéndole un mensaje.

Los chasquis eran mensajeros que estaban distribuidos por todo el Tahuantinsuyo, precisamente para trasladar información que guardaban en la memoria o para llevar quipus y algunas mercancías



pequeñas, incluso pescado fresco traído desde la costa para que sea consumido por el inca en el Cusco, a 3800 metros sobre el nivel del mar.

Eran básicamente jóvenes fuertes, ágiles, y con resistencia para que corrieran a gran velocidad unos 15 kilómetros para llevar la información o mercancía en relevos. Tenían que conocer sus tramos asignados tan bien que deberían recorrerlos a buen ritmo incluso en una noche oscura, sin Luna ni estrellas.

Ese Chasqui llegó trayendo la información en muy corto tiempo. Cobo dice que ante su rapidez y agotamiento el inca le dijo: “Tiay, Guanacu, que en su lengua quiere decir siéntate y descansa, guanaco”.

De esa manera comparó a aquel chasqui con el guanaco, un camélido sudamericano bastante ligero en su carrera.

“Y ese nombre se le quedó al pueblo desde entonces, el cual pronunciamos nosotros mudadas algunas letras”, explica Cobo.

Tiahuanaco fue una sociedad muy avanzada en su política, en su arquitectura y en sus sistemas constructivos que aún hoy asombran al mundo. Su capital, Taipicala, se ubicó en la actual Bolivia, a unos 20 kilómetros al sur del lago Titicaca.

Según el lingüista Rodolfo Cerrón Palomino, que ha dedicado gran parte de su extenso trabajo a investigar las lenguas andinas, en Tiahuanaco se hablaba el puquina, una lengua que ya en el siglo XIX se consideraba muerta, pero que cobra gran importancia porque se cree, con gran nivel de certeza, que es la lengua que hablaba la élite inca, y que el propio Garcilaso menciona sin decir cuál.

Waldemar Espinoza, en su libro *Los incas*, se refiere precisamente al hablar puquina de los habitantes de Taipicala y, además, resalta su ligazón con el cercano lago que consideraban sagrado y que, asegura, tenía por nombre Puquinacocha o lago de Mamacota,

dejando el nombre de Titicaca para una isla dentro sus aguas, como también lo mencionan algunas crónicas.

Este historiador sigue los registros de varios cronistas españoles que aseguran que Taipicala fue asaltada por invasores que vinieron por el sur. Espinoza dice que “tales invasores, a todas luces, no eran otros que los aymaras”.

El estado Tiaguanaco era muy antiguo, tanto que su origen se remonta al siglo XV antes de Cristo, según el arqueólogo boliviano Carlos Ponce Sanginés, uno de los mayores estudiosos de esa cultura, y se estima que duró hasta el siglo XII de nuestra era.

Su mayor esplendor, lo que algunos llaman su periodo imperial, se dio entre el siglo VI y X después de Cristo y no fue a causa de un poderío militar, sino por su gran influencia religiosa y comercial.

En lo expresado por Espinoza, Taipicala, la capital de ese imperio, fue capturada en forma repentina. “Las evidencias arqueológicas halladas por Francis de Castelnau en 1845 y más tarde, a fines del siglo XIX, confirmadas por Max Uhle, constatan que Taipicala fue agredida y deshecha cuando estaba habitada y sus alarifes y artesanos trabajaban sin intervalos construyendo edificios”, dice en su libro.

Esos hallazgos fueron de bloques de piedras junto con herramientas de construcción al pie de muros, listos para ser colocados. Nunca llegaron a encajarse, solo quedaron como testigos del repentino abandono.

La irrupción aymara fue exitosa, afirma Espinoza, e incluyó una persecución de los gobernantes de Taipicala.

Como en muchas culturas andinas, los Taipicalas estaban divididos en dos parcialidades: Hanan Taipicala, cuyo líder se encargaba de lo militar y la parte administrativa, es decir del gobierno; y Hurin





Taipicala, cuyo líder dirigía el culto y la religión oficial, que tuvo gran influencia en la zona andina del sur.

Los miembros de la élite de Hanan Taipicala fueron asesinados. Los aymaras necesitaban descabezar la ciudad para tomar el control.

Al ser muertos, los ayllus de los Hanan se quedaron sin su líder y sin sus jefes. Pero el líder de los Hurin, el gran sacerdote de Taipicala, inició un escape con la nobleza de su parcialidad, cinco de sus ayllus, cinco de ayllus de los Hanan y, según dice Espinoza, que con tres ayllus adicionales más.

Su escape por tierra fue seguramente hasta lo que hoy es el municipio de Copacabana en Bolivia, para de ahí subirse a balsas hechas de totora, una planta acuática que crece en el lago.

Actualmente con la totora se siguen construyendo esas balsas e incluso islas flotantes, como las de los Uros.

Los Hurin Taipicala, como parcialidad encargada de la religión oficial, debieron tener conocimiento muy detallado del lago, de las embarcaciones y de la navegación a las islas, pues existen vestigios arqueológicos que demuestran que en el lago se hacían, desde mucho antes de los incas, grandes y organizadas ofrendas.

Así que la realeza de Taipicala se metió en las aguas del Puquinacocha, para refugiarse en la isla Titicaca, que no es otra que la que hoy conocemos con el nombre de Isla del Sol, que está a poco más de 15 kilómetros, aguas adentro, de la actual ciudad boliviana de Copacabana.

El recorrido en el agua pudo haber durado entre siete y diez horas, teniendo en cuenta que las lanchas a motor de hoy hacen el recorrido en una hora y media o dos horas.

Buscaban refugiarse en aquella isla de donde los propios sacerdotes de Taipicala decían que habían salido el Sol, la Luna y



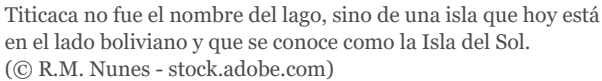
El nombre original del lago Titicaca fue Puquinacocha o lago Mamacota.
(© GraysonStock - stock.adobe.com)

las estrellas por orden del dios Wiracocha, su máxima deidad, cuya representación más conocida aún está en la llamada Puerta del Sol.

Espinoza señala que la persecución fue a la nobleza, pero que hubo provincias puquinas enteras que no fueron arrasadas ni mucho menos, porque tenían básicamente población campesina.

La nobleza se consideró segura en la isla, donde pensaban que tenían una protección sobrenatural. Según Espinoza los emigrantes de Taipicala estuvieron a salvo allí por unos años, pero los aymaras planeaban tomarla.





Los ayllus dirigidos por Apo Tambo, el líder de Hurin Taipicala, tuvieron que emprender un éxodo, tomando nuevamente las balsas de totora y navegando, tal vez, por uno o dos días hasta llegar a las playas del actual Puno, en Perú.

Así, procedentes de la isla sagrada emergieron de las aguas los nobles y los trece ayllus sobrevivientes de Taipicala, para emprender un largo trayecto hacia el noroeste en busca de tierras fértiles.

El cálculo de Espinoza es que esto debió ocurrir a finales del siglo XII.

Siguieron subiendo por los Andes en busca de un lugar con un clima adecuado y tierras productivas para sobrevivir.

Aunque eran portadores de las tradiciones que se formaron por muchos siglos, lo que no pudieron mantener fue la diarquía. Desde la huida, los Hanan y los Hurin estaban bajo el único mando de Apo Tambo, que se convirtió en líder administrativo y militar, además de religioso, concentrando así todo el poder.

Su peregrinaje los llevó hasta Pacarictampu o Tambo Toco, que era el país de los mascas, en la actual provincia cusqueña de Paruro. A Apo Tambo, dice Espinoza, le nació allí un hijo, a quien puso de nombre Manco Cápac, destinado a fundar la que sería la Dinastía Inca.





C A P Í T U L O - V



C A P Í T U L O V

Manco Cápac y Mama Ocllo y la llegada de los incas al Cusco. Mama Huaco, la otra mujer de Manco Cápac. Otras partes reales de la leyenda.

Efectivamente, los incas salieron del lago Titicaca, aunque no enviados por su dios Sol, sino escapando de los aymaras que trataban de exterminar a sus líderes y a la realeza. Emergieron de sus aguas llevando consigo las tradiciones, religión y política del reino que hoy conocemos como Tiahuanaco y que tuvo una gran influencia en el altiplano.

La leyenda de la aparición de los incas fue construida, entonces, sobre una realidad que mitificaron para mostrarse como un pueblo superior, enviado por el mismo dios Sol para civilizar el mundo.

Como narra Sarmiento de Gamboa, en el valle del Cusco, llamado originalmente Acamama, se asentaron tres aldeas que vivían como behetrías, cada uno dueño y señor solo de su pequeña propiedad, sin señores que los gobiernen y, por tanto, en amplia libertad.

Según dice, las aldeas estaban divididas en Hanan y Hurin, es decir en parcialidades de los de arriba y los de abajo, pero sin jefes perpetuos.





Los jefes eran temporales y se daban sólo ante agresiones de otros pueblos. Buscaban un valiente que los lidere durante el conflicto; una suerte de jefe militar al que llamaban sinchi, que traducen como “valiente”.

“Y a este tal, seguían y obedecían y cumplían sus mandamientos durante la guerra”, dice el cronista.

En la arqueología se habla de la gran divisoria de la humanidad, una línea que se traspasa para ir de lo simple a lo civilizado; de las behetrías en la que vivían las aldeas a ciudades con organizaciones sociales complejas.

En el Cusco la organización de las aldeas era sencilla: tres aldeas autóctonas vivían en paz en el valle que se formó sobre lo que en el pleistoceno fue el lago Morkill.

Sarmiento, que fue navegante, científico, historiador, cosmógrafo, escritor y conquistador, viajó por el Perú entre 1570 y 1575, recopilando información sobre la historia de los incas por encargo del virrey Toledo. Entrevistó a los hombres más viejos y sabios tratando de enterarse del pasado inca, de su origen. Habló también con los españoles que estuvieron en el inicio de la conquista y que vieron aquel sorprendente reino sin la influencia externa.

Le dijeron que en el Cusco estaban como nativos los sahuaseras, los antasayas y los huallas, viviendo de la agricultura. Pero tiempo antes de la llegada de los incas arribaron tres líderes de naciones extranjeras que se asentaron con sus pueblos en paz en el mismo valle, con la avenencia de los autóctonos.

“Se averigua –dice Sarmiento– que tres sinchis extranjeros de este valle, llamados el uno Alcabisa y el segundo Copali Mayta y el tercero Culunchima, juntaron ciertas compañías y vinieron al valle del Cusco donde por consentimiento de los naturales se asentaron y poblaron y se hicieron hermanos de los naturales antíquísimos...”

El peregrinar de los Taipicala se calcula en el siglo XII. En sus análisis de las crónicas, Waldemar Espinoza sugiere que cuando llegaron a Pacarictampu se establecieron allí por años, y sus jefes comenzaron a denominarse apotambos, en honor al que había liderado la huida ante la persecución de los aymaras. Es de esa parada de donde nace la leyenda de los Hermanos Ayar.

Espinoza cree que el último de los apotambos, “fue el padre de Manco Cápac”. Ya eran en ese momento un señorío que “mantenía en pequeño la tradición y fausto de Taipicala”, dice.

En esa zona hay una ciudad antigua que le llaman Maucallacta, que quiere decir ciudad vieja, que el historiador sugiere que fue la que fundaron aquellos “migrantes refugiados”.

Hasta ese momento el grupo escapado del altiplano se mantuvo unido, pero el número de los integrantes de los trece ayllus crecieron y la zona les resultaba poco confortable como para hacerla su residencia permanente.

Vieron que cerca había lugares poblados como el Cusco y Urubamba donde la agricultura y el clima eran propicios para crecer y progresar.

Espinoza sostiene que hay indicios suficientes para decir que allí se produjo la escisión de los migrantes. Tres ayllus, a los que denomina los Tampus, se dirigieron hacia Ollantaytambo, dirigidos “posiblemente por Ayar Cachi”; mientras que los diez restantes ayllus, cinco de Hanan y cinco de Hurin, emprendieron el camino al Cusco con la intención de tomar la zona por la paz o la fuerza, bajo la dirección de Manco Cápac.

El avance al valle del Cusco, distante a seis leguas, más de 30 kilómetros, fue progresivo y duró años. Llegaban y tomaban posesión de algunas comarcas asentándose a lado de los autóctonos, convenciéndolos que con ellos alcanzarían la grandeza.





Su próxima estación fue un asiento llamado Huanacancha, que, según Sarmiento, estaba a cuatro leguas, casi 20 kilómetros, del Cusco.

Señalan que fue allí donde Manco Cápac se unió a Mama Ocllo en una suerte de concubinato que actualmente llaman en los Andes *servinacuy*, una convivencia a prueba para ver si la pareja se entendía.

Los incas no se detuvieron, siguieron avanzando para establecerse en Tampuquiro donde nació el hijo de ambos, al que llamaron Roca, destinado a ser el siguiente gobernante. María Rostworowski dice de él que “es el primer soberano que se puede incorporar de una manera segura a la historia”, pues en su visión todo lo demás es nebuloso y mítico, incluso en las fechas.

Sobre Roca, a quien luego llamarían Sinchi Roca, los cronistas han considerado incluso algunos detalles, como que en otra pascana se celebró el rito de su primer corte de pelo llamada *rotuchicu*, otra tradición andina que hasta hoy se da en medio de grandes celebraciones familiares.

Fue en otra estación de su avance al Cusco que Manco Cápac se casó con los rituales tradicionales de Taipicala con Mama Ocllo. Pero ella no fue la única, tuvo otras esposas, entre ellas Mama Huaco, una mujer que sería fundamental en la conquista del Cusco por su alma guerrera.

No dejaron de trasladarse con un afán de conquista, y luego pusieron sus ojos en un cerro a dos leguas del Cusco, al que llaman Huanacaure.

Refiere Sarmiento que subidos en su cumbre los incas vieron el arcoíris posado sobre el Cusco, lo que Manco Cápac tomó como una señal. “Lleguemos allá y desde allí escogeremos donde fundar nuestro pueblo”, dijo.

El cerro Huanacaure se convirtió en una de la huacas más sagradas y más adoradas por los incas. El lugar donde su mitología dice que se hundió la varilla de oro que les dio el dios Sol para establecerse definitivamente.



Sinchi Roca (ilustración del libro “Historia del origen y genealogía real de los reyes ingas del Piru” de fray Martín de Murúa, Colección Privada de Sean Galvin), publicado por EY Perú en su libro “Vida y obra fray Martín de Murúa”.



El punto siguiente de parada fue Matahwa, donde se hizo el ceremonial del huarochico, que era una suerte de celebración con rituales para declarar la mayoría de edad de Roca.

Allí emprendieron una serie de tácticas para consolidarse en el Cusco.

Una de ellas fue buscar alianza con algunas etnias que habitaban cerca y que podían ayudar a conquistar nuevas tierras.

Es que la mejor manera de conseguir una alianza era emparentando los reinos. Según la crónica de Sarmiento y el decir de los historiadores recientes como Rostworowski y Espinoza, Manco Cápac buscó una alianza con el reino de Sañuc, cuyo sinchi era Sutic Huamán, que vio con agrado a los incas.

La alianza de ambos pueblos se selló a través del casamiento de sus hijos Roca y Mama Coca, quienes tuvieron un hijo que llamaron Manco Sacapa.

Espinoza menciona que la alianza sellada con aquel matrimonio, hizo que los huallas les declararan la guerra; una guerra que perdieron. La victoria inca es atribuida en gran parte a Mama Huaco, la otra esposa de Manco Cápac.

“Y cuentan que Mama Huaco era feroz, que matando a un indio hualla le hizo pedazos, le sacó la asadura y le tomó el corazón y bofes en la boca, y con *anayuinto* –que es una piedra atada en una sogá, con que ella peleaba– se fue contra los huallas con diabólica determinación”, dice al respecto Sarmiento de Gamboa.

Pero las acciones belicosas de esa mujer no quedaron allí, así que mandó a matar a todos los huallas.

Ese fue el inicio de la ocupación inca del valle del Cusco.

A Manco Cápac lo sucedió su hijo Roca, de quien Rostworowski dice: “Todavía no lleva el título de Inca, no dejaba de ser un sinchi electo para la guerra”.

Con el tiempo los incas crecieron en poder y prestigio, y si bien es cierto que hasta antes de la guerra de los chancas muchos creen que eran todavía un señorío de los varios del Cusco, al menos debió ser un *primus inter pares*, es decir, el primero entre los iguales.



Recorrido de Manco Cápac dentro del Cusco - Siglo XII

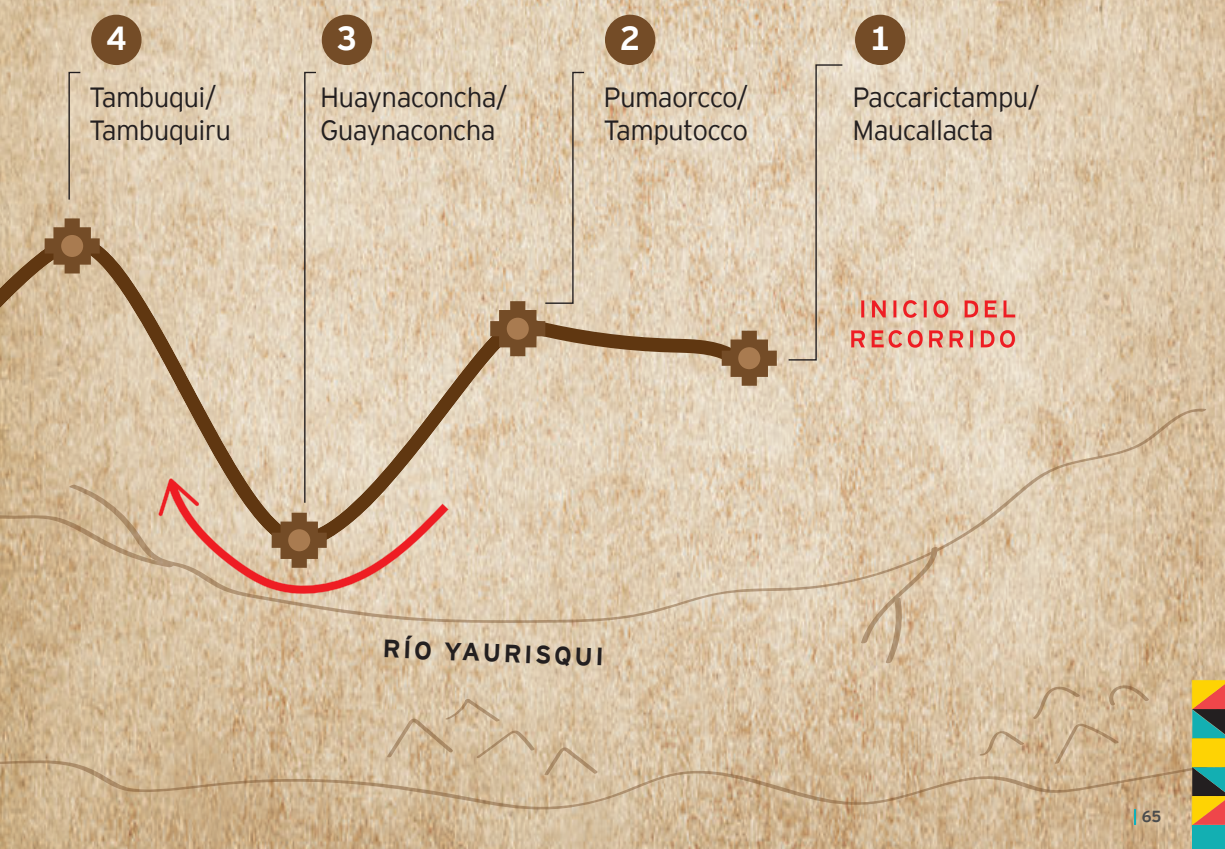


Fuente: Infografía elaborada por EY basada en "La ruta de los hermanos Ayar" según Federico Kauffmann (1995), publicada en "El Tahuantinsuyo de los Incas", EY Perú, p. 208.

Según el historiador Waldemar Espinoza, esta es la ruta mítica de los hermanos Ayar desde su aparición en Paccarictampu hasta su establecimiento en la ciudad del Cusco, y es el recorrido que en realidad hicieron los incas dentro del Cusco hasta su asentamiento definitivo, guiados por el verdadero Manco Cápac. El traslado de punto a punto debió durar varios años. La leyenda de los hermanos Ayar, según algunas interpretaciones, buscaba negar el origen colla de los incas y cambiarlo por uno más local. Esta infografía está basada en un croquis realizado por el antropólogo y arqueólogo peruano Federico Kauffmann Doig bajo el título de la Ruta de los Hermanos Ayar.

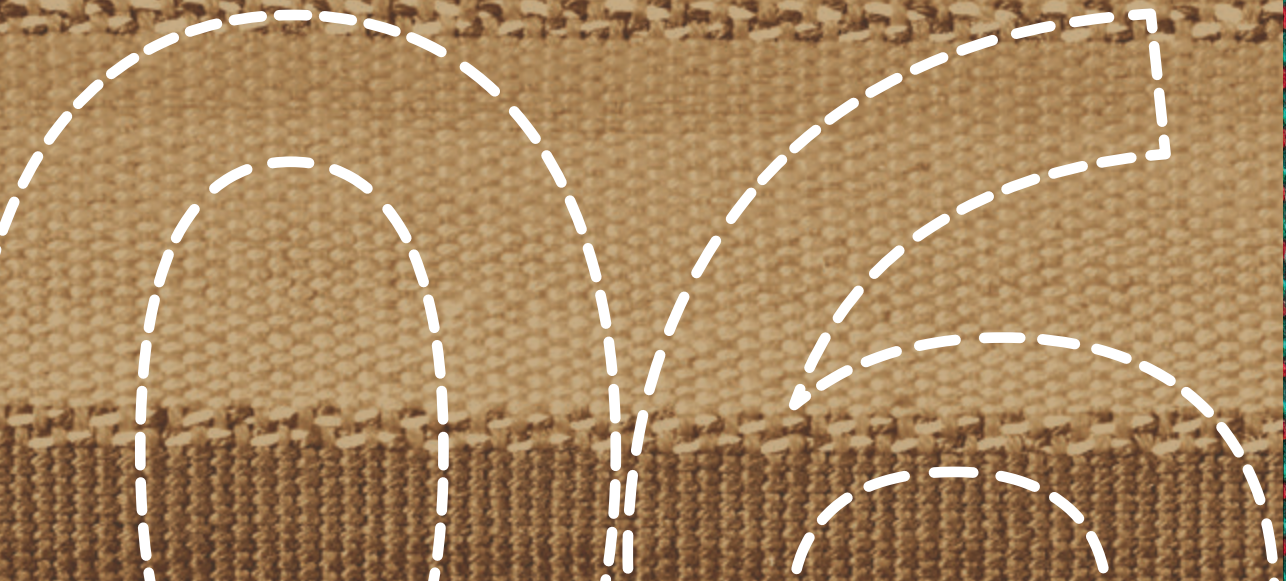
CCOSCCO HUANKA INTICANCHA

✚ Lugares donde se establecieron los incas ➔ Dirección del recorrido





C A P Í T U L O - V I



El origen de los chancas y las tierras que ocuparon. La leyenda sobre el nombre de la pacarina de donde surgieron. Su organización social y su confederación.

Si los antecedentes incas estuvieron en la cultura Tiahuanaco, es posible que sus enemigos chancas hayan tenido una ligazón, aunque no tan evidente, ni tan documentada, con otro imperio andino: el Wari.

Se dice, con razón, que son los vencedores los que escriben la historia de las guerras, tal vez por eso la historia de los chancas se hace bastante más difusa que la ya complicada historia de los incas, que sin escritura propia, su pasado se recordaba básicamente en cantos épicos.

No hay mucho de los chancas, salvo su inclusión en la historia por la guerra con los incas, que determinó un punto de inflexión para que los incas entraran en una época expansionista sin parangón en América, que los llevaría a convertirse en el más grande imperio precolombino.

Si los incas tienen sus orígenes en el lago Titicaca, los chancas también dicen tener un origen en un espejo de agua, la laguna sagrada llamada Choclococha, de donde dicen salieron sus antepasados, aunque no se han conservado al respecto leyendas tan específicas como las de los incas.



Pedro Cieza de León, un explorador y cronista español que escribió *Crónica del Perú*, cuya primera parte se publicó en 1553 y el resto a finales del siglo XIX, únicamente señala que los chancas dicen que sus padres salieron de una pequeña laguna llamada Choclococha, desde donde iniciaron su conquista de territorios “hasta llegar a una parte que nombran Chuquibamba”, donde se asentaron.

Sólo el cronista y fraile mercedario Martín de Murúa cuenta una leyenda sobre esa laguna en su libro *Historia General del Perú*, escrita entre los años de 1600 y 1611 que, aunque autorizada, no se publicó y quedó en manuscrito que se guardó en el Colegio Menor de Cuenca, en la ciudad española de Salamanca. Sólo se difundió en 1961, luego que esa versión original se hallara, ya no en España, sino en una biblioteca inglesa.

Cuenta que en el cerro Vilca, en Huancavelica, hubo una batalla entre las huestes de dos capitanes: Huamán y Huanca. El primero fue el vencedor capturando al líder opositor, lo que provocó la huida de sus soldados y pobladores de la parcialidad vencida.

Para ir más ligeros en su escape botaron las provisiones de maíz que tenían en uno de los cerros y en la laguna Acha, que en tiempo de sequía se secó y que de allí brotaron plantas de maíz a cuyo fruto llaman choclos, por lo que empezaron a llamar a la laguna Choclococha, que podría traducirse como la “laguna de los choclos”.

Esta laguna se ubica en la provincia de Castrovirreyna, en el departamento de Huancavelica, en el centro del actual Perú. Está en la cordillera de los Andes y a una altitud de 4600 metros sobre el nivel del mar. Tiene una dimensión de 24 kilómetros cuadrados de aguas azules abastecidas de 15 quebradas. Es, además, la naciente del río Pampas.

En esas quebradas existen cuevas donde se han encontrado restos óseos y también algunas construcciones con carácter funerario, lo que refuerza la sacralidad de esta laguna.



La hermosa laguna Choclococha, en la provincia de Castrovirreyna, en la departamento de Huancavelica, es el mítico lugar de origen de los chancas.
(Foto: Promperú)

“Es importante notar el número de cuevas funerarias, entierros bajo grandes piedras y osarios, es también indicativo que el área de Choclococha tuvo para los chancas una significación relacionada con lo sagrado, ya que al ser usada preferentemente para prácticas funerarias, así nos lo está sugiriendo”, señala el antropólogo Enrique Gonzales Carré.

Gonzales Carré ha sido rector de la Universidad de Huamanga, en la ciudad andina de Ayacucho, director del Instituto Nacional de Cultura del Perú y, además, es uno de los estudiosos de la confederación Chanca.

Él sostiene que tentativamente, de acuerdo con las exploraciones arqueológicas, podría considerarse como territorio chanca “una amplia región”, que comprende parte de los actuales departamentos de Huancavelica, Ayacucho y las provincias de Andahuaylas y Abancay, en el departamento de Apurímac.



Área principal de influencia de la CULTURA CHANCA

Si bien los chancas tienen sus orígenes en Huancavelica, su poder se manifestó más en el departamento de Apurímac y se extendió también a Ayacucho. Su ámbito de influencia abarcó lo que podríamos llamar el corazón del sur andino del actual Perú.

Esta es la zona de influencia de los chancas en un mapa actual del Perú.
(Fuente: Mapa elaborado por EY Perú).



La mayor zona de influencia de los chancas está en los territorios cercanos al río Pampas, que se origina en Choclococha y que se extiende por poco menos de 500 kilómetros hasta unirse con el río Apurímac, todo esto en los Andes centrales del Perú.

Gonzales Carré dice que ese territorio tiene una ocupación que se remonta a doce mil años; pero, datados entre los años 600 y 1500 de nuestra era, se han encontrado restos arqueológicos del imperio Wari, luego Chanca y después Inca.

La cultura Wari, como Tiahuanaco, tuvo su fase que algunos estudiosos denominan imperial y llegó a ocupar territorios en los departamentos de Ayacucho, Apurímac y Huancavelica.

El imperio Wari desaparece aproximadamente en el siglo XII después de Cristo y su caída permite que aparezcan reinos pequeños, incluso pueblos independientes, que dejan atrás las características culturales y políticas de la sociedad wari, incluso sus características urbanas.

Gonzales Carré dice, basándose en las crónicas, que “inmediatamente anteriores a los incas y contemporáneos con ellos, vivieron en la región ayacuchana los miembros de una nación territorialmente dispersa y extendida a la cual de manera genérica se les da el nombre de Chanca”.

En una línea de tiempo, los chancas se desarrollaron entre los años 1200 y 1470, evidentemente contemporáneos con los incas, con historias paralelas que los llevaron a una confrontación bélica para determinar la hegemonía en los Andes.

Lo interesante de esto es que los chancas no parecen haber tenido un Estado altamente organizado como el que tuvieron los incas.





Los investigadores han dado con 320 sitios arqueológicos en la cuenca del río Pampas que han denominado chancas. Están ubicados básicamente en zonas de difícil acceso como laderas o partes altas de cerros, para tener una visión amplia de los alrededores y una buena posibilidad de defensa.

Eso sí, están cerca de fuentes de agua y usan, como en gran parte de los Andes, terrazas construidas para la agricultura, es decir, andenería para ampliar los escasos campos de cultivo.

Esa necesidad de buscar lugares aislados, de fácil defensa, supone que había la constante amenaza de invasiones.

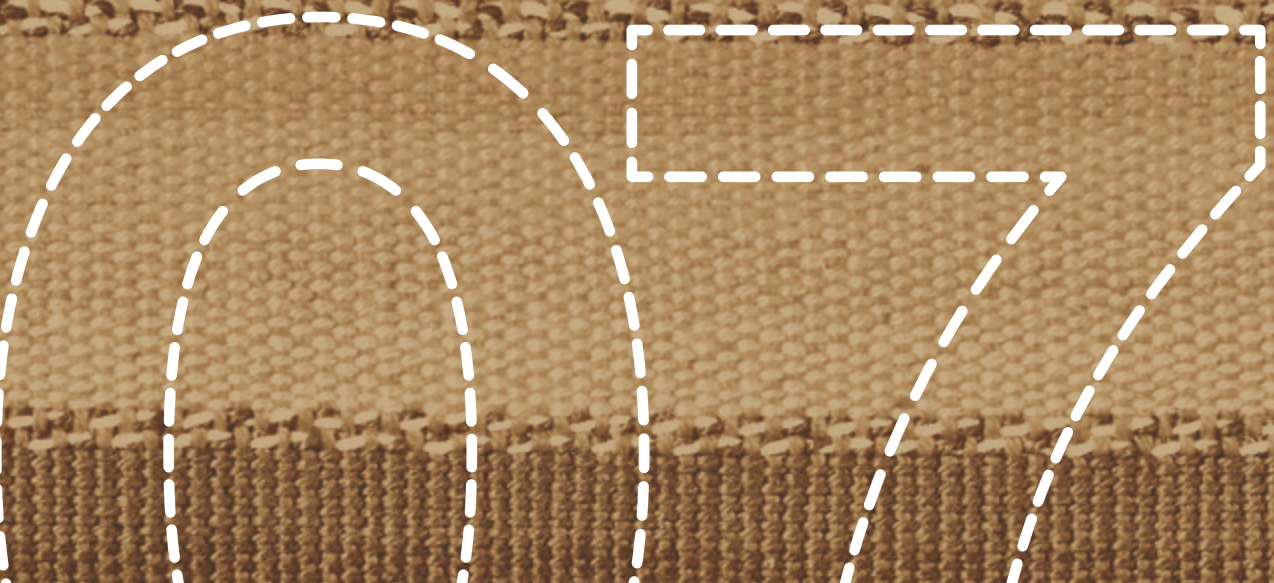
Estos reinos, pueblos o señoríos independientes, toman la denominación chanca porque se hallan en ellos diferencias, pero también características comunes, como la cerámica que se presenta muy sencilla, muy distinta a la fina y policroma cerámica de los wari.

En esos pueblos, en las cumbres de los cerros, había algunas construcciones circulares y otras rectangulares, pequeñas, muy parecidas unas a otras, lo que es una característica unificadora.

Todo esto lleva a pensar que los chancas no fueron precisamente un imperio en ciernes, sino más bien una confederación basada en aspectos militares defensivos o de conquista y a los que también unía su pacarina de origen: la laguna Choclococha.



C A P Í T U L O - V I I



La planificación urbana de los chancas. Cómo eran sus construcciones. Su sencilla organización social y religiosa y sus fundadores.

Algunos historiadores han dado en llamar a la confederación chanca “un estado imperial”. Sin embargo, las exploraciones arqueológicas muestran un conjunto de señoríos, etnias o naciones que no tenían una organización política muy desarrollada.

Una de las características imperiales es una arquitectura monumental, que se va replicando en las zonas conquistadas, al igual que la planeación de las ciudades, para imponer así su cultura.

En el caso de los chancas no hay grandes ciudades. Los poblados, que pueden tener hasta unas quinientas construcciones, no están diseñados sino adaptados a la forma del terreno y con construcciones relativamente pequeñas, la mayoría de forma circular con un diámetro promedio de 6 metros, aunque algunas son un poco más amplias.

Gonzales Carré, en un artículo sobre los señoríos chancas, dice que no hay una planificación definida, sino un aglutinamiento de construcciones, sin calles, más bien con “pequeños senderos de circulación que permitían la comunicación entre construcciones.



Su sistema de construcción tuvo bloques de piedra pequeña unidas por argamasa.

En algunas laderas, explica Gonzales Carré, un tanto distantes del centro poblado ubicado en la cumbre, hallaron unas construcciones rectangulares.

Algo que llama la atención es que no hay ni palacios ni templos ni plazas; en general hay una ausencia de edificaciones monumentales o especializadas.

“Tampoco se ha podido identificar en los poblados edificios públicos dedicados a la administración o al culto, como asimismo no hay evidencias de plazas públicas o arquitectura cuya función social pueda relacionarse con la existencia de un estado organizado”, dice Gonzales Carré que ubica estos poblados entre los 2000 y los 4000 metros sobre el nivel del mar.

Sin edificios públicos ni palacios, resulta fácil deducir que la sociedad chanca carecía de una estratificación social compleja; por lo tanto, no se trataba de una sociedad con profundas diferencias sociales.

En este análisis Gonzales Carré llega incluso a deducir que los chancas tenían un jefe en tiempos de paz y un guerrero que los lideraba en los tiempos de conflicto. Es más, cree que los sacerdotes debían tener “un estatus especial”, pero no mayores comodidades.





Ejemplo de las construcciones de los chancas.
(© PaulaDaniela - stock.adobe.com).





EY

Constituidos por diferentes señoríos, los chancas veían su unidad por el origen en la misma pacarina y su constante decir que descendían del león andino: el puma. Pero funcionalmente en su época expansiva, se confederaron para hacer la guerra.

Es por eso que Gonzales Carré concluye que “la unificación política con fines militares lleva a los chancas a propiciar que socialmente surja y se desarrolle un grupo de guerreros, que tienen gran importancia en ese momento y que luego pasan a formar parte de su tradición oral y de su historia, que es la que recogen los cronistas”.

Las descripciones de las crónicas muestran a los chancas como feroces y desalmados guerreros, que usaban cabezas y pieles de puma, al que veían como su animal sagrado precisamente por su bravura. Garcilaso de la Vega recuerda en *Los comentarios reales de los incas*, haber visto danzando a los chancas en el Cusco, durante una festividad religiosa católica, con esa vestimenta.

Pedro Sarmiento de Gamboa dice que los naturales de Andahuaylas, llamados chancas, tuvieron dos sinchis legendarios, Uscovilca y Ancovilca, a los que califica de “ladrones”. Y no habla de ellos como líderes de un ejército, sino que venían robando desde Huamanga en compañía de otros “ladrones”.

Entonces, el término chanca, para Gonzales Carré, es un término genérico que se ha usado para aglutinar a un conjunto de naciones y señoríos de la cuenca del río Pampas.

Por su parte, María Rostworowski, especula que el término chanca podría ser un apelativo que les dieron los quechuas o los incas.

Gonzales Carré incluso menciona que los expertos en el idioma quechua dicen que chanca puede referirse a la forma de las piernas, las características de la cadera o la forma de andar.

Y Rostworowski dice que “quizá pertenecían a una raza más alta que la de los incas y tendrían, acaso, una manera especial de caminar”.

Los chancas también se dividían en parcialidades que, como en otras culturas andinas, llamaron Hanan y Hurin.

Y así como los incas tuvieron como su fundador a Manco Cápac, los chancas reconocían a los dos sinchis: Uscovilca, de Hanan Chanca, y Ancovilca, de Hurin Chanca, como sus grandes organizadores.

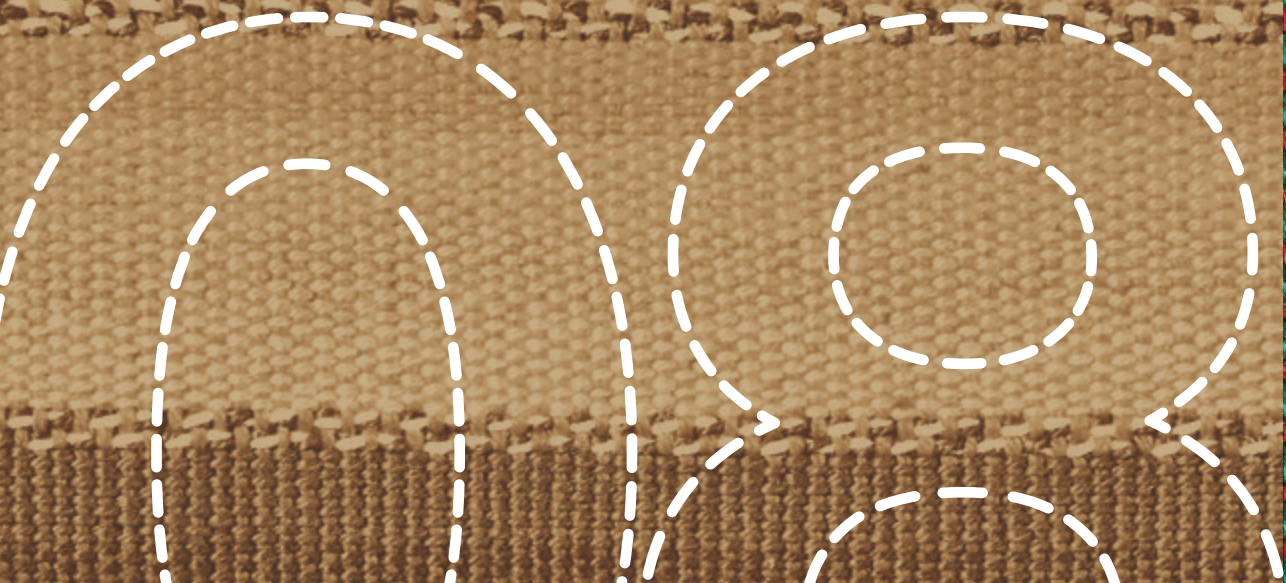
Ambos fueron convertidos en ídolos, que llevaban a sus campañas. Algunos dicen que eran ídolos de piedra con forma humana, con ropajes de señor; sin embargo, otros señalan que se trataba de sus cuerpos momificados.

Algo similar ocurría con los incas, que llevaban a la guerra a la momia o al ídolo de Manco Cápac.

Rostworowski dice que la diarquía era evidente en los chancas, incluso en las campañas militares, pues cuando decidieron emprender campañas conquistadoras simultáneas al Contisuyo, al Antisuyo y al Cusco, siempre cada ejército estuvo comandado por dos jefes, uno de cada parcialidad.



C A P Í T U L O - V I I I



CAPÍTULO VIII

Los quechuas piden ayuda a los incas contra los
chancas. Cápac Yupanqui es asesinado por su
esposa. Los chancas toman el reino Quechua.
Inca Roca los hace retroceder.
Otro regicidio aprovechado por los chancas.

María Rostworowski sostiene que los chancas y los incas debieron tener múltiples confrontaciones bélicas. “Este último enfrentamiento (el del Cusco), debió ser el punto culminante de guerras y combates librados desde tiempo atrás...”, dice.

No cabe duda que su desarrollo paralelo en la misma época, en un territorio cercano, debió llevarlos a desavenencias y pugnas de poder.

Waldemar Espinoza ubica en el reinado del quinto inca, Cápac Yupanqui, uno de los conflictos con los chancas, aunque no se habla precisamente de enfrentamientos, sino más bien del pedido de apoyo militar del reino Quechua, asentado en Abancay, en el actual departamento de Apurímac, para defenderse de los chancas que venían desde Andahuaylas.

Cápac Yupanqui sucedió a Mayta Cápac a través de lo que Espinoza llama un “golpe de estado” contra su primo Tarco Huamán, que gobernó un corto tiempo.

Mayta Cápac quiso que su hijo Tarco fuera declarado su sucesor, pero el deseo duró poco y quedó truncado cuando el hijo de su hermana Cura Yaya, lo depuso por la fuerza, aunque sin matarlo.



A quienes asesinó fue a otros nueve hijos de Mayta Cápac, que consideró un peligro para su entronización. “A otros los obligó a jurarle lealtad y a otros los alejó del Cusco”, puntualiza Espinoza.

Dadas las condiciones en que tomó el poder, tuvo que gobernar de una manera muy autoritaria, seguramente basándose en su fuerza militar.

“Por entonces –dice Espinoza– el señorío inca ya había adquirido una apreciable fuerza”.

Debió hacerlo, pues fue en ese momento en que los señores de la nación Quechua le pidieron auxilio para enfrentar a los chancas. Para ello enviaron una delegación especial para entrevistarse con Cápac Yupanqui.

El prestigio de los incas crecía, aunque su señorío ocupaba todavía un pequeño territorio, pese a la victoria que habían tenido en ese momento en dos batallas contra los condesuyos.

Los quechuas, según Rostworowski, reiteraron su amistad y pidieron que se les acepte como confederados.

“Fueron bien recibidos por el inca ya que eran considerados valientes guerreros”, dice.

Todo indica que Cápac Yupanqui comprometió su apoyo para frenar la incursión enemiga, lo que debió incomodar a los chancas y detener sus intenciones. Pero la situación pronto cambiaría. Cusi Chimbo, una de sus mujeres, lo asesinó dándole veneno.

Espinoza y Rostworowski coinciden en afirmar esta versión, aunque las causas de la decisión pueden variar.

Fray Martín de Murúa, dice que Cusi Chimbo era una mujer cruel, pero además la describe como “amiga de banquetes y borracheras”.

De acuerdo a las versiones dadas por Guamán Poma, era hermana de la coya que enfermó y que Cápac Yupanqui reemplazó por Curi Hilpay, hija del jefe ayarmaca, que la entregó buscando con eso una alianza con los incas.

Para Espinoza fueron los celos los que la llevaron a cometer el asesinato, pero inducida por Inca Roca, hijo de Cápac Yupanqui, quien habría planeado el regicidio junto con los Hanan Cusco, para hacerse del gobierno que ostentaban los Hurin Cusco desde el escape de Taipicala.

Debió ser un complot, pues como lo recuerda Rostworowski, Inca Roca tomó luego a la regicida como esposa. Su afirmación se basa en las versiones de Murúa y de Guamán Poma que “la nombran como mujer de ambos monarcas”.

A la muerte del gobernante, Roca y los Hanan tomaron el Inticancha, el templo sagrado del Sol, que fue residencia de todos los gobernantes incas desde que llegaron al Cusco.

Se desató entonces una crisis, que los chancas aprovecharon para atacar a los quechuas y sojuzgarlos.

Pedro Cieza de León dice que fue en una cruenta batalla, muy pareja al principio, pero que después tuvo como vencedores a los chancas, que no sólo mataron a los soldados y hombres quechuas, sino también a los ancianos y niños.

“Las mujeres fueron tomadas como mancebas”, dice.

Y así, los chancas se hicieron dueños y señores de ese reino.

Mientras tanto en el Cusco, Inca Roca restableció la diarquía, tomando de nuevo para los Hanan la política, el gobierno y la milicia, y dejando para los Hurin el culto religioso.





“En consecuencia los invasores incas en el Cusco, a imitación de sus antepasados puquina de Taipicala, otra vez comenzaron a tener dos jefes: uno de Hanan y otro de Hurin”, señala Espinoza, que explica que es por este motivo que Inca Roca tuvo que dejar el Inticancha, el Templo del Sol, para construir su propio palacio.

En adelante, ningún gobernante ocuparía el Inticancha, que se convirtió en residencia del sumo sacerdote, tampoco el palacio dejado por el antecesor, sino que cada uno haría el suyo, que luego dejaría a su panaca.

“Con Inca Roca aparece por primera vez el título de Inca, no siendo quizá hasta entonces los príncipes cusqueños más que simples sinchis o curacas”, dice Rostworowski, algo con lo que coincide Espinoza.

Con el pasar del tiempo, “inca” se usaría para nombrar a cualquier miembro del reino y para diferenciar al gobernante se usaría el término “sapainca”.

Inca Roca invadió varias comarcas cercanas y su poderío militar aumentó; sin embargo, no se le considera un gran conquistador, porque las guerras que libraba y ganaba no terminaban en una verdadera anexión, sino más bien en la búsqueda de un botín y en convertir a los vencidos en tributarios.

Su golpe de estado lo obligó a tener un gobierno duro, pues el arrebatarle el poder real a los Hurin Cusco le causó una serie de rebeliones internas que tuvo que sofocar.

Es a Inca Roca a quien se le atribuye la fundación del Yachayhuasi, que bien puede traducirse como “la casa del saber”. En realidad, era una escuela para los jóvenes de la realeza y la nobleza inca, donde se buscaba formar su liderazgo.

Espinoza dice que se hizo a la usanza de la antigua Taipicala, donde los jóvenes nobles eran instruidos en las artes militares, el manejo



Yahuar Huaca (ilustración del libro “Historia del origen y genealogía real de los reyes ingas del Piru” de fray Martín de Murúa. Colección Privada de Sean Galvin), publicado por EY Perú en su libro “Vida y obra fray Martín de Murúa”.



y lectura de los quipus, el idioma –que debió incluir el puquina y el quechua– y, por supuesto, la historia con sus mitos y leyendas, todo impartido por los hombres más sabios del reino a quienes llamaron amautas.

“Bajo este inca principiaron las guerras con los chancas, las cuales no terminaron hasta el momento decisivo con Pachacútec”, puntualiza Rostworowski.

Y es que los chancas, luego de dominar a los quechuas, estaban preparando una invasión al reino de los ayarmacas. Se habían situado estratégicamente en las riberas del río Apurímac, lo que inquietó a los incas, quienes entablaron un ataque sorpresivo.

La arremetida tuvo muy buenos frutos, porque la fuerza inca fue acompañada por los ejércitos de las naciones Canas y Canchis, que según Valdemar Espinoza fueron fuerzas mercenarias. Ninguna de ellas estaba sometida, así que apoyaban a los incas en empresas militares a cambio de “recompensas”, según Rostworowski.

Los chancas tuvieron que retroceder.

Conservar el poder en el valle del Cusco, con muchos señoríos alrededor, involucró un manejo de alianzas cuya herramienta principal era el matrimonio entre los miembros de las realezas. Así, Inca Roca tomó como esposa a Mama Micay, hija del sinchi del reino Huallacán, con quien tuvo un hijo, Tito Cusi Huallpa, quien lo sucedería en el trono bajo el nombre de Yahuar Huacac.

El problema fue que Mama Micay no era una mujer del todo libre. La princesa había sido prometida como esposa del rey ayarmaca, Tocay Cápac.

Para lograr esa alianza con los incas, los huallacanes tuvieron que romper el compromiso, lo que los ayarmacas consideraron una afrenta que no estaban dispuestos a olvidar. Aquella ofensa sería el inicio de batallas incesantes entre ambos pueblos.

Tiempo después, los huallacanes cansados de las constantes refriegas buscaron un arreglo con los ayarmacas. La solución involucró una cruel traición.

El rey ayarmaca pidió como precio de la paz la entrega del príncipe Tito Cusi Huallpa, un niño que, según la narración de Sarmiento de Gamboa, tenía en ese momento sólo ocho años.

La familia de Mama Micay habló con Inca Roca y le pidieron que enviara al niño aduciendo que querían conocerlo mejor y, además, enseñarle las tierras que pronto serían suyas.

Sin embargo, todo era parte de la estratagema para tener al príncipe y así entregarlo a Tocay Cápac.

Sin presentir nada, la pareja real inca envió al niño que fue recibido por sus parientes huallacanes con regalos y fiestas que duraron muchos días. Al terminar, dejaron al niño sin mayor resguardo, bajo el pretexto de salir a cultivar a sus chacras.

Avisados los ayarmacas entraron a Huallacán, asesinaron a los nobles orejones con los que había llegado el príncipe y lo raptaron, llevándolo ante su rey. Tocay Cápac, saboreando su venganza, ordenó que lo mataran.

Dicen que entonces el desesperado niño lloró sangre.

Los presentes tomaron el hecho como algo sobrenatural, incluso como un mal presagio, así que Tocay Cápac, atemorizado cambió la sentencia y ordenó que llevaran al niño con unos pastores. Incluso Sarmiento de Gamboa dice que fue con la orden de que lo tuvieran sin mucho alimento para provocar su muerte de manera lenta por hambre.

Inca Roca, pese a enterarse del rapto de su hijo, no atacó a los ayarmacas, temeroso de que asesinaran al pequeño.





EY



La Iglesia de Santo Domingo y su convento fueron construidos sobre el Coricancha.
(Foto: Enrique Zavala)

La suerte del príncipe tuvo que ver con la acción de Chimbo Orma, una concubina de Tocay Cápac, originaria de la nación de Anta, quién encariñada con el niño, decidió hablar con sus parientes para rescatarlo.

Los de Anta actuaron casi con las mismas estratagemas que los raptos para hacerse del niño, pero los ayarmacas se dieron cuenta y los persiguieron entablando un combate en que los de Anta ganaron.

Tuvieron al niño rescatado por un año, dándole trato de príncipe, hasta que le avisaron a Inca Roca y entregaron al pequeño, pidiendo a cambio que los nobles de su pueblo sean considerados parientes de los incas y su nobleza en igualdad de condiciones que los orejones del Cusco, lo que les fue concedido.

Aquel pequeño príncipe fue declarado con el tiempo correinante de su padre, asegurando así la sucesión en el trono, que luego asumió con el nombre de Yahuar Huacac, cuyo significado es “el que lloró sangre”.

Si bien aquel llanto le salvó la vida, el destino le tenía preparada otras trampas, una para arrebatarse a su hijo nuevamente a manos de los traicioneros huallacanes, y otra para que los condesuyos le quitaran su propia vida.

Los incas, descendientes de los Taipicala, no fueron excepción en cuanto a las disputas del poder.

Yahuar Huacac, ya correinante quiso vengarse de los huallacanes que lo entregaron de niño a los ayarmacas, pero el pueblo de su madre se humilló y suplicó perdón, un perdón que, según el cronista Sarmiento de Gamboa, les concedió.

Los ayarmacas no fueron un problema para su gobierno, pues la solución a los conflictos con los incas, fue que Yahuar Huacac se casase con la hija de su raptor, Mama Chiquia, con quien tuvo un hijo, que llamaron Paguac Huallpa.





La decisión de que este príncipe fuera su sucesor, desagradó a los huallacanes que no concebían que un descendiente de los aymaras reinara en la confederación.

Sarmiento describe la misma táctica, invitaron al príncipe Paguac Huallpa, al que Yahuar Huacac envió con cuarenta escoltas sacados de entre los propios orejones, pero fueron emboscados y asesinados.

Yahuar Huacac, recuperó a su hijo, pero esta vez no los perdonó, arrasó el pueblo matando a muchos y desterrando a los sobrevivientes.

Lo que no sabía en ese momento es que él mismo moriría en las puertas del Inticancha, fruto de una conspiración de los condesuyos.

Los condesuyos estaban cansados de las mitas, un trabajo que les imponían para sustentar la casa real del inca, y decidieron sublevarse.

Durante una fiesta en el Cusco, cuando el inca estaba adormecido por la chicha, uno de los condesuyos le asestó un golpe en la cabeza, con lo que empezó un ataque feroz. Yahuar Huacac, herido, huyó con varios de sus hijos tratando de refugiarse en el Inticancha, el sagrado Templo del Sol, pero en sus puertas fueron alcanzados. Los mataron antes de entrar.

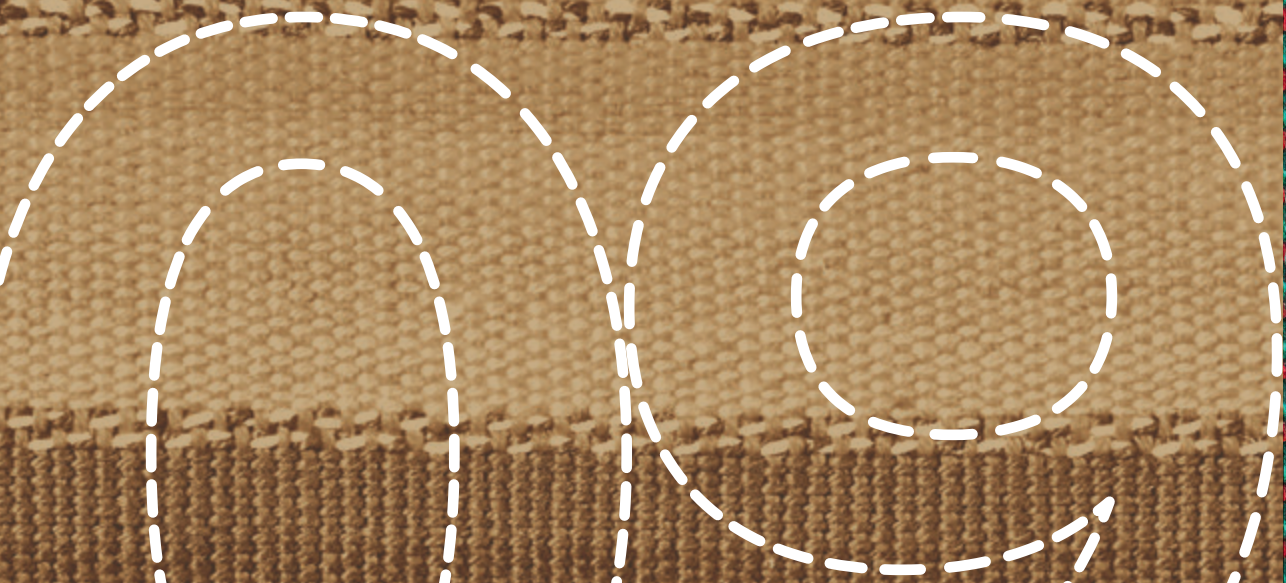
El ataque de los condesuyos, que estaban decididos a arrasar el Cusco, no fue detenido por el ejército inca, sino por la naturaleza. Una feroz tormenta se desató, la lluvia y los rayos debieron asustar a los atacantes, que decidieron retirarse sin hacer más daño.

Aquel ataque sobre el Cusco y ese nuevo regicidio, creó una crisis tremenda que duró buen tiempo, algo que los chancas aprovecharon para retomar las tierras que habían perdido durante el reinado de Inca Roca.

Así, los chancas se fortalecieron y nuevamente se apostaron en las riberas del río Apurímac amenazando al Cusco.



C A P Í T U L O - I X



La asunción al trono del nuevo inca.
Hatun Túpac toma el nombre del dios Wiracocha.
El intento fallido para derrocarlo.
Las nuevas enemistades de Wiracocha con los
sacerdotes.

El nuevo asesinato de un gobernante inca y de varios de sus hijos, esta vez a las puertas del templo sagrado del Inticancha, trajo consigo una crisis tan fuerte que llevó a los orejones a discutir incluso sobre su propio sistema de gobierno.

Si nos remitimos a Cieza de León, incluso algunos propusieron vivir sin rey, rompiendo la tradición de los incas. Por supuesto que otros aseguraban que eso sólo los conduciría a un desgobierno que terminaría por destruir su nación.

La ausencia de un claro sucesor de Yahuar Huacac acrecentó las discusiones y, también, debió alimentar la ambición de los Hurin Cusco para retomar el poder verdadero después de que Inca Roca los dejase solo a cargo del culto religioso.

Cieza de León dice que, durante las polémicas de la sucesión real, una mujer de los Hanan Cusco –que debió ser respetada e influyente–, dijo: Por qué no toman a Wiracocha Inca como señor, pues él lo merece.

La mujer hablaba de Hatun Túpac, que según Cieza era sobrino del inca asesinado, aunque Sarmiento de Gamboa lo señala como su hijo menor con la coya Mama Chicya.



El historiador Waldemar Espinoza deduce que efectivamente no era su hijo, pero que en ese momento era mejor para los intereses políticos de los Hanan Cusco presentarlo como tal y así “no dañar la imagen del señorío inca”.

La sugerencia de la mujer abrió el camino a un acuerdo y Hatum Túpac fue nombrado como inca.

Tomó el nombre del dios creador Ticci Wiracocha Pachayachachic, algo que lo presentaba como una divinidad ante el pueblo que gobernaba.

Sin embargo, las razones del nombre difieren según los cronistas. La más simple es que en las celebraciones del Huarochico, en que los jóvenes nobles incas alcanzaban formalmente su adultez, Hatum Túpac invocó su protección, para realizar las pruebas de valentía y habilidad que se exigía en la ceremonia.

En el Huarochico los jóvenes se sometían a pruebas durísimas que incluían incluso azotes para probar su resistencia al dolor.

Se dice también que una noche tuvo una aparición del dios Wiracocha, que le anunció un venturoso futuro para él y su descendencia. Al amanecer se lo contó a un grupo de orejones, entre ellos, Huallpa Rimachi, quien lo saludó diciendo: “Oh Wiracocha Inca”, cosa que los demás celebraron.

Con el inca Wiracocha empiezan las divergencias en las crónicas sobre quien fue el que venció a los chancas cuando intentaron tomar el Cusco, él o su hijo sucesor Pachacútec.

Sin embargo, los historiadores modernos coinciden en que fue el gran Pachacútec, y no su padre y antecesor, el que los doblegó y sometió.

Aunque Garcilaso de la Vega, Anello Oliva y hasta cierto punto Cobo, ponen a Wiracocha como el que comandó la victoria,



El inca Wiracocha (ilustración del libro “Historia del origen y genealogía real de los reyes ingas del Piru” de fray Martín de Murúa. Colección Privada de Sean Galvin), publicado por EY Perú en su libro “Vida y obra fray Martín de Murúa”.



otros: Cieza de León, Las Casas, Polo de Ondegardo, Sarmiento de Gamboa, Gutiérrez de Santa Clara, un jesuita anónimo, Santa Cruz Pachacuti, Calancha y Román y Zamora, le dan esa epopeya a Pachacútec, como lo consigna Rostworowski en un cuadro que publica en sus libros *Tahuantinsuyo* y *Pachacútec*.

La mayor duda al respecto fue sembrada por Garcilaso de la Vega que da el crédito de la victoria a Wiracocha, pero se cree que lo hizo a propósito para favorecer a su panaca de origen y quitar méritos a la panaca de Pachacútec.

La vida de Wiracocha fue larga y le concitó interés particular a Cieza de León cuando le dijeron que vestía distinto a los demás incas, que era blanco y no cobrizo e incluso con barba, como los españoles, lo que hacía suponer que no era de los Andes, sino que había venido de algún otro lugar. Así que lo preguntó reiterativamente a nobles incas del Cusco, que lo desmintieron y aseguraron que era verdaderamente autóctono.

Este inca no fue un gran conquistador, aunque tuvo que enfrentar una serie de rebeliones que sofocó junto a sus generales Apo Mayta y Vicaquirao, que alcanzarían gran fama y se convertirían en personajes claves para vencer a los chancas.

María Rostworowski recuerda que el cronista Pedro Pizarro señala que Wiracocha solo dominaba treinta leguas alrededor de la ciudad del Cusco.

En una de sus empresas guerreras, aprovechando su salida del Cusco, un hermano del asesinado inca Yahuar Huacac, intentó un nuevo golpe de estado, que había planeado con la complicidad de orejones de Hurin Cusco.

Cieza dice que el golpista entró al mismo Templo del Sol, donde asesinó al gobernador que Wiracocha dejó al mando y a varios otros orejones, cuya sangre “regaba los altares donde estaban las aras y santuarios y la figura del Sol”.

Nuevamente el caos se apoderó del Cusco, donde pronto entraron en enfrentamiento quienes apoyaban al alzado y quienes eran leales a Wiracocha. Muchas muertes se dieron en ese lapso.

“En esto, prevaleciendo el tirano, se apoderó de la ciudad matando a todas las mujeres del inca, aunque las principales habían ido con él”, dice Cieza.

También, en medio del desorden y el horror, muchas nuevas traiciones se cavilaron.

Los que en un inicio incitaron y apoyaron al golpista, le dieron la espalda cuando quiso ceñirse la mascaipacha, el símbolo del poder real. Dice Cieza que incluso se burlaron de él.

Mientras tanto, algunos hombres salieron del Cusco para dar cuenta al inca de lo ocurrido.

Enterado Wiracocha, emprendió el retorno con su ejército.

El intento de derrocamiento fracasaba por la falta de apoyo de los orejones, así que el perpetrador se suicidó tomando veneno. Sus familiares más cercanos hicieron lo mismo para evitar las cruentas represalias que avizoraban de Wiracocha.

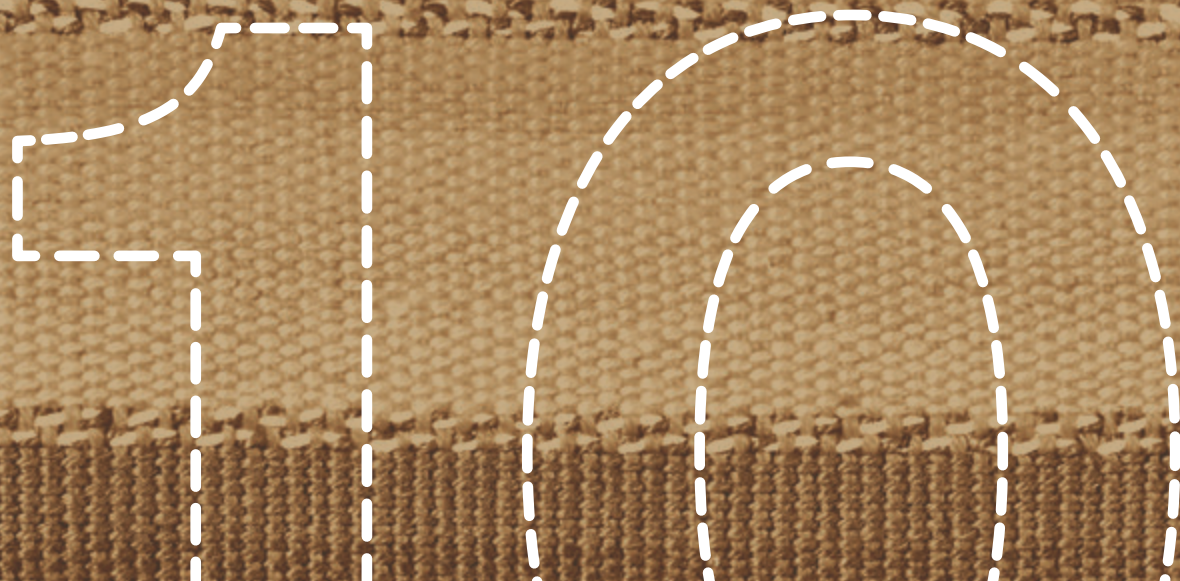
A su llegada al Cusco muchos orejones pidieron perdón, pero “los participantes en la traición fueron condenados a muerte” y sus cuerpos tirados a la intemperie para que sean comidos por los animales salvajes, narra Cieza.

Para evitar nuevas conjuras que nacieran de la dinastía de los Hurin Cusco, el inca decidió nombrar él mismo al sumo sacerdote, asegurándose de que fuera una persona que le sería leal, lo que no gustó nada a la casta religiosa.

Así, la enemistad con los sacerdotes se hizo más grande, tanto que estos estaban dispuestos a pactar con quien sea para librarse de Wiracocha.



C A P Í T U L O - X



C A P Í T U L O X

Los hijos del inca Wiracocha. Urco, el hijo correinante e inca por breve tiempo. El virtuoso hijo Cusi Yupanqui.

Después de su entronización, Hatum Túpac fue conocido como Wiracocha, y tomó como esposa principal –coya o reina– a la hija del señor de Anta, Mama Runtu, con quien tuvo aparentemente cuatro hijos, entre ellos el príncipe Cusi Yupanqui, que dicen fue el tercero. Antes de él nacieron Roca y Topa Yupanqui y después Cápac Yupanqui.

Cusi Yupanqui se convertiría en el inca Pachacútec, el más prominente de la historia andina.

Sin embargo, Pachacútec no fue el hijo preferido de Wiracocha, ni el destinado a sucederle, como tampoco ninguno de sus hermanos de padre y madre.

El inca tomó varias esposas secundarias, entre ellas a Curi Chulpi, a quien algunos describen como una bella mujer del ayllu Ayavilla del valle del Cusco, que llegó a tener gran influencia sobre él, sobre todo en la sucesión en el trono.

Con ella tuvo dos hijos, Urco y Socso, quienes fueron, sin lugar a dudas, los preferidos del inca.





Urco fue designado como correinante y seguro sucesor de Wiracocha. A Socso, le reservó la honra de ser el líder de la panaca real que se denominó Socso Panaca.

El matrimonio con la coya Mama Runtu debió ser por conveniencia. Según algunas crónicas ella no tenía atractivo físico ni carisma, por lo menos para las labores reales.

Waldemar Espinoza es delicado con ella y solo dice que a “causa de su carácter afable”, no consiguió influir en su esposo, y María Rostworowski, tomando la información de Guamán Poma, la describe como melancólica, “tan humilde que no asistía a las fiestas y bailes”.

Recuerda también, apoyándose en el cronista indígena Juan Santa Cruz Pachacuti, que tenía el raro gusto de rodearse de enanos y jorobados, algo que la historiadora atribuye a su carácter “acongojado y triste”.

Si Mama Runtu no influyó en su marido sí lo hizo sobre el príncipe Cusi Yupanqui, pues cuando se convirtió en gobernante se preocupó por esos enanos y jorobados, a quienes construyó una casa especial donde fueron atendidos. Una evidente acción aprendida de la madre o hecha para satisfacerla.

La rareza de Mama Runtu debió provocar el alejamiento de Wiracocha y no sólo de ella, también de sus hijos.

El inca halló el amor en Curi Chulpi, a quien describe como una “hermosa concubina a la cual amaba mucho”.

Su íntima relación con la mujer terminó en el acercamiento con sus hijos, Urco y Socso, a quienes privilegió y resguardó, incluso durante el ataque de los chancas.

Con la protección del inca, Urco gozó de todas las gollerías de su realeza, potenciadas largamente en comparación con sus hermanos.



Los príncipes incas (ilustración del libro “Historia del origen y genealogía real de los reyes ingas del Piru” de fray Martín de Murúa. Colección Privada de Sean Galvin), publicado por EY Perú en su libro “Vida y obra fray Martín de Murúa”.



Otros cronistas lo han presentado como un príncipe prepotente, irresponsable, grosero y tan vicioso del alcohol como del sexo. Posiblemente lo hicieron en contraposición a su medio hermano Cusi Yupanqui, a quien por el contrario presentan como un dechado de virtudes.

Por ejemplo, Cieza de León dice de Urco que “era tan vicioso y dado a lujurias y deshonestidades, que se andaba con mujeres bajas que eran las que quería y le agradaban, y aún afirman que corrompió a algunas mamaconas que estaban en el templo”.

Las mamaconas eran una suerte de sacerdotisas, mujeres bellas y ya entradas en años, que vivían en los templos y cuidaban a las vírgenes del sol.

Cieza agrega que se andaba jactando de haberse acostado con las mujeres de los orejones.

Se le veía en público ebrio, vomitando y orinando en las calles, y pasaba el tiempo más en sus casas de recreo que dedicado al gobierno.

Sarmiento de Gamboa dice que Urco era “valiente, soberbio y despreciador de los demás”. Sin embargo, su valentía se puso en duda cuando decidió escapar junto a su padre y su hermano, cuando los chancas llegaron a las puertas del Cusco decididos a arrasarlo la ciudad y someter a los incas.

Por el contrario, Sarmiento se refiere al príncipe Cusi Yupanqui, el futuro Pachacútec, como “llano y afable”, y completa la descripción de su personalidad diciendo que “daba muestras de ánimo y de altos pensamientos”.

Juan de Betanzos coincide y lo señala como “un mancebo virtuoso y afable”. Dice que era de poco hablar y su risa siempre atinada, además de caritativo con los pobres. En contraposición a Urco, lo

describe como un joven casto, sincero y cumplidor de la palabra empeñada, además de valeroso.

Cusi como Urco tuvieron una crianza y una educación privilegiadas.

Rostworowski encuentra una buena imagen de lo que pudieron ser sus vidas en un inicio, en la descripción que hace Garcilaso de la Vega sobre el sistema de crianza de los jóvenes nobles incas.

Las costumbres dictaban que apenas salían del vientre de sus madres, antes de envolverlos en sus mantas, eran bañados con agua fría, algo que repetían cada día, incluso con agua que habían puesto a la intemperie durante toda la noche.

Pensaban que con esto les fortalecía los brazos y piernas, y los acostumbraba a la vez al inclemente frío de los Andes y los hacía, también, más laboriosos.

Durante los tres primeros meses eran envueltos en las mantas con los brazos pegados al cuerpo, para que no fueran “flojos de brazos”.

Los pequeños no eran cargados, sino siempre los mantenían echados en sus cunas que, en lugar de una tabla rígida para la espalda, tenían una red que la hacía más cómoda.

Las madres no los tenían en el regazo ni para amamantarlos, previniendo así que se volvieran llorones, buscando estar siempre en los brazos.

Cuando les daban el pecho, la madre se echaba junto al bebé en el lecho. Ya cuando habían crecido un poco más y gateaban los hacían lactar arrodillados.

Su alimentación era estricta, solo tres veces al día: por la mañana, al mediodía y por la tarde. No les daban el pecho fuera de ese horario para que no tuvieran vómitos y se criaran sucios. Ni el llanto conmovía a las madres, que por más que fueran esposas del inca, estaban obligadas a cuidar ellas mismas de los hijos.





“La madre propia criaba a su hijo, no se permitía darlo a criar, por gran señora que fuese”, dice Garcilaso y agrega que la salvedad era que la madre estuviera enferma o hubiera fallecido.

Cuando los niños ya podían pararse, se les metía en un hueco hecho en la tierra que llegaba hasta el pecho de la criatura. El agujero era acolchado con trapos para hacerlo más cómodo y seguro, y en él se metían juguetes para que el niño se entretuviera.

“Más en los brazos no los habían de traer, aunque fuera hijo del mayor curaca del reino”, puntualiza Garcilaso.

Después de los dos años el niño era destetado. Hasta entonces el pelo se le había dejado crecer y se les cortaba por primera vez en una ceremonia especial, en que los parientes cortaban con un pedernal mechones de pelo. En esa ceremonia se le daba formalmente el nombre al pequeño.

Aquel nombre podía variar después en la gran ceremonia del huarochico, que se hacía con ellos al final de la adolescencia, y con la que se les incorporaba a la nobleza inca ya como mayores de edad.

Antes de ello, los jóvenes príncipes eran educados en el Yachaywasi, donde se les preparaba en lo físico e intelectual para poder ser parte del ejército o de la administración del reino.

Tanto Urco como Cusi y sus hermanos debieron tener un ayo, que desde la niñez se encargaba de su cuidado y su educación.

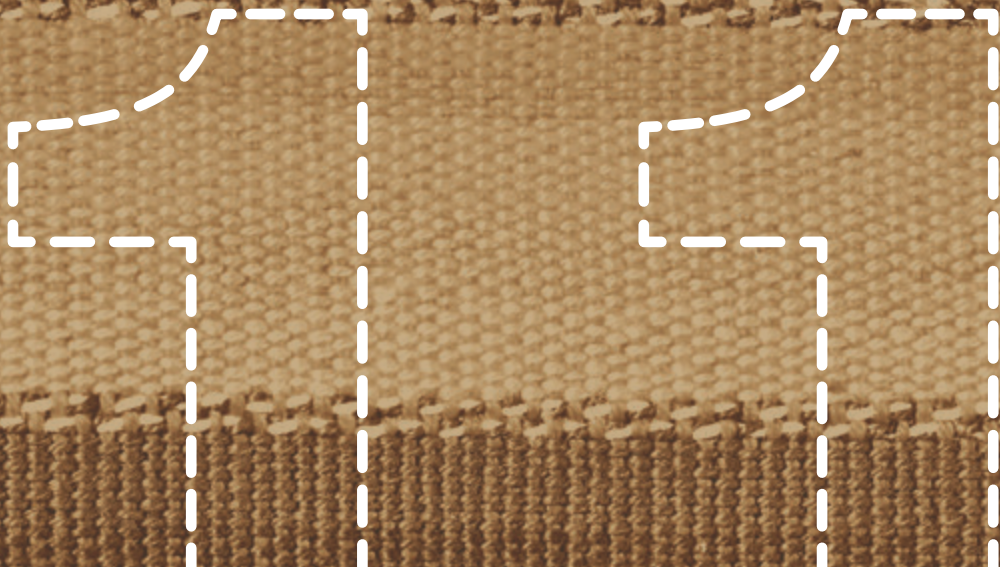
El del príncipe Cusi Yupanqui, según Sarmiento de Gamboa, fue Mircoymana y según especula Rostworowski, debió iniciarlo en el manejo de las armas, en que se volvió sumamente diestro.

En el huarochico, los príncipes y nobles debían mostrar su valor y resistencia, así como sus habilidades para la guerra y la sobrevivencia.

Ayunos prolongados, enfrentamientos con sus compañeros, caza de sobrevivencia, resistencia al frío y al dolor, era el preámbulo para un nuevo corte de cabello, un posible cambio de nombre y el horadado de sus orejas para colocarles discos en los lóbulos, característica principal de los nobles incas, por lo cual, los españoles de la conquista les llamaron orejones.



C A P Í T U L O - X I



Los conflictos para la sucesión de Wiracocha.
Los intereses políticos para buscar al sucesor.
Un noble general inca en amoríos con una
esposa de Wiracocha. Los sacerdotes incas
complotan con los chancas.

Algunos cronistas muestran la designación de Urco como inca correinante y sucesor declarado en vida como un acto prepotente de Wiracocha, al no respetar la primogenitura. Sin embargo, la primogenitura no existió en el reino inca, pues el sucesor podía ser cualquier hijo y, en general, se pensaba que debía serlo el más capacitado.

Como los cronistas españoles venían de una monarquía donde la primogenitura era la regla, eso llevó incluso a algunos a consignar que Cusi Yupanqui fue el primogénito de Wiracocha.

Sarmiento de Gamboa es quien menciona a cuatro hijos de Wiracocha con la Coya y coloca a Cusi Yupanqui como el tercer hijo.

La sucesión en el trono fue siempre un conflicto lleno de intereses políticos, en donde estaban incluidos los grandes mandos militares, que salían precisamente de la nobleza.

Los incas buscaron un método para hacer menos dramática la sucesión, así que no esperaban a la muerte del gobernante, sino que entraban en un cogobierno con el hijo escogido. En algunos



casos, durante el correinado, se descubría que no daba la talla para tremendo cargo y era finalmente reemplazado por otro.

Muchos terminaban en desacuerdo con la designación del correinante o del mismo sucesor ya en el poder, y, como lo consignaron los cronistas, hubo golpes de estado, tal vez más de los que se piensa, ya que los incas eliminaban de sus cantares y de sus posibles anotaciones históricas en sus quipus a aquellos incas que cayeron en desgracia o resultaron torpes en su gobierno.

Urco estaba destinado al olvido, pero su presencia en un momento dramático para los incas –la guerra con los chancas– hizo que su nombre y los hechos que protagonizó no se borraran de la memoria colectiva.

“Los orejones, y aún todos los naturales de estas provincias, se ríen de los hechos del Inca Urco. Por sus poquedades quieren que no goce de que se diga que alcanzó la dignidad del reino, y así vemos que en los quipus y romances que tienen de los reyes que reinaron en el Cusco callan a éste, lo cual yo no haré, pues al fin, mal o bien, con vicios o con virtudes, gobernó y mandó el reino algunos días”, dice Cieza de León en su *Crónica del Perú*.

Urco llegó a gobernar en vida de su padre con su avenencia y con los símbolos de poder, en una suerte de retiro de Wiracocha que, avanzado en edad, quiso desentenderse de la administración del reino.

Por supuesto que la personalidad arrogante y actos despreciables de Urco, además de su poca empatía, le granjearon muchos opositores, que vieron a Cusi Yupanqui como un sucesor que deberían colocar en el trono de una forma u otra.

Si algunos cronistas ponen solo la gran valentía de Cusi Yupanqui y la ayuda del dios Wiracocha para predestinarlo a la victoria sobre los chancas y a la asunción del trono, Sarmiento de Gamboa nos da una versión más realista, con un telón de fondo más coherente a las disputas del poder.

Incluso se habla de la intención de algunos de influir en la decisión de Wiracocha para que fuera Cusi el príncipe correinante, pero según esta crónica, la mayor parte de los orejones apoyaron la designación de Urco.

Cusi era la apuesta de los generales más victoriosos del ejército. Uno de ellos era Apomayta, que había sido cercano a Cusi y que temía, según Cieza, un destino horroroso si se llegaba a saber que era amante de Cacchon Chicya, una de las esposas de Wiracocha.

Apomayta quería encontrar favor en el sucesor y su cercanía con Cusi le podía traer impunidad ante tamaña deslealtad con el inca, algo que no ocurriría con Urco.

Vicaquirao y Apomayta, poderosos nobles al mando del ejército, necesitaban una carta que pudiera ser bien acogida por los nobles y por el pueblo. Cusi tenía la inteligencia, la habilidad y la destreza suficiente para ser un buen y querido gobernante.

Desde muy joven se vinculó con estos jefes militares que reconocieron en él habilidades y virtudes para ser el sucesor de Wiracocha. Lo hicieron dominar las artes de guerra en las que fue iniciado de pequeño por su ayo.

La guerra había sido una constante desde que los incas llegaron al valle del Cusco, pero esta vez una amenaza mayor se cernía sobre ellos.



Una de las pocas imágenes de Inca Urco hecha por el cronista Antonio de Herrera en el siglo XVI.

(Ilustración: Antonio de Herrera)

Por Online Collection of Brooklyn Museum;
Photo: Brooklyn Museum, 1995.29.9_SL1.jpg,
Dominio público, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=10189915>



Aprovechando las sucesivas crisis de gobierno de los incas, los chancas habían dominado a los quechuas y se habían posesionado nuevamente de Andahuaylas, planeando desde allí nuevas conquistas.

Aunque más desordenados en su administración estatal, los chancas habían conseguido mayores triunfos militares, y una fama de sanguinarios que precedía sus incursiones sobre otros pequeños reinos.

Los chancas no formaron precisamente un imperio, sino una confederación que les garantizaba un ejército numeroso.

Mientras tanto, en el Cusco los celos de los sacerdotes con Wiracocha fueron en aumento. Tenían sed de venganza contra Wiracocha, quien después del intento de derrocarlo quiso incendiar varias huacas como represalia, algo que, según Guamán Poma de Ayala, impidió la coya Mama Runtu.

“Estos y otros motivos llevaron a los ministros (sacerdotes) a entenderse secretamente con los chancas, cuando ellos amenazaron el Cusco”, señala Rostworowski en su libro *Pachacútec*.

No hay muchos detalles del complot, pero los sacerdotes, que vivían en el Coricancha, debieron suministrar información o prometer una legitimación de los chancas, si triunfaban, a través de la religión.

Los incas ya tenían una diarquía, con dos incas, uno que sería llamado Sapainca, que gobernaba y que provenía de la dinastía de los Hanan Cusco, y otro llamado Willaq Humo, el sumo sacerdote proveniente de la dinastía de los Hurin Cusco.

Pero no sólo los sacerdotes estaban contra Wiracocha; muchos de los pueblos que estaban bajo el dominio inca buscaban nuevamente su libertad, sobre todo aquellos sojuzgados mediante la guerra. Y esos pueblos eran potenciales aliados de cualquier enemigo de sus opresores.

El prestigio de los incas había crecido en los Andes y habían logrado, de alguna manera, encabezar una confederación que no tenía lazos fuertes que los uniera. Eran muchos reinos independientes que seguían teniendo su propio señor.

“En el tiempo de este Wiracocha Inca, había más de doscientos señores caciques de pueblos y provincias... en la redondez de esta ciudad del Cusco”, dice Juan de Betanzos, mostrando un panorama de dispersión del poder, aún bastante alejado de un estado unificado y centralizado.

Wiracocha, que había encabezado empresas militares para sofocar alzamientos, tener pequeñas conquistas y para formar alianzas con otros señoríos, vio sus últimas campañas, aunque sin enfrentamientos, en el Collao, cerca del lago Titicaca, donde consiguió la amistad con el reino Colla y el reino Lupaca, que estaban enfrentados entre sí.

A su regreso, Wiracocha decidió su retiro para vivir sus últimos años en Calca, donde tenía un palacio de recreo.

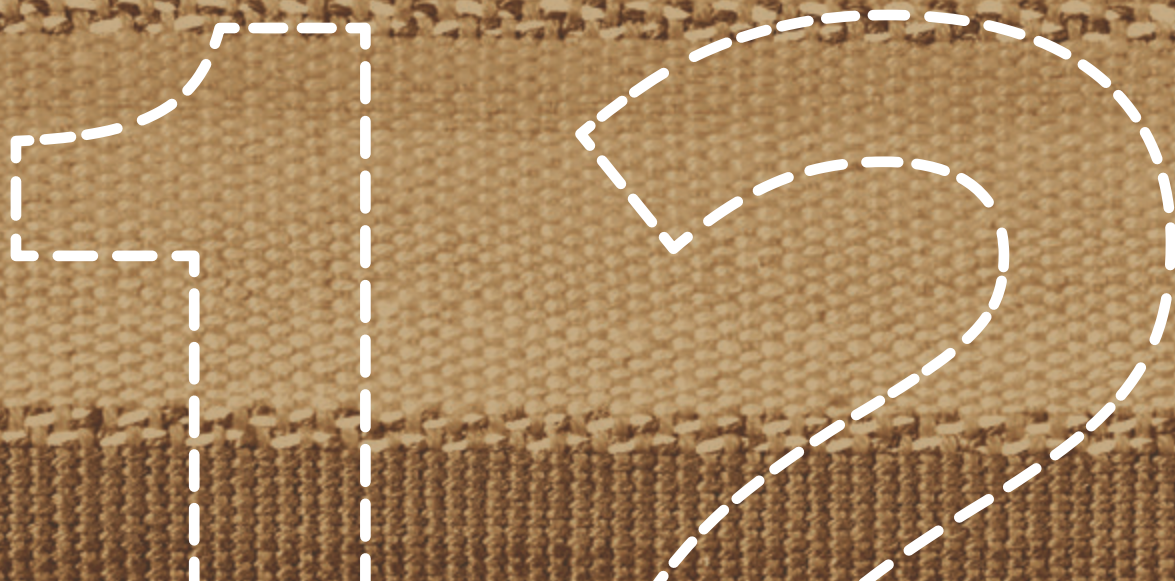
“Precisamente por influjo de su esposa secundaria Curi Chulpi, a la que amaba con obsesión, Wiracocha designó a Urco su sucesor y heredero en el gobierno, dejando la administración soberana bajo la responsabilidad de ese bienamado hijo, por lo que se llamaba ya Inca Urco, luciendo la mascaipacha y la parafernalia del poder de la etnia inca”, dice Waldemar Espinoza.

Así, con Wiracocha en Calca y con Inca Urco dedicado más a disfrutar de las banalidades del poder que al gobierno y crecimiento de una confederación, la amenaza chanca se materializó.

Pronto la guerra decantaría a quien dominaría verdaderamente los Andes y las tierras de la costa que alguna vez, según la leyenda, recorrió no el inca, sino el propio dios Wiracocha.



C A P Í T U L O - X I I



Los chancas se alistan para atacar Cusco.
Wiracocha desampara el Cusco y se retira a Calca.
Los orejones piden a Cusi Yupanqui que asuma
la defensa. Cusi Yupanqui se queda en Cusco con
siete hombres de confianza.

Durante el reinado de Wiracocha y luego del asesinato de Yahuar Huacac, los chancas se fueron fortaleciendo, logrando la sujeción total de los quechuas y consolidando su dominio sobre Andahuaylas.

El territorio de la confederación chanca era bastante más grande que el de los incas y su ejército se hizo más numeroso y poderoso, lo que alentó a sus líderes a planear campañas expansionistas.

Si bien su origen legendario era la laguna de Choclococha, ubicada en el actual departamento peruano de Huancavelica, los chancas reinaban en los actuales departamentos de Ayacucho y Apurímac y en la provincia de Condesuyos en la parte norte del departamento de Arequipa, cuya extensión conjunta es similar a la de Bélgica y Países Bajos.

El cronista Juan de Betanzos, que accedió de primera mano a la información de la realeza inca, señala que los chancas planearon simultáneamente tres campañas de conquista con el fin de acrecentar su poder.

Los chancas, igual que los incas y otras culturas andinas, seguían concibiendo la muerte como algo diferente, así que Uscovilca, su



belicoso fundador, fue momificado y seguía siendo considerado y servido como vivo, y llevado como líder para las batallas más grandes de su ejército.

Ordenados también en una diarquía, los ejércitos tenían dos líderes: uno de Hanan Chanca y otro de Hurin Chanca.

Los líderes acordaron reunir a todos los soldados con los que contaban en el pueblo de Paucaray, y allí los dividieron en tres grandes regimientos que emprenderían tres distintos caminos de conquista.

Uno de los regimientos, liderado por Mallma y Rapa, tomó el camino del Condesuyo, al oeste. Yanavilca y Teclovilca, con su regimiento, emprendieron la conquista de los territorios selváticos que conocían como el Antisuyo; mientras que Tomay Huaraca y Asto Huaraca, llevando la momia de Uscovilca para obtener su protección y dirección, se encaminaron a enfrentar al inca Wiracocha y conquistar el Cusco.

Nada fue improvisado. Cada regimiento fue provisto de pertrechos militares y alimentos.

Los soldados fueron armados, según Betanzos, con “lanzas alarbadadas, hachas, porras y rodela”. Se les dio, también, abundante carne de auquénido seca, pescado seco y maíz para su sostenimiento, junto con la promesa de que gozarían del botín de guerra, tanto de oro y plata como de mujeres y esclavos.

Se hicieron grandes rituales implorando la ayuda de sus dioses en presencia de sus fundadores momificados Uscovilca y Ancovilca.

La conquista del Cusco era la campaña más importante; por eso, con gran reverencia y en andas, fue llevado el cuerpo de Uscovilca que, aunque vestido como rey, debió tener una apariencia espeluznante.

Avanzaron hasta Ichupampa donde, según Sarmiento de Gamboa, hicieron sacrificios de animales y nuevos rituales previos a la guerra. La presencia de Uscovilca les daba la certeza de la victoria.

En el camino arrasaron algunos pequeños pueblos y tomaron más provisiones saqueando las chacras.

La marcha chanca no pasó desapercibida. Pronto llegó al Cusco la noticia de que los chancas, muy temibles para entonces, venían a sojuzgar a los incas y otros señoríos que estuvieran a su paso.

Eran feroces guerreros, sus rostros pintados de rojo y negro, sus cabellos sujetos con múltiples trenzas pequeñas y engrasadas para el combate, los hacían verse aterradores. Avanzaban precedidos de su fama de sanguinarios.

El temor de los pueblos no era solo a enfrentarse a ellos en batalla, sino también a lo que ocurría después con toda la población cuando tomaban el botín.

La marcha chanca debió tener un efecto psicológico tremebundo para la nobleza y la población inca y sus aliados.

Wiracocha, aún en el Cusco, debió estar atemorizado, tanto que decidió no sólo rendir la ciudad, sino huir de ella, llevando consigo a sus hijos preferidos, el correinante Urco y su hermano Socso, para refugiarse en uno de sus palacios de recreo en Calca, donde ya pasaba más tiempo y donde planeaba residir hasta su muerte, mientras Urco gobernaba bajo su consejo.

Tal vez no fue sólo una decisión personal sino un acuerdo con los orejones, incluidos algunos líderes militares.

Sarmiento de Gamboa dice que estando en Ichupampa, a cinco leguas del Cusco, es decir a solo horas de marcha, los chancas ya habían conseguido infundir miedo en la comarca, lo que obligó a





Wiracocha a sesionar con los orejones que estaban turbados con la amenaza inminente de la invasión.

Luego, en reunión con su correinante hijo Urco y algunos de los jefes militares, fue aconsejado de dejar el Cusco, para desde su otra residencia negociar la rendición.

Según su crónica, en esta reunión estuvieron tanto los generales Apomayta y Vicaquirao, que apoyaron el plan de abandono del Cusco, pero con una intensión subalterna: alejar a Wiracocha y Urco, y así “tener ocasión buena y sin estorbo de poner en efecto su designio que era alzar por inca a Cusi Yupanqui”.

Dice Cieza de León que Urco, al saber de la inminente agresión enemiga, no hizo realmente nada. “Se reía teniendo en poco lo que era obligado a tener en mucho”, señala.

Los orejones –cuenta el mismo Cieza– al ver que Wiracocha alistaba la partida llevando incluso a Urco y Socso con sus respectivas familias, dejando al Cusco a su suerte, empezaron a hacer rituales pidiendo a los dioses protección y se jugaron sus cartas con Cusi.

“Fueron hechos grandes sacrificios a su costumbre y acordaron de rogar a Cusi Yupanqui que tomase el cargo de la guerra”, dice.

Sarmiento de Gamboa sostiene que cuando el príncipe Cusi Yupanqui se enteró de la decisión de su padre, fue a reclamarle. No podía comprender cómo había decidido dejar en el desamparo al Cusco, para entregarlo sin resistencia al enemigo. Incluso le recordó que era la ciudad del dios Wiracocha, de quien había tomado el nombre.

Más el padre le dijo que su juventud no le dejaba ver bien los hechos y lo instó también a partir. Pero Cusi se puso firme y le dijo que no pensaba desamparar la ciudad.

“Así que Wiracocha salió del Cusco... llevando consigo a Inca Urco y a Inca Socso, sus dos hijos bastardos, quedándose en el Cusco su hijo Cusi Inca Yupanqui con ánimo de morir o defender el Cusco”, dice Sarmiento.

La mayor parte de los historiadores contemporáneos coinciden en que en ese momento Cusi Yupanqui debía tener alrededor de 20 años, pues los cronistas hablan de su mocedad.

A su buen criterio, a su sólida formación militar, a su virtuosa conducta y liderazgo, debió sumarse también una ambición que lo llevó no sólo a la victoria en la batalla, sino a luego ampliar el reino hasta convertirlo en un imperio.

Cuando los orejones se le acercaron, le prometieron ver la forma de hacer que fuese él y no Urco, el próximo inca que sucediera a Wiracocha.

Abandonada por sus gobernantes, la ciudad quedó a cargo de Cusi. Junto a él, dice Sarmiento, se quedaron siete personas de confianza con quienes organizó la defensa: “Roca, su hermano legítimo y mayor, Apomayta, Vicaquirao, Quilliscachi, Urochuaranca, Chimachahui, Paucar y Mircoymana, su ayo”.

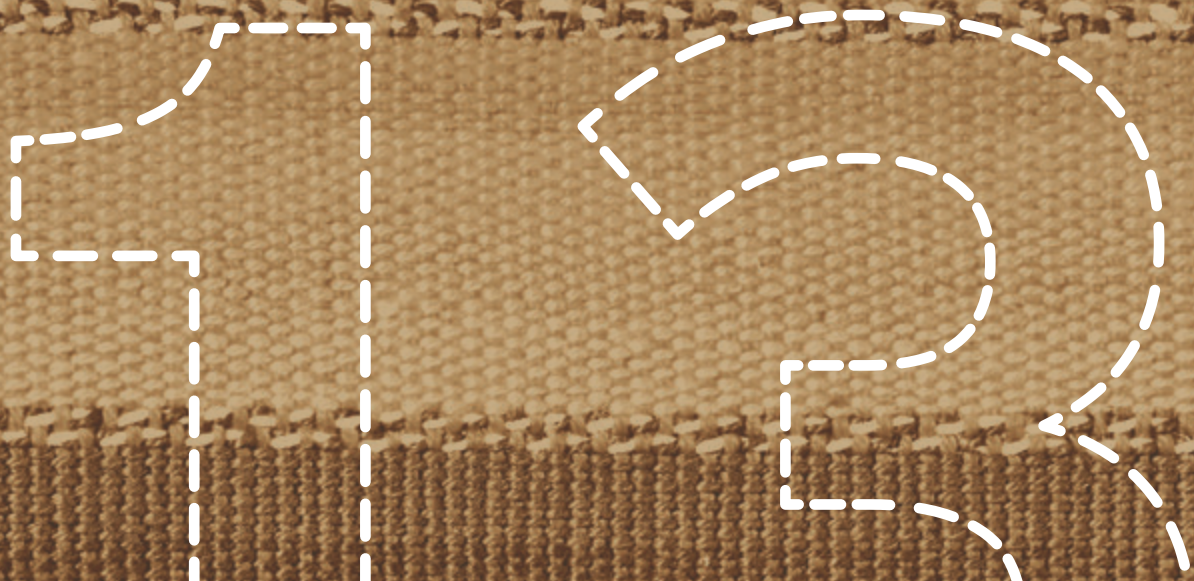
La batalla por el Cusco estaba próxima a empezar. El vencedor dominaría los Andes y todo apuntaba a que sería el ejército chanca.



Representación de un guerrero chanca.
(Imagen generada por IA - Copilot)



C A P Í T U L O - XIII



CAPÍTULO XIII

El príncipe Cusi Yupanqui prepara la defensa del Cusco. Los espías de Cusi liderados por Quilliscachi. Los chancas envían a un mensajero para negociar la rendición.

La primera medida adoptada por Cusi Yupanqui y por sus jefes militares era esperar al enemigo en el Cusco. Aquel valle estaba rodeado de cerros que los chancas tenían que remontar para poder atacar. Era preferible enfrentarlos allí que en una pampa.

El ejército de los incas no era tan numeroso como el de los invasores, pero era organizado y disciplinado, aunque la cantidad de las tropas era importante para definir la batalla.

Las voces que daban cuenta de la marcha chanca habían activado las alertas en la milicia profesional formada por nobles incas, por aquellos que más se habían destacado en la ceremonia del Huarachico.

Se requería saber detalles sobre el enemigo. Fernando de Montesinos, el cronista español que llegó al Perú en la primera mitad del siglo XVII y que habló con varios quipucamayoc, dice que se envió “espías para ver qué número de gente tenía el enemigo, qué disposición y armas, qué modo de alojamiento y el entretenimiento en que se ocupaban”.

Las misiones de espionaje estaban bajo la dirección Quilliscachi, uno de los hombres de mayor confianza de Cusi Yupanqui.



EY

Dice Rostworowski que Cusi le dio “la misión de espiar el movimiento del enemigo”.

Los chancas debieron tener también información brindada por los sacerdotes opuestos al inca Wiracocha, que confabulaban para sacarlo del poder. La decisión de Wiracocha de dejar Cusco y rendirla sin resistencia, había llegado a los oídos de los dos líderes militares, Asto Huaraca y Tomay Huaraca, que estaban seguros de que tomarían el Cusco casi sin resistencia.

Así que, según Juan de Betanzos, los chancas enviaron unos mensajeros para pedirle formalmente al inca Wiracocha, su rendición y sujeción a la confederación chanca.

Por su parte, Quilliscachi logró infiltrarse en las fuerzas chancas, les dio alguna información y según Cieza hasta les ofreció llevarlos por caminos seguros al Cusco.

Así lograran la rendición, las fuerzas chancas no se conformarían con ingresar a la ciudad. La promesa de un gran botín que incluían mujeres y esclavos seguía latente y los soldados estaban dispuestos a tomarlo. Después de todo, a eso estaban acostumbrados; era parte de los estímulos que les daban para entrar en combate.

Mientras tanto, en el Cusco todo era desesperación. La población común y aún muchos nobles con sus familias se sentían desprotegidos por su rey. Con el asedio chanca avizoraban saqueos, violaciones y asesinatos.

“Como en el Cusco las mujeres y muchachos vieron a los enemigos, hubo mucho espanto y andaba en gran ruido”, señala Sarmiento de Gamboa.

Como en todo asedio el pánico debió apoderarse de la población.

Los hombres mayores hasta los jóvenes fueron llevados a unirse a la defensa. Los mismos soldados de tropa sabían que no sólo se jugaban su propia supervivencia, también la de sus familias.

En esos oscuros momentos, la primera comitiva chanca no se dirigió al Cusco; fue directamente a Calca, donde estaba refugiado el inca Wiracocha y sus hijos, junto con su familia cercana y miembros de su panaca. Allí fueron recibidos.

Los mensajeros de Tomay Huaraca y Asto Huaraca pidieron al inca la sujeción incondicional. Betanzos dice que el inca prometió obediencia, pero pidió conversar con los jefes chancas directamente en una cena.

Wiracocha sabía que la rendición no era un buen negocio, pero pensaba que lo dejaría a él y a su pueblo en mejor posición que en una cruenta batalla que estaba seguro perdería.

No obstante, la buena nueva de la rendición aceptada trajo consigo dudas entre los jefes chancas, sobre todo por la invitación a dialogar directamente. Con precaución enviaron a Huamán Huaraca, otro jefe militar de alto rango, mayor a los de la comitiva anterior, para ultimar el sometimiento. Es que Tomay Huaraca y Asto Huaraca no querían caer en una emboscada.

Cuando se dio la nueva reunión con Wiracocha, no sólo se consolidó la promesa de capitulación, sino que Huamán Huaraca se enteró que la defensa del Cusco, que organizaba el príncipe Cusi Yupanqui, no tenía el respaldo ni la aprobación del inca.

Aquellas noticias que se enviaron al campamento chanca causaron la sorna de Asto Huaraca y Tomay Huaraca, que vieron en el príncipe a un joven inexperto y fácil de derrotar. Además, su defensa, que percibían inconsistente sin el apoyo de su padre, les permitiría una batalla fácil con una victoria arrasadora, que aumentaría la fama de su poderío entre otros pueblos circundantes.

Sin el apoyo del inca Wiracocha, Cusi no perdió el tiempo y juntó a sus jefes militares y los orejones que quedaron en la ciudad. Decidieron enviar mensajeros a todos los señoríos cercanos, no sólo dando cuenta de la tragedia que provocaría el sometimiento a





Los cerros que rodean el Cusco vistos desde la Plaza de Armas.
(Foto: Enrique Zavala).

los chancas, sino también prometiendo recompensas a quienes se unieran a ellos en la defensa del Cusco. “Les serían dadas tierras en el valle y sitios para casas y serían privilegiados”, dice Cieza.

Betanzos dice que además Cusi envió otro mensajero para que hablara nuevamente con su padre. Estaba seguro que el inca reflexionaría, y que se uniría a la defensa de la ciudad.

A través del enviado, Cusi le pedía a Wiracocha que se diera cuenta “de la deshonra que se les venía”, pues desde que la fundara Manco Cápac, la ciudad del Cusco nunca había sido tomada por ningún enemigo.

Le mandó a decir que como inca no debía permitir que en el futuro se dijera que desamparó el Cusco y a su pueblo, y que se rindió ante el enemigo. Lo exhortó a que regrese y los defendiese, y le prometió que él, como hijo suyo, estaba dispuesto hasta a morir delante de él enfrentado al enemigo.

Pero el mensaje no le movió el corazón; por el contrario, dice Betanzos que Wiracocha “se rió mucho”.

Le dijo al mensajero que antes de abandonar el Cusco consultó con el dios Wiracocha, aquel del que había tomado el nombre y el mismo que se le apareció antes de que fuera entronizado, y que le había dicho que no tenía la fuerza para resistir la embestida chanca.

“Y siendo así avisado me salí del Cusco... para que no me hagan deshonra y a los míos mal tratamiento... Y ese muchacho quiere morir y presumir que yo he sido mal acordado”, dijo el inca según el cronista Betanzos, y se rió nuevamente de la “mocedad” de Cusi.

Wiracocha había gobernado durante mucho tiempo y sabía que Cusi Yupanqui tenía poca experiencia militar, de gobierno y de vida, y hasta le mandó pedir que se refugiara con él en Calca.

Cusi pensaba que si su padre regresaba al Cusco, los demás señores de las otras naciones a las que les pedía que se les unieran en la batalla aceptarían rápidamente. Pero el socorro de su padre no llegó.

Y aunque según Cieza muchos acudieron al llamado de Cusi, otros le mandaron a decir que actuarían como su padre.

Otros, sin embargo, decidieron acercarse a la ciudad sin tomar partido y apoyar a quien vieran que en el enfrentamiento tenía más posibilidad de ganar.

La guerra se sentía cada vez más cerca, así que mientras Quilliscachi espiaba al enemigo, el príncipe Cusi y sus generales Vicaquirao y Apomayta alistaban las defensas de la ciudad.

Cieza, que narra esos momentos en su crónica, dice que juntaron a todos los hombres para la batalla y nombraron jefes a quienes les parecían los más esforzados.

Convocó a todos los que pudieran trabajar, hombres y mujeres, para cavar grandes zanjas con piedras filudas en el fondo, que taparon sutilmente con ramas para que los invasores cayeran en ellas en su avance.





La entrada del enemigo tenía que ser por las laderas de los cerros, así que las llenaron de cactus con grandes púas “que son recias como de hierro y más enconadas y dañosas”, para herir a los enemigos.

Habían colocado también grandes piedras en las partes altas para soltarlas a manera de avalancha, sobre las tropas chancas.

La preparación de las defensas y la búsqueda de aliados iban acompañadas de ceremonias rituales con ofrendas a los dioses pidiendo su apoyo.

Dice Rostworowski que Cusi se entregó a grandes ayunos. La gran mayoría de los actos rituales debieron concentrarse en el Templo del Sol, llamado hasta ese momento Inticancha, aunque también debieron hacerse ofrendas en las principales huacas.

Ella misma cree que la población del Cusco debió reunirse en la plaza Aucaypata, hasta hoy la plaza principal del Cusco, para realizar la ceremonia del Itu.

En el Itu se juntaban todos con vestimentas especiales y únicas para esta ceremonia. Las mujeres con mantas se cubrían la cabeza y avanzaban lentamente, como en procesión y en total silencio, que solo rompía el sonido de los tambores, según la descripción del jesuita y cronista español José de Acosta, que asegura se hacía en tiempos de necesidad, como la inminencia de una guerra.

En el Itu hacían abstinencia sexual y se abstenían también de comer sal, ají y de beber chicha.

Era todo un ruego, esta vez muy trágico, que seguramente se hacía por primera vez con un poderoso enemigo a la puerta.

Dice el cronista indígena Juan Santa Cruz Pachacuti Yanqui Salcamaygua, en su *Relación de las antigüedades del Perú*, que uno de los principales sacerdotes del Inticancha y que además era tío del príncipe Cusi Yupanqui, Topa Huachire, tuvo la idea de



Otra vista de los cerros que rodean el Cusco.
(Foto: Enrique Zavala).

subir a uno de los cerros y en la parte más visible formar hileras con grandes piedras, a las que vistieron como soldados, y hasta les colocaron armas para que el enemigo pensara que había más tropas apostadas para la defensa del Cusco.

Aquella idea debió tener un gran efecto psicológico, pues a partir de ella se construyó una leyenda tan grande, que precedió al ejército inca en sus futuras conquistas, logrando rendiciones que ahorraron muchas batallas.

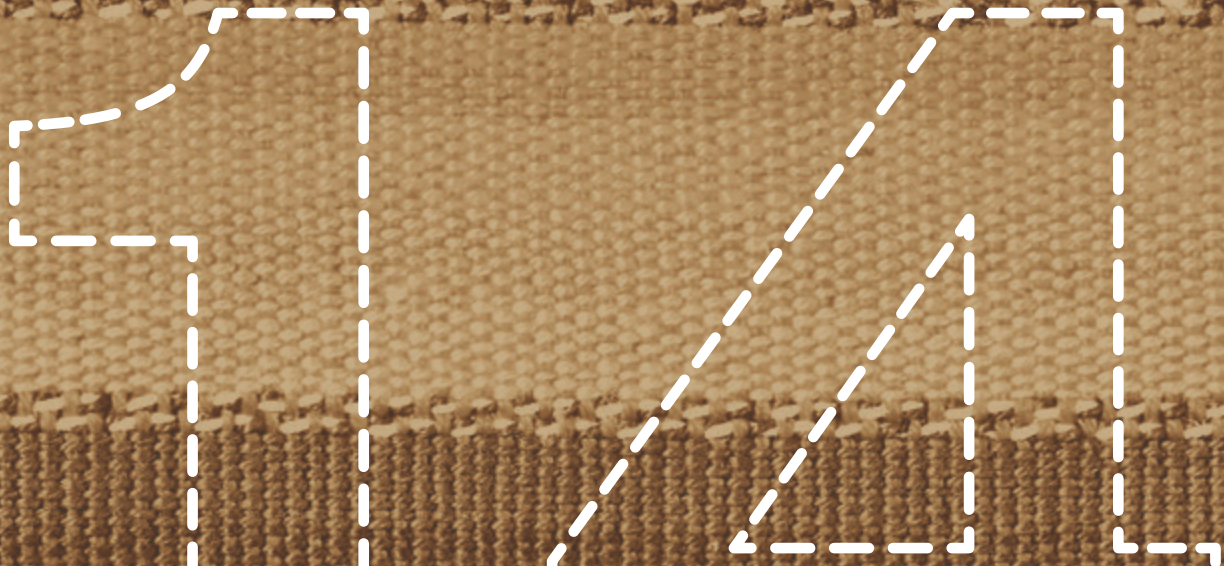
En el campamento chanca los sacrificios a sus dioses se sucedían, pidiendo una victoria con la que ellos contaban de antemano.

Debieron ser tantos los sacrificios hechos por los chancas que, según Sarmiento de Gamboa, no pudieron entender el porqué de su derrota.

Si bien algunos jefes de los señoríos de los alrededores del Cusco estaban dispuestos a la rendición, otros, –según Rostworowski– decidieron enviar a sus tropas, pero permanecieron ajenos a los preparativos esperando ver el curso del enfrentamiento para jugarse por el posible vencedor. Se apostaron también en los cerros para desde allí ver la batalla.



C A P Í T U L O - X I V



Una oración de Cusi Yupanqui es contestada por su
dios. Los chancas avanzan hacia el Cusco.
Un general chanca se entrevista con Cusi y se
van a las manos. Los chancas inician el ataque y
Quilliscachi alerta a los incas.

Cusi Yupanqui, como sus experimentados jefes militares, Vicaquirao y Apomayta, sabían que se enfrentaban a su más difícil misión: proteger al Cusco con sus fuerzas disminuidas por la huida del inca Wiracocha.

La negativa al apoyo de varios señores de los alrededores del Cusco había sido un duro golpe en la moral del alto mando en el Cusco. Pero el alicaído ánimo pronto cambiaría ante la supuesta promesa, no del inca, sino del dios Wiracocha de darles el triunfo.

No fue un anuncio de los sacerdotes, varios de los cuales estaban complotando con los chancas, sino una visión en sueños del príncipe Cusi.

Juan de Betanzos debió conseguir esta versión de los grandes cantares de los incas, que se entonaban en importantes ceremonias donde se recordaban las grandes hazañas incas, pero ya convertidas en leyenda.

Sin embargo, su narración al respecto parece estar trastocada por su visión cristiana. Dice que entró en oración, una oración muy al estilo de los personajes bíblicos, donde se dirige “al creador

de todas las cosas que ellos llaman Wiracocha Pacha Yachachic”, diciendo:

“Señor dios que me hiciste y diste el ser hombre, socórreme en esta necesidad en que estoy, pues tú eres mi padre y tú me formaste y diste ser y forma de hombre, no permitas que yo sea muerto por mis enemigos, dame favor contra ellos...”.

Aquel rezo implorando protección, según Betanzos, se dio en medio de un llanto incontrolable que siguió hasta quedar dormido, seguramente agotado por el cansancio. Y dice que fue en sueños que recibió la respuesta de Wiracocha con la promesa de que el día de la batalla enviaría gente para que pudiera vencer al ejército enemigo.

Pedro Sarmiento de Gamboa identifica ese lugar de oración como Sursurpuquio, y en su versión dice que quien le dio aliento era “una persona como un Sol, consolándole y animándole a la batalla”.

Al despertar, esa agónica angustia se tornó en un ánimo que volcó sobre sus generales a quienes les pidió que estuvieran alegres porque no serían vencidos por los chancas, ya que tendrían el apoyo de soldados cuando lo necesitasen.

A los militares debió sonarles raro lo que contó Cusi, así que preguntaron y repreguntaron de dónde saldrían esas fuerzas de apoyo, pero él, según Betanzos, no dio más detalles.

Sarmiento de Gamboa incluso dice que en la aparición que tuvo, ese hombre con aspecto de Sol, no solo le auguró la victoria, sino que le “señaló las provincias que había de sujetar” y le dijo que “él sería el mayor de todos sus antepasados”.

En la realidad, tal vez la única ventaja que tenían los defensores del Cusco era que los jefes chancas los habían menospreciado. Según Betanzos fueron tan grandes las ínfulas de superioridad que sentían los jefes chancas, que incluso le mandaron a decir a



Vista del cerro Carmenca desde la Plaza de Armas del Cusco.
(Foto: Enrique Zavala)

Cusi, que le daban un tiempo para que prepare bien sus armas para enfrentarse a ellos.

Las informaciones que el espía Quilliscachi enviaba debieron ayudar a prepararse mejor a los incas, a generar una efectiva táctica de defensa.

Sabían que los chancas, bastante confiados, no entrarían por un solo camino, así que las fuerzas de defensa se repartieron en varios puntos.

En la zona de Chocos y Cachona, que se cree que están en el hoy barrio de Santiago en el Cusco, la defensa estaba encabezada por su curaca, una mujer llamada Chañan Curi Coca, que también estaba destinada a ser leyenda.

Sarmiento señala que mientras todo esto ocurría los chancas avanzaron hasta Cusipampa, para desde allí arremeter contra los incas.





La plaza e iglesia actuales ubicados a la mitad del cerro Carmenca. (Foto: Enrique Zavala)

Cusipampa, según su descripción estaba separada del Cusco solo por “una loma no muy grande”.

El temor debió aumentar en el Cusco. Ya no solo había información del avance chanca, sino que ya se sentían sus tambores y pututos, que sonaban incesantes.

Cieza cuenta que Cusi envió unos mensajeros a los chancas para evitar la batalla. Si fue así, evidentemente trataba de ganar tiempo.

Asto Huaraca rechazó todo ofrecimiento de paz e incluso pidió un encuentro personal con el joven príncipe. Debía darle mucha curiosidad que un “mozuelo”, hasta menospreciado por su padre, quisiera hacerle resistencia a él y a su demoledor ejército.

Según Cieza, el encuentro se dio. Se vieron cara a cara y, como era de esperarse, no llegaron a ningún acuerdo. Al contrario, sólo al verse comenzaron a discutir con palabras altisonantes, en un griterío tremendo y hasta se fueron a las manos, dice.

Asto Huaraca regresó a su campamento enardecido y decidido a no aplazar más la contienda.

La batalla era inminente.

Cusi volvió y se alistó. Debió ponerse nuevamente en la cabeza una piel de puma para dirigirse una vez más a sus guerreros. Era el momento de las grandes arengas.

Cieza dice que en el campamento chanca “Asto Huaraca animaba a los suyos esforzándolos para la pelea”.

Allí, metido entre los chancas, el espía inca Quilliscachi supo ganarse la confianza de los jefes, y en esa condición les aseguró que no encontrarían gran resistencia en el Cusco. Así que Tomay Huaraca y Asto Huraca dieron la orden para empezar la marcha final y ataque al Cusco.

En cada cerro que rodea la ciudad debieron estar apostados los vigías de Cusi para reportar cualquier movimiento, y Quilliscachi ya sólo esperaba el momento de zafarse y dar la alarma, y así lo hizo. Llegó al Cusco y al ver al príncipe Cusi le dijo:

“Arma, arma, inca Yupanqui, que los chancas vienen furiosos”.



La bajada del cerro Carmenca hacia el Cusco, muy cerca de la Plaza de Armas. Por este camino llegarían también los conquistadores españoles.
(Foto: Enrique Zavala)





La más emblemática batalla precolombina por la hegemonía en los Andes había comenzado.



C A P Í T U L O - X V



Las primeras defensas incas se apostan en el cerro Carmenca. Los chancas remontan Carmenca y bajan en desorden hacia el Cusco. Una mujer defiende el Cusco en Chocos-Cachona. Cusi Yupanqui toma la momia de Uscovilca.

Cusi Yupanqui debió recibir el aviso de la arremetida chanca antes del amanecer, pues Cieza de León dice que la batalla se dio desde la mañana hasta el mediodía.

Si Quilliscachi hizo bien su trabajo de espionaje, los incas sabían con algo de anticipación los puntos de la incursión chanca.

Y aunque las descripciones de los cronistas sobre el enfrentamiento son muy laxas, es posible imaginar el teatro de las operaciones incas de defensa del Cusco, teniendo en cuenta cómo era la formación de guerra de los pueblos prehispánicos en los Andes, sus armas y estrategias.

Las defensas principales para frenar a los chancas se establecieron en el cerro Carmenca y seguramente la planeación militar debió darse en el cerro contiguo donde hoy está la fortaleza militar y religiosa de Sacsaywaman, que corona el barrio de San Cristóbal, donde Cusi Yupanqui, ya convertido en el inca Pachacútec, mandaría construir un palacio para la panaca del inca fundador, Manco Cápac.





Fue él también quien construyó Sacsaywaman con esas tres murallas de rocas colosales, pero lo hizo después de la victoria contra los chancas. Para ese entonces, según las evidencias arqueológicas halladas en 2007, fue un centro ceremonial de las culturas preincas. Por su ubicación estratégica fue luego usada como una ciudadela solar, un lugar para explorar el cielo, hacer ceremonias rituales y también para controlar la llegada al Cusco.

Según evidencia paleoambiental, el cerro Carmenca, como los otros que rodeaban la ciudad del Cusco, debió tener árboles y vegetación que ayudaban a generar emboscadas. Colocaban rumas de piedras sueltas entre otras rocas ancladas, listas para ser liberadas y provocar una avalancha que frene la subida del enemigo.

Escondidos entre la vegetación, pero bien organizados, estaban los huaraqueros en escuadrones de cien hombres, bien abastecidos de piedras redondeadas. Eran especialistas cuyas huaracas, también conocidas como hondas, se convertían en armas mortales.

Luego venía la infantería de choque, donde estaba el mayor número de hombres, agrupados incluso por etnias y bajo el comando de sus curacas. Estaban armados con boleadoras, macanas, porras y hachas, preparados para el sangriento y demoledor enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Ya en la retaguardia, se ubicaban los piqueros listos para atravesar al enemigo con sus lanzas.

Cusi y los más altos oficiales, estaban con corazas metálicas, de oro, plata o cobre. Los demás soldados colocaban sobre sus vestimentas habituales otras acolchadas hechas de algodón, que buscaban amortiguar los golpes, pero dejándoles amplia posibilidad de movilidad.

Su defensa eran cascos de madera o caña y escudos de madera y cuero.

Las formaciones de guerra establecían que los huaraqueros actuaran primero. Así que los cusqueños debieron apostarse en lugares altos, para desde allí lanzar lluvia de piedras contra los enemigos que tenían que remontar la colina.

Si los chancas entraron por Carmenca, lo más probable es que Cusi Yupanqui y su guardia personal, y un segundo frente de defensa, se apostaran en Sacsaywaman para desde allí monitorear las acciones militares.

Los gritos, el retumbar de tambores y el sonido de las caracolas, que llaman pututos, eran usados por ambos bandos como armas para desconcertar al enemigo, pero también, junto con algunos estandartes, para dar órdenes en medio del enfrentamiento.

La bulla debió aterrar a niños y mujeres que aún estaban en el Cusco y que traían ya el estrés de la espera.

El ejército inca, con los victoriosos generales Apomayta y Vicaquirao, estaba adiestrado y disciplinado. Eso les daba a los soldados una posibilidad ante un ejército chanca arrogante como sus jefes, que estaba seguro de una victoria alentada por la cobarde postura del inca Wiracocha y su hijo Urco.

Cieza de León cuenta que los chancas salieron para tomar el Cusco.

Las huaracas de las defensas incas, estaban listas para el primer ataque contra el enemigo.

Esas armas simples, hechas de fibra de llama o alpaca trenzadas, eran una suerte de cuerda de unos dos metros de longitud, ensanchada en el centro para formar una cuna tejida donde se colocaba una piedra del porte de un huevo o hasta de un puño.

Aquel arma, la misma que según la biblia usó David para vencer a Goliath, se convertía en una extensión de la mano del guerrero adiestrado, que haciéndola girar sobre la cabeza conseguía, al





EY

soltar una de las puntas, lanzar la piedra a una velocidad cercana a los cien kilómetros por hora, convirtiéndola en un proyectil tremendamente destructivo.

Las piedras silbaban al cortar el aire y buscaban tumbar a las primeras fuerzas chancas que debían subir el cerro Carmenca para luego descender hacia el Cusco.

En los cerros contiguos estaban las piedras que el sacerdote Topa Huachire vistió como soldados, para dar la impresión de tener más fuerzas de defensa.

En otros puntos, sí había verdaderas fuerzas militares de otros pueblos indecisos, listos para apoyar a quien fuera ganando.

Cuando la infantería de choque chanca arremetió, los huaraqueros fueron derribando a muchos con una andanada de piedras que al dar un golpe seco podía quebrar cráneos, romper piernas, partir costillas o detener el corazón con el impacto.



Estas son armas incas. Armas similares a estas las habrían usado en la guerra contra los chancas y en sus demás conquistas. (© Museo Inka de la Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco. Foto: Enrique Zavala).



Réplica de una maza con punta estrellada.
(Foto: Enrique Zavala)



Réplica de una maza con punta de bola.
(Foto: Enrique Zavala)





EY

Los adiestrados huaraueros conseguían dar en el blanco con gran certeza a buena distancia. Su objetivo era dispersar a la fuerza enemiga, desorganizarla.

Los chancas trataban de responder y avanzar.

Las fuerzas incas no solo estaban apostadas al frente; debieron haberse colocado a los costados. Así que cuando la columna de los chancas intentó abrirse paso hacia la cima, la infantería defensora del Cusco se lanzó sobre ellos por derecha e izquierda rompiendo huesos con sus macanas y porras hechas de piedra y de metal.

Los lanceros complementaban el ataque atravesando a los chancas que trataban de irse por los costados. Muchos de ellos eran inmovilizados por boleadoras que se enredaban en sus piernas o golpeaban duramente sus torsos.

Cuando grupos relativamente grandes de chancas superaban la resistencia de la infantería e intentaban tomar la cima por los costados, los emboscaban y los soldados incas soltaban piedras generando una avalancha que derribaba y aplastaba a varios y que dejaba una polvareda que impedía la visión al enemigo.

Luego de esto, todo debió quedar a merced de las infanterías.

Las fuerzas chancas, por la contundencia de su número y su experiencia en batalla, remontaron cuesta arriba, pues Juan de Betanzos dice que luego descendieron por Carmenca con toda su gente.

Fue en esa veloz bajada que debió darse, también en medio de una nueva lluvia de piedras lanzada por los huaraueros, que las tropas chancas cayeron en las zanjás cubiertas con ramas.

Superada la primera defensa, como era de esperarse, la segunda defensa debió estar al frente, en Sacsaywamán, desde donde Cusi y sus fuerzas descendieron para trabar batalla con los invasores.

Si bien fue por Carmenca la primera y más feroz arremetida, Sarmiento de Gamboa dice que los chancas atacaron la ciudad por cuatro puntos distintos, y puntualiza que el príncipe Cusi Yupanqui “envió el socorro que le fue posible a todas ellas”.

Podríamos decir que las otras arremetidas chancas no lo sorprendieron, pues había fuerzas apostadas para resistir. Quilliscachi, el que lideraba a los espías incas, debió dar información detallada sobre la estrategia enemiga.

Sarmiento señala que la defensa del Cusco la inició Cusi con poca gente, ya que muchos al escuchar la alerta del inicio del ataque chanca, se retiraron a los cerros para ver el desarrollo de la batalla. Debieron ser las fuerzas de muchos de los doscientos señores que, según Betanzos, había alrededor del Cusco y que sólo apoyarían a quien vieran que estaba ganando.

En Chocos y Cachona la contención del enemigo fue encabezada por Chañan Curi Coca, una mujer valiente que, a la usanza de Mama Huaco, la esposa secundaria y guerrera de Manco Cápac, no solo tenía carácter sino destreza para la batalla.

“Y los que entraron por un barrio del Cuzco llamado Chocos-Cachona (o Chocos-Chacona) fueron valerosamente rebatidos por los de aquel barrio; adonde cuentan que una mujer llamada Chañan Curi Coca peleó varonilmente y tanto hizo por las manos contra los Chancas que por allí habían acometido, que los hizo retirar. Lo cual fue causa que todos los que lo vieron desmayaran”, dice Pedro Sarmiento de Gamboa.

Aquella mujer, que asumió la defensa del Cusco, en lo que hoy podría ser el barrio de Santiago, se convirtió en leyenda y en el símbolo de la fuerza e importancia de la mujer en el incanato.

Pero la batalla más importante se seguía peleando ya muy cerca de la plaza Aucaypata.





EY

Los incas habían golpeado fuerte, y habían mantenido su disciplina militar, algo que no ocurrió con los chancas ya que Sarmiento de Gamboa dice que Cusi y sus generales salieron a enfrentar a los enemigos “que furiosos y sin orden venían”.

“Y entre ellos se mezcló una sangrienta batalla”, complementa.

Cusi tenía un solo objetivo: llegar hasta donde estaba la momia de Uscovilca y tomarla, pues desbaratarla traería consigo la desmoralización del ejército enemigo. No sería fácil, en medio de una cruenta batalla cuerpo a cuerpo.

Sin embargo, su determinación, destreza y apoyo de sus hombres más calificados le hicieron abrirse camino, tanto que Sarmiento de Gamboa dice:

“Fue tan presto y diestro en el acometer, que turbados con su presteza y destreza los que traían a Uscovilca, y porque vieron bajar de los cerros de los lados mucha suma de gente, la cual dicen enviaba Wiracocha, su creador, para su ayuda, empezaron a huir los chancas”.

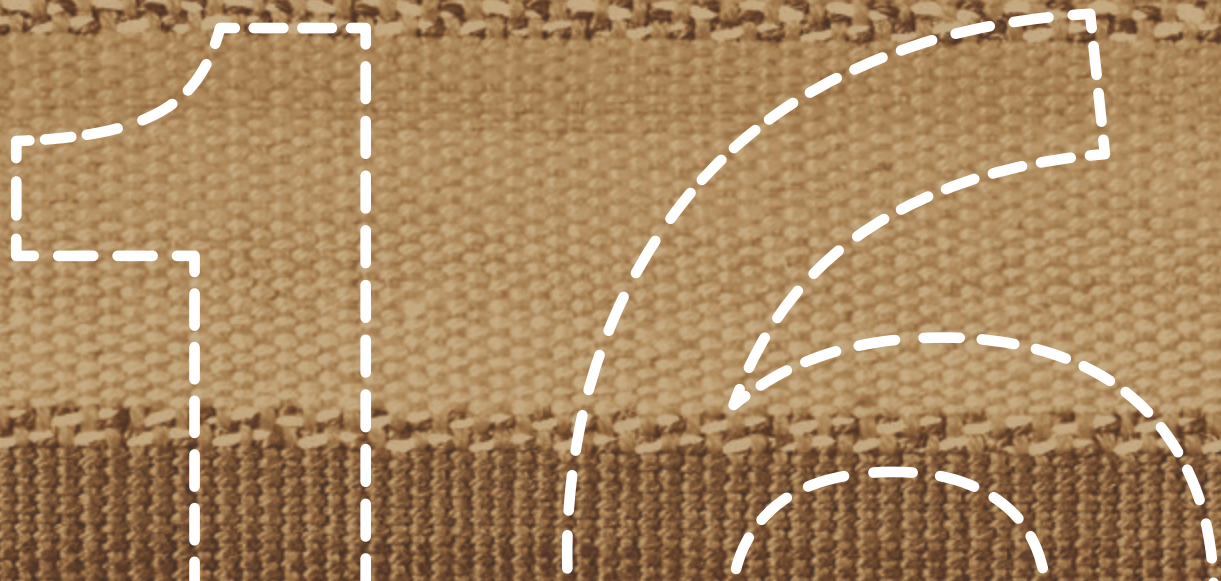
Los cargadores del anda, dejaron la momia del fundador chanca, y escaparon para salvar sus vidas.

Según Betanzos, fueron veinte escuadrones los que llegaron en auxilio de Cusi Yupanqui. Debieron ser las tropas de señoríos indecisos que vieron que la balanza se inclinaba en favor de los incas y que en el fondo sabían que un sometimiento a los chancas podría ser muy malo para sus pueblos.

Ahora los incas tenían la fuerza suficiente para repeler a los agresores.



C A P Í T U L O - X V I



C A P Í T U L O X V I

Surge la leyenda de los pururaucas. La batalla se inclina a favor de los incas. El escape chanca y la persecución. La victoria de Cusi, al que llaman Pachacútec.

Aquellos veinte escuadrones de apoyo marcaron la diferencia con hombres frescos que acometieron contra los cansados y sorprendidos chancas. Luego los cantares dirían –y lo dejaron muy metido en la mente de la mayoría del pueblo del imperio inca– es que el auxilio llegó de los pururaucas.

Los pururaucas son, según la leyenda, las piedras que el dios Wiracocha convirtió en guerreros invencibles que llegaron en auxilio de Cusi, como se lo prometió en el sueño.

Aquella leyenda llegó a todos los pueblos andinos y de la costa y causó tal impacto que muchos curacas se rindieron a las fuerzas de Cusi, ya convertido en Pachacútec, y a sus descendientes, sin siquiera prestar resistencia.

Cusi Yupanqui, seguramente junto con los guerreros más experimentados, logró romper las defensas que había alrededor de Uscovilca, el momificado rey chanca, a quien llevaban como un ídolo a quien le encomendaban la victoria sobre sus enemigos.

Las fuerzas chancas debieron quedar consternadas al ver que el enemigo había tomado a Uscovilca, a quien honraban como vivo, y empezaron a huir.



Sarmiento de Gamboa reseña que Roca, el hermano mayor de padre y madre de Cusi, y Vicaquirao y Apomayta acometieron también causando “mucho estrago en los chancas”.

Así, el enfrentamiento se convirtió de pronto en una persecución. Los soldados chancas escapaban sin orden, tratando de salvar sus vidas.

Las fuerzas incas, reforzadas con los escuadrones que bajaron de los cerros, no pararon y fueron matando a cuanto enemigo lograban dar alcance. Aquella cacería se prolongó, según Betanzos, por más de dos leguas. Allí los incas se replegaron sabiéndose victoriosos de aquel combate.

Los chancas que huyeron en desorden se fueron juntando en Ichupampa, el primer lugar en donde acamparon para planear el ataque al Cusco. No solo estaban disminuidos en su número, también su moral estaba por los suelos. Aquel duro revés nunca había sido esperado.

La batalla en las puertas del Cusco fue desde la mañana, es decir desde el amanecer, hasta el mediodía, según Betanzos. Así que debió ser larga y cruenta, con cientos, sino miles de bajas.

“Y tornaron a la pelea en donde murieron muchos de ambas partes”, señala Cieza, que, incluso en su narración, llega a decir que los chancas que lograron escapar fueron “sino poco más de quinientos”, y completa:

“El inca gozó del despojo y hubo muchos cautivos, así hombres como mujeres”.

El retorno del príncipe Cusi al Cusco “fue con gran triunfo” dice Cieza. Pero no estuvo exento de los cálculos políticos.

Cusi había conseguido un triunfo donde casi todos los demás habían visto una segura derrota, lo que muchos interpretaron como una victoria que sólo pudo ser posible con la ayuda de los dioses.

El príncipe se dirigió a los principales orejones del Cusco para resaltar lo que acababa de lograr con aquella victoria que todos consideraban insólita y que había salvado no sólo las vidas de sus familias, sino también el sistema político y las costumbres de los incas. Y les reclamó para sí la sucesión en el poder.

“Y habló a los principales orejones sobre que se acordasen de cómo había trabajado por ellos, lo que habían visto, y en lo poco que su hermano (Urco) y su padre mostraron tener a los enemigos; por tanto, que le diesen a él el señorío y gobernación del imperio”, dice Cieza.

El Cusco y sus habitantes acababan de ser salvados de la destrucción y segura opresión, así que los nobles incas comprobaron que Cusi era el hombre que podría defenderlos de nuevas amenazas.

Entonces, dice Cieza, con el respaldo del pueblo tomaron la decisión de que Inca Urco, el cobarde cogobernante que había huido de la ciudad dejando a su gente en el desamparo ante los chancas, “no entrase más al Cusco y le fuera quitada la borla y la corona” para darla al príncipe Cusi Yupanqui.

Los vítores a su defensor no pararon por parte del pueblo agradecido. Sarmiento de Gamboa dice que el pueblo inca, ante esta victoria de la que ni siquiera tenían esperanza, honró a Cusi Yupanqui con muchos epítetos:

“Especialmente lo llamaron Pachacútec, que quiere decir el que vuelve de la tierra, queriendo decir que la tierra y haciendas, que tenían por perdidas por la venida de los chancas, él se las había libertado y asegurado”.





EY

“Y de allí en adelante –señala Sarmiento– se llamó Pachacútec Inca Yupanqui”.

Hoy los historiadores coinciden en que Pachacútec significa “el transformador del mundo”, y vaya que transformaría el mundo de los incas y el mundo andino.

Las celebraciones por la victoria debieron estar matizadas con los llantos de tantas vidas perdidas y el dolor de los heridos.

La ciudad tenía que reponerse.

En el ámbito político, muy ligado al religioso, el aún príncipe Cusi Yupanqui debía medir bien sus próximas acciones.

Después de una victoria militar, el inca pisaba los despojos de la batalla como parte de una ceremonia ritual que resaltaba el triunfo y el sometimiento del enemigo.

No solo se ponían ante el inca el botín de guerra, también, tirados en el suelo boca abajo, yacían los prisioneros de guerra, especialmente los más altos jefes militares, sobre los cuales el inca caminaba en señal de su dominio sobre los vencidos.





Representación de la sangrienta guerra entre los incas y los chancas.
(Imagen generada por IA - Copilot)





Cusi debió considerar que tener el favor de su padre sería beneficioso para su futuro reinado comprometido ya por los principales orejones del Cusco, así que en contra del consejo de varios decidió enviar los despojos, incluidos los prisioneros, a Calca, donde estaba refugiado su padre, para que disfrutase de la victoria.

Era un acercamiento con el inca Wiracocha, con quien nunca había tenido una buena relación, a lo que se sumó el gran desacuerdo por la decisión del abandono del Cusco y la rendición, sin pelea, ante los chancas.

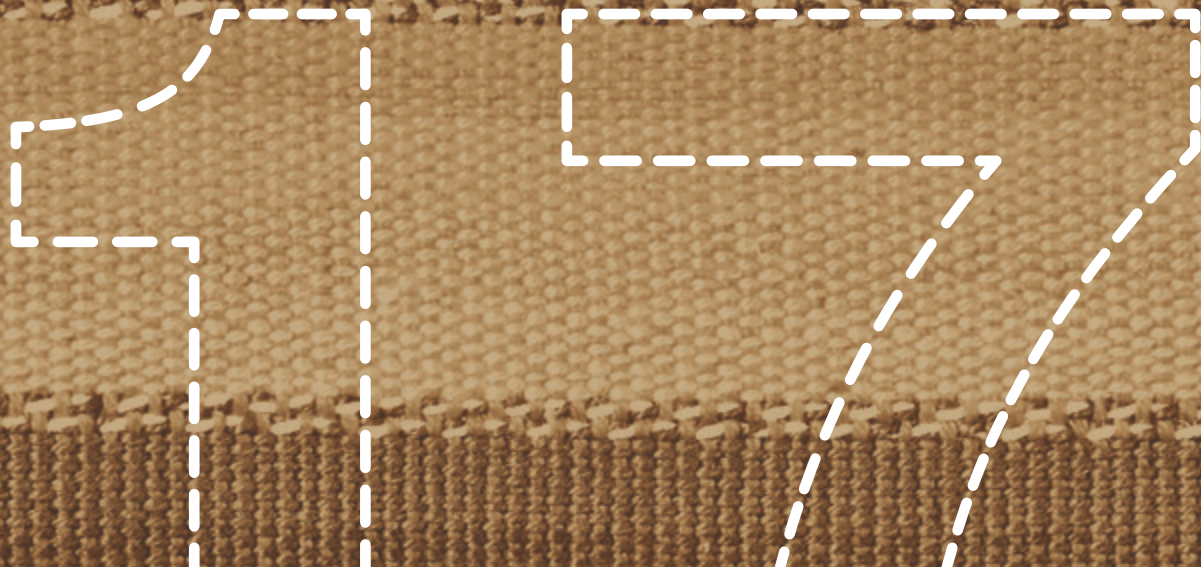
Ahora Cusi le hacía un reconocimiento como inca reinante y le entregaba –quizá más por conveniencia y cálculo de poder– la posibilidad de reivindicarse ante su pueblo y la nobleza, aceptando la victoria y reconociendo a Cusi como su sucesor, dándole el gobierno del Cusco como recompensa ante tamaño triunfo.

Pachacútec, tal vez por querer afianzar su poder en el Cusco y por las ocupaciones de la guerra misma, no quiso ir en persona. Así que la misión de llevar a los altos prisioneros chancas y lo más selecto del botín de guerra ante el inca Wiracocha recayó en Quilliscachi, el espía inca y uno de los hombres de mayor confianza y, sin duda, uno de los pilares fundamentales de la victoria.

Pero lo que no calcularon es que aquella ofrenda enviada por Cusi no sería aceptada por el viejo Wiracocha y que, por el contrario, se convertiría en el inicio de un nuevo enfrentamiento entre padre e hijo.



C A P Í T U L O - X V I I



C A P Í T U L O X V I I

El inca Wiracocha duda de la victoria de Cusi.
Un jefe chanca reconoce los despojos. Wiracocha se niega a pisar los despojos y reclama para Urco la victoria. Los chancas se reorganizan en Ichupampa.

Mientras se daba la batalla en las puertas del Cusco, en Calca, en la residencia de descanso en la que el Inca Wiracocha, Urco y Socso se habían refugiado, aún se daban las conversaciones con Huamán Huaraca, el alto jefe chanca encargado de negociar la rendición total de los incas.

La llegada de Quilliscachi encabezando las fuerzas militares que llevaban gran parte del botín de guerra y a muchos capturados, trajo desconcierto en Calca.

La historia de una victoria inca ante el destructivo ejército invasor resultaba inverosímil, más aún cuando se estaban pactando los detalles de la capitulación anunciada por el propio Wiracocha.

La duda continuó incluso cuando a los pies del inca reinante se colocaron las vestiduras e insignias de Usco Vilca y el botín con los adornos de oro y plata y otras vestimentas de rico plumaje, y armas de los principales.

Wiracocha no lo creía a pesar de ver tendidos, junto a todo ello, a muchos de los jefes de las fuerzas chancas que habían sido apresados.



Betanzos dice que mandó a llamar a Huamán Huaraca y le preguntó si reconocía aquellos despojos. Los reconoció sin duda, y al ver a los capitanes de su ejército tirados en la tierra boca abajo, “puso sus ojos en el suelo y comenzó a llorar y se echó en la tierra con ellos”.

En ese momento Wiracocha se dio cuenta de que la victoria de Cusi era verdadera. Sin embargo, al decir de Betanzos, la noticia no fue bien recibida por el inca y le provocó “gran pesar y envidia”.

Si vamos a la narración de Sarmiento de Gamboa, Quilliscachi se dirigió a Wiracocha y le dijo:

“Inca Wiracocha, tu hijo Pachacútec Inca Yupanqui, a quien el Sol ha dado tan gran victoria, venciendo a los poderosos chancas, te envía a saludar conmigo, y dice que como buen y humilde hijo quiere que tú triunfes de su victoria y que pises estos despojos de tus enemigos que él por sus manos venció”.

Wiracocha, sin embargo, se negó.

Pero la negativa no fue lo más insólito, sino que le dijo directamente al mensajero que debía ser su otro hijo Inca Urco el que los pisase en su condición de sucesor en el trono.

La repuesta debió enfurecer al mensajero y no solo por su lealtad a Cusi Yupanqui, también por el desprecio que tenía por Urco, así que replicó diciendo que “no venía a que cobardes triunfasen de los hechos de Pachacútec”, y que si Wiracocha no quería pisar los despojos “mejor sería que gozase de la gloria quien la había trabajado”.

Así que Quilliscachi y sus tropas volvieron al Cusco con el botín y los prisioneros, para contar a Cusi lo que había dicho el inca.

Indignado o no por el proceder de su padre, Cusi no tenía tiempo para ocuparse del desprecio. En ese lapso, se enteró que los

chancas que lograron escapar de la batalla en el Cusco se estaban reorganizando en Ichupampa. Había, entonces, que preparar las fuerzas militares para terminar con la amenaza.

Tomay Huaraca y Asto Huaraca, los jefes de las fuerzas chancas que encabezaban el intento de conquistar el Cusco, lograron escapar con vida de la batalla con los incas. Apenas se recompusieron, enviaron mensajeros a su tierra pidiendo apoyo, pues no estaban dispuestos a aceptar la humillación de la derrota.

Las fuerzas chancas habían tenido el más duro revés que podían imaginar, pero todavía estaban lejos de ser vencidas por completo por los incas.

Los mensajeros se dirigieron a Andahuaylas y, seguramente, de allí fueron al encuentro de las otras dos fuerzas militares que partieron en campañas expansionistas, una hacia la costa y la otra hacia la selva.

Betanzos dice que los generales Malma y Rapa volvían victoriosos de las conquistas en el Condesuyo, cargados de botines de guerra. También regresaban con un triunfo y despojos de guerra los generales Yanavilca y Teclovilca que habían ido al Antisuyo.

Cuando los mensajeros se toparon con ellos, les dieron la mala noticia de que la defensa inca había vencido generando grandes bajas en la milicia de Tomay Huaraca y Asto Huaraca y, también, que el príncipe Cusi Yupanqui había logrado tomar y desbaratar la momia de Uscovilca.

Lo último debió calar hasta los huesos a los jefes chancas. Tomar la momia de su fundador, desvestirlo y desvalijarlo, era una afrenta y el augurio de que algo muy malo podía venir.

Hasta antes de eso atribuían a Uscovilca el éxito militar chanca. No conocían de derrotas y eso los había hecho ensoberbecer.





En la cultura andina, que compartían ambos contrincantes, los reyes momificados eran servidos como vivos. En las grandes empresas se llevaban en andas las momias mismas o ídolos en bulto que los representaban, como símbolo de que su poder, ya sobrenatural, los acompañaba para darles la victoria.

Aquellas fuerzas chancas que retornaban triunfantes no debieron estar intactas, seguramente fueron diezmadas en las batallas de conquista. Además, Betanzos dice que Yanavilca y Teclovilca se habían adentrado hasta doscientas leguas en sus afanes de conquista, lo que sugiere una marcha larga y cansada, ya que las culturas andinas no conocían la rueda, ni tenían animales que montar, así que todo se recorría a pie.

Esos ejércitos tenían que prepararse de nuevo para una batalla y eso tomaría algún tiempo.

Las fuerzas incas, que se replegaron luego de perseguir a los chancas que huían sin orden, dejaron espías y vigías para saber si venía otro ataque.

En el Cusco se atendían a los heridos y se enterraban a los muertos, se reorganizaban las milicias que se reabastecían de armas y Cusi hablaba con los señores que le habían apoyado en el momento decisivo para expulsar al enemigo.

No era una victoria gratuita; el apoyo había llegado a cambio de las promesas que Cusi había hecho de recompensas que incluían el botín de guerra y hasta la entrega de tierras en las cercanías del Cusco.

Cusi, ya llamado popularmente Pachacútec, honró sus compromisos. Betanzos dice que repartió el botín entre todos de acuerdo “a sus cualidades y servicios”, pero debió hacerlo de una manera muy generosa, pues el propio Betanzos señala que por las



No sólo debió ser una generosidad nacida de su agradecimiento; tendría que haber sido un nuevo cálculo político, una táctica que le asegurara tener el respaldo de los señores y soldados de las otras naciones.

Aquella práctica le devino en buenos resultados. Betanzos asegura que en muchos de los señoríos hubo “gran contentamiento”, tanto que muchos de sus señores y pobladores llegaron al Cusco ofreciéndose a servirle y a tenerlo por señor.

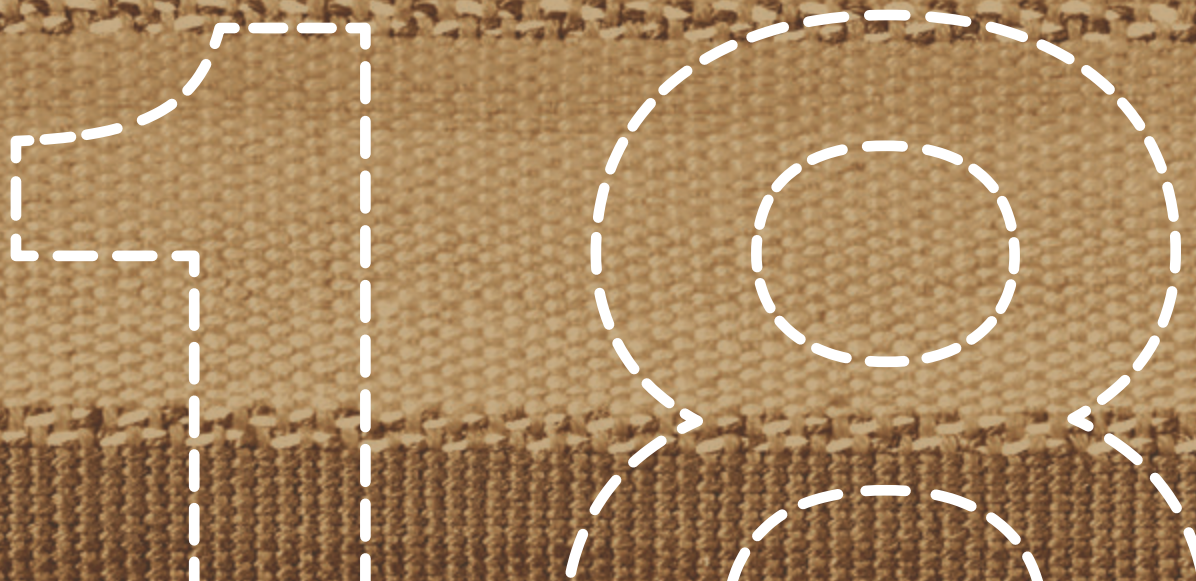
Es seguro que los nobles incas y los sinchis de las naciones que los habían apoyado sabían que los chancas no se quedarían tranquilos y, más temprano que tarde, volverían a atacar.

En medio de eso se presentó uno de los espías incas dando cuenta que los jefes militares chancas estaban ya reorganizándose en Ichupampa, reagrupando sus fuerzas y teniendo –según Waldemar Espinoza– el apoyo de los lugareños ayarmacas y esperando los refuerzos que traerían los otros generales chancas.

Otro ataque de los invasores se hacía inminente.



C A P Í T U L O - XVIII



CAPÍTULO XVIII

Cusi y sus generales alistan sus fuerzas militares. Los incas esta vez no esperan a los invasores, salen a atacarlos. Las fuerzas chancas e incas pelean en Ichupampa. La victoria inca y el cambio de nombre de la pampa.

Los espías incas trajeron la noticia de que los chancas estaban reorganizándose para un pronto ataque y, también, le dijeron a Cusi Yupanqui que Tomay Huaraca y Asto Huaraca decían a todos que regresarían al Cusco y, según Sarmiento de Gamboa, “no habían de dejar cosa sin destruir”.

El dolor por la humillación sufrida hizo que los generales chancas pensaran más en venganza que en una victoria planificada.

Betanzos dice que ante la noticia el príncipe Cusi Yupanqui mandó a sus generales y los señores de otras naciones que estaban con él a que juntasen a sus soldados. Seguramente lo hicieron en la plaza Aucaypata.

El cronista dice que se contaron cien mil hombres, tal vez una exageración de los cantares incas en que se basó, pero debieron ser varias decenas de miles de soldados los que se alistaron para una nueva batalla.

El mismo Betanzos puntualiza que enfrentarían a casi doscientos mil enemigos, un número que seguramente usaron los incas en esos mismos cantares para resaltar y hacer más épica la victoria de Pachacútec.





Cusi dividió a los soldados en cuatro escuadrones, poniéndose él mismo al frente de uno de ellos y, como dice Rostworowski, dejando a los tres restantes a cargo de sus generales Vicaquirao, Apomayta y Quilliscachi.

La organización no quedó allí, sino que se implementó que cada señor sería el caudillo de su propia gente, algo que dio muy buen resultado.

En ese momento cada soldado fue proveído de las armas que necesitaba. Esta vez el enfrentamiento cuerpo a cuerpo se daría en el campo enemigo.

Con el coraje que le causaron las bravatas de Tomay Huaraca y Asto Huaraca, Sarmiento de Gamboa dice que Cusi, aclamado Pachacútec, “aprestó” a su gente y “caminó con ella en busca de los chancas”.

No quería dar tiempo a que más refuerzos llegaran.

El cronista Fernando de Montesinos, cuando trata esta guerra, dice que los espías incas habían detectado que los soldados chancas se emborrachaban todas las noches, lo que debió ser aprovechado para conseguir la victoria.

Seguramente hubo mucho de eso en un ejército que había perdido humillantemente la batalla en el Cusco y al que le habían arrebatado la momia de Uscovilca.

Desde el Cusco, Cusi y sus milicias entraron en una marcha forzada para ganar tiempo.

Los chancas debieron, también por sus espías, saber que las fuerzas cusqueñas avanzaban, pero en la pampa, donde tenían su campamento, no había manera de preparar emboscadas ni tiempo suficiente para replegarse. Así que se aprestaron para salir a enfrentarlas.

Cuenta Betanzos que Cusi Yupanqui encabezaba a su ejército y ya en la pampa, avistando al enemigo, “volvió la cara atrás” para ver a sus escuadrones, y vio tanta gente que se le había unido en el camino que no pudo contarlos.

Esta vez los incas tenían la supremacía.

Nuevamente los cronistas son laxos en la descripción de la batalla, pero basándose en la estrategia militar inca se puede tener una idea de la confrontación. Betanzos dice que Cusi Yupanqui enfrentó a los chancas “tomándolos en medio y dándoles por todas partes”.

Se deduce entonces que Cusi Yupanqui se mantuvo en el centro, con fuerzas de élite de la nobleza inca. Presumiblemente el resto de sus fuerzas se dividieron en dos: una constituida básicamente por los aliados que atacarían un flanco para presionar a los chancas, y la otra con fuerzas guerreras incas experimentadas, que debieron posicionarse en el otro flanco.

Lo más probable es que Cusi Yupanqui y sus estrategias militares buscaran provocar que los chancas salieran al ataque para resistirlos en el centro y golpearlos desde los costados, como dice Betanzos.

El terreno abierto de Ichupampa permitía la concentración de todas las fuerzas militares, así que los ejércitos rivales estaban frente a frente.

La batalla sería diferente a cuando los invasores querían tomar el Cusco. Esta vez no había cerros que remontar ni bosques donde guarecerse.

El número de las fuerzas incas esta vez debía ser aprovechado en Ichupampa, un lugar cercano al Cusco que ellos conocían mejor que los chancas.





Siguiendo las descripciones de las guerras incas hechas por varios cronistas antiguos e historiadores modernos, las fuerzas del príncipe Cusi debían conseguir la salida de las milicias chancas. Para eso debían iniciar primero un ataque y luego simular una retirada.

Los huaraqueros incas tuvieron que empezar con una lluvia de piedras que los enemigos debieron tratar de contener con sus escudos, pero sin poder evitar bajas. Luego de resistir, los chancas debieron responder de la misma manera, a lo que Cusi Yupanqui reaccionó ordenando que las fuerzas que lideraba en el centro empezaran un retroceso para dar la impresión de retirada, alentado así a las fuerzas invasoras a iniciar una arremetida.

Viendo que las huestes que rodeaban a Cusi empezaban a flaquear, lo chancas se volcaron sobre ellos, cayendo en el ardid y quedando en medio del ejército inca y de sus aliados, que los atacaron por los flancos.

Pero la batalla en la pampa no fue fácil, se dio con gran violencia. Betanzos dice que “fue tan cruel y tan reñida” que comenzó estando “alto el sol” y se prolongó “hasta la hora de las vísperas”, es decir, hasta antes de ponerse el sol.

El combate cuerpo a cuerpo fue desgarrador y, según Sarmiento de Gamboa, no podía verse con nitidez la ventaja de alguna de las partes.

Este cronista dice que aquella batalla se decidió nuevamente por el accionar de Cusi, que llegó hasta donde estaba el general chanca Asto Huaraca, a quien mató y le cortó la cabeza, y que junto con la cabeza de Tomay Huaraca, muerto en otra parte del campo, mandó colocar en la punta de unos palos que levantaron lo más alto posible, “para que fueran vistas por los suyos”.

Al verlas, dice Sarmiento de Gamboa, los guerreros chancas “desconfiando de la victoria, por verse sin caudillos, salieron de la batalla y procuraron huir”.

Esta vez, las fuerzas del Cusco iniciaron una persecución sin clemencia. “Inca (Cusi) Yupanqui y los suyos siguieron hiriendo y matando hasta que no hallaron en qué ocuparse”, señala Sarmiento.

Betanzos afirma que los muertos de los incas fueron unos treinta mil y que de los chancas, al final, no quedó ninguno, otra muy probable exageración de los cantares incas que narraban las victorias de Pachacútec.

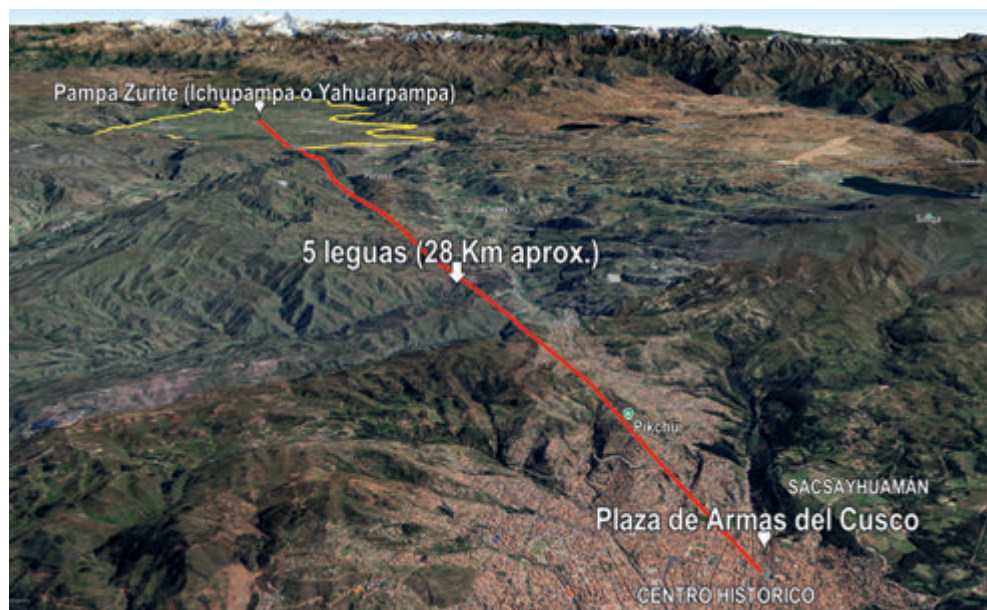
Pero el número de muertos debió ser de muchos miles, verdaderamente muchos, porque desde el combate aquel, la zona cambió de nombre a Yahuarpampa, que puede traducirse como “campo de sangre”.



Fragmento del mural de la avenida El Sol en Cusco, hecho en 1992 por el artista Juan Bravo, donde se representa la guerra de los incas contra los chancas.

(Foto: Enrique Zavala)

Imagen 1



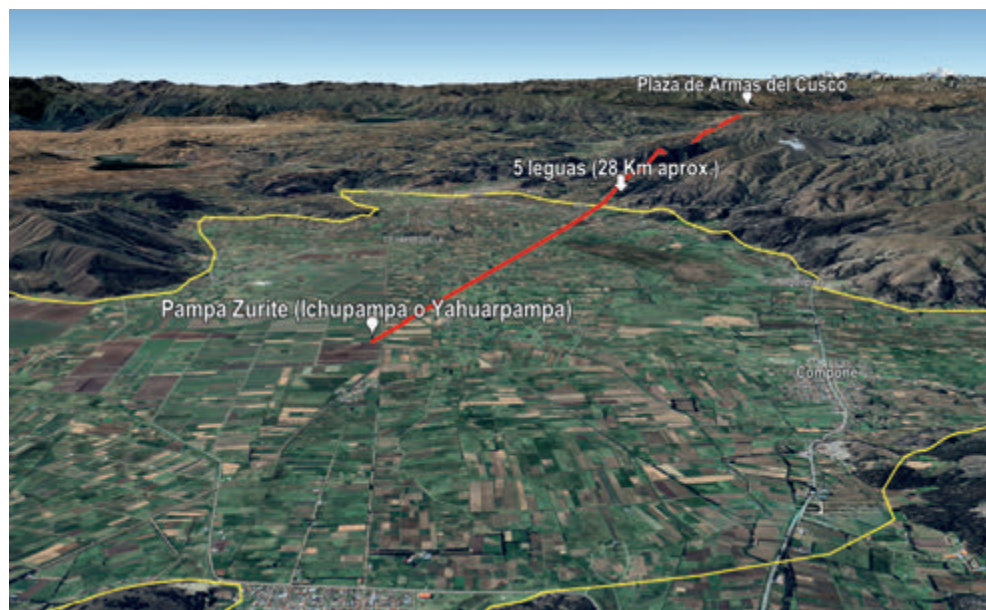
Imágenes 1, 2 y 3: Sarmiento de Gamboa sitúa Ichupampa a cinco leguas al poniente del Cusco, es decir a unos 28 kilómetros al oeste. Esto la ubicaría en Pampa Zurite, una pampa extensa hoy convertida en campos de cultivo. (Fuente: Google Earth).

Imagen 2



(Fuente: Google Earth).

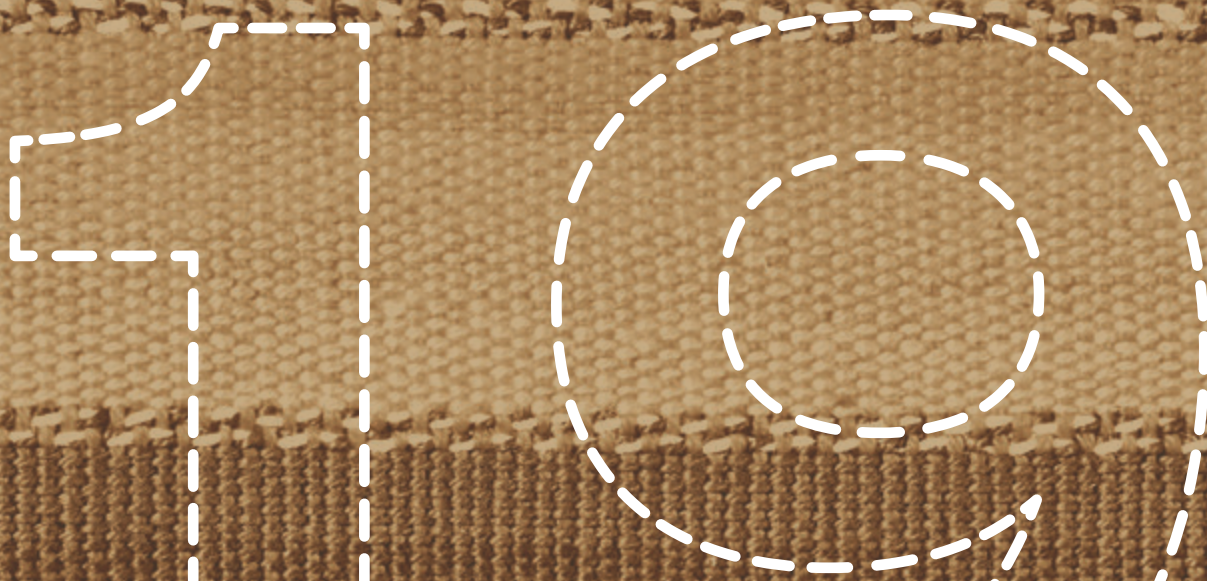
Imagen 3



(Fuente: Google Earth).



C A P Í T U L O - XIX



La persecución a los chancas continúa, pero muere Vicaquirao. La clemencia con los aliados de los chancas. Cusi lleva personalmente los despojos a su padre. Una emboscada para matar al príncipe victorioso. La muerte del correinante Inca Urco.

No todos los chancas murieron en Ichupampa. Como ocurrió en el Cusco, un buen número escapó sin orden ni concierto al verse sin líderes que seguir. Los incas los persiguieron sabiendo que, si no los acababan esta vez, de nuevo se reorganizarían y serían una amenaza latente.

María Rostworowski, dice que la persecución fue por todos los desfiladeros, trabando en ellos “escaramuzas y peleas”.

La afirmación se basa en el cronista indígena Juan Santa Cruz Pachacuti que, en su obra *Relación de Antigüedades del reino del Perú*, cuenta brevemente que la persecución se dio hasta el río Apurímac, donde el general Vicaquirao, fue muerto en una emboscada.

Los chancas soltaron piedras en avalancha hiriéndolo de gravedad. Aún consciente –dice Santa Cruz Pachacuti– pidió que hicieran un hueco en el tronco de un gran árbol, y que su cuerpo fuera dejado allí.

“Hasta Andahuaylas persiguió Cusi a lo que quedaba de las fuerzas chancas y las destruyó”, dice Rostworowski y así lo asume también el historiador Waldemar Espinoza.



En la pampa de sangre, los ayarmacas, que se unieron a los chancas, se apartaron temerosos. Betanzos dice que todos ellos, que se habían hecho encrespar los cabellos, fueron ante Cusi Yupanqui y se postraron pecho a tierra. Dijeron que no tuvieron elección ante la invasión de las fuerzas militares chancas de sus tierras, donde hicieron su campamento.

Los generales y soldados incas querían aniquilarlos acusándolos de traición, pero Cusi Yupanqui se mostró magnánimo. Según Betanzos entendió su posición y mandó a los nobles ayarmacas que se cortasen el pelo como los orejones incas y que regresasen a su pueblo, y ordenó a los suyos que no les hicieran ningún mal.

Fue una jugada maestra, bien calculada. Al contrario de los chancas, los ayarmacas eran prácticamente sus vecinos, y era mejor tenerlos a favor que en continua amenaza de venganza.

Allí en la misma pampa juntaron a los chancas heridos, los rendidos y los que tomaron prisioneros. Con ellos Cusi no tuvo un mínimo de misericordia, al contrario, decidió usarlos como escarmiento.

En las tierras bañadas de sangre por la batalla, mandó a clavar muchos palos que sirvieron para poner en alto las cabezas de los chancas, después de ahorcarlos y decapitarlos. Solo se salvaron algunos jefes del ejército que llevarían hasta el Cusco, como parte del despojo, para ser humillados en las fiestas de la victoria.

Ordenó que nadie osase enterrar a ningún chanca muerto en batalla. Así que los cuerpos quedaron tendidos en el suelo, para que fueran comidos por los animales salvajes del campo y por las aves de rapiña.

Luego de eso, dispuso que se juntara todo el botín de guerra para emprender el regreso.

Sarmiento de Gamboa dice que esta vez tomó la decisión de ir ante su padre, a Calca, para en persona darle cuenta de sus victorias,





mostrarle acatamiento y poner a sus pies este nuevo y abundante botín.

Para los intereses de Cusi, de acceder al poder total, era mucho mejor obtener el reconocimiento de su padre, así podría gobernar sin sombras y sin deberle nada a nadie.

“Así, cargado de todos los despojos y prisioneros chancas, fue y visitó a su padre”, dice Sarmiento.

El inca Wiracocha estaba ya viejo y cansado, por eso había delegado en Urco el gobierno de los incas, y había decidido vivir el resto de su vida retirado en la casa de descanso. Ahora, el objetivo final del victorioso Cusi Yupanqui, era conseguir ser nombrado por su padre como sucesor y tenía todo para convencerlo, desde el apoyo de los orejones del Cusco y del pueblo, hasta la inobjetable victoria sobre los chancas.

La entrada a Calca, la residencia de descanso del sapainca, debió impresionar a las fuerzas que resguardaban a los formalmente gobernantes de los cusqueños.

Cusi llegó a donde su padre y le mostró su acatamiento, le dio regalos y le pidió que pisara los despojos chancas y que gozara de la victoria en el Cusco.

Pero pese a ello y a sus argumentos, Cusi se encontró con una pared. Wiracocha –dice Sarmiento– le dijo que quería que esa honra “la gozara” Urco.

Debió ser un momento tenso, lleno de odios y rencores, en el que Cusi no solo tenía la razón, sino que contaba con la lealtad y la admiración de las fuerzas victoriosas incas y de sus aliados, probadas en las batallas en las puertas del Cusco y en Ichupampa.

Betanzos dice que cuando tuvieron el encuentro cara a cara, Wiracocha pensaba matar a Cusi en uno de los ambientes, pero el resquemor que tuvieron los generales del príncipe y la guardia que lo rodeaba, le impidieron ejecutar su plan.

La presión de los orejones que llegaron con Cusi, la misma presión del ejército y el saber que en el Cusco se había acordado reconocer a su defensor como gobernante, debieron forzar a Wiracocha a aceptar pisar los despojos y los prisioneros, reconociendo la victoria del hijo que tenía en frente.

En ese momento Urco se dio cuenta que su ascensión al trono peligraba o no se daría.

Cuando el aclamado Pachacútec le insistió al inca que fuera con él a gozar de la victoria al Cusco, Sarmiento dice que Wiracocha se excusó diciendo que era viejo y se sentía cansado.

Rostworowski cree que Urco ya había urdido planes para deshacerse de Cusi.

Al respecto, Betanzos señala que mientras las conversaciones se daban, soldados de las fuerzas leales a Wiracocha y a Urco fueron saliendo de dos en dos, con la orden de reagruparse en el camino al Cusco para asesinar a Cusi Yupanqui.

Pero aquel discreto movimiento de guardias no pasó desapercibido para los generales de Cusi, que se lo advirtieron. Así que también se ordenó que de la misma manera se desplazara un escuadrón para ver qué es lo que pasaba y para desbaratar cualquier emboscada, si la hubiera.

Aunque Cusi consiguió que su padre pisara los despojos de guerra, no pudo lograr que le nombrara sucesor. Así que partió con casi todo el botín de regreso al Cusco, llevando también a los prisioneros.





Dice Betanzos que a su partida se sumaron a él muchos orejones que estuvieron con Wiracocha y que manifestaron directamente a Cusi su intención de servirle. Con ellos, Cusi se mostró misericordioso y hasta amable. “Los recibió con rostro alegre”, dice Betanzos, y así emprendieron junto a sus familias el regreso al Cusco.

Cusi tomó el camino de retorno donde soldados de Urco le querían emboscar, pero como estaba ya prevenido, la emboscada fue desbaratada.

Sarmiento de Gamboa dice que se trabó un enfrentamiento, pero que el príncipe no hizo caso a ello y siguió su camino. No debió ser un enfrentamiento grande, pero Betanzos puntualiza que los emboscadores lanzaron una piedra contra Cusi, pero sólo alcanzó a uno de los cargadores de su anda.

Urco no pudo volver al Cusco, pues se lo tenían prohibido. Aun así, no estaba dispuesto a perder el poder tan fácilmente, así que con sus soldados leales fue juntado gente para tratar de retomar el gobierno.

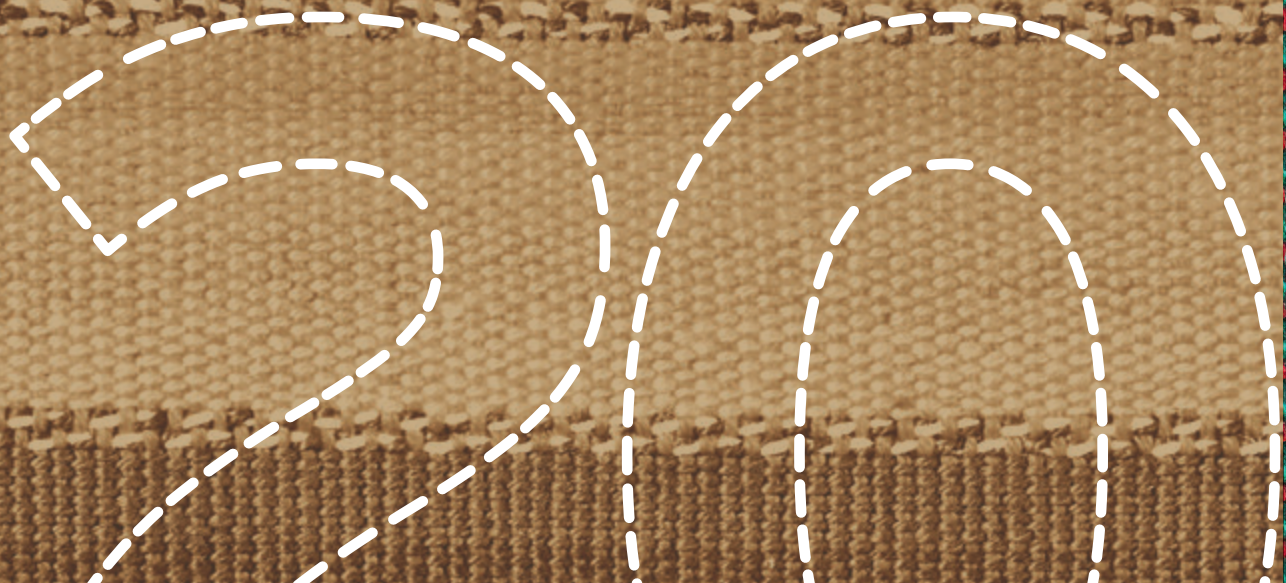
Tiempo después Urco murió en Yucay, luego que Cusi enviara fuerzas para prevenir un alzamiento.

Cuenta Sarmiento de Gamboa que Roca, hermano de padre y madre de Cusi y medio hermano de Urco, en la contienda que se llevaba a cabo en una barranca, le asestó una pedrada en la garganta que le hizo caer al río.

Urco usó la corriente para intentar huir. Salió del río a una legua de distancia, por una peña llamada Chupellusca, pero allí lo alcanzaron y lo mataron.



C A P Í T U L O - X X



C A P Í T U L O X X

Cusi entra al Cusco victorioso después de derrotar a los chancas. Ordena castigos horribles para los prisioneros para que nunca se olviden.

Cusi reparte generosamente el nuevo botín.

Wiracocha lo acepta como sucesor.

El regreso de Cusi Yupanqui y sus fuerzas guerreras debió ser apoteósico. Aún sin la mascaipacha y los demás símbolos de poder, era aclamado como nuevo inca.

Pero en el Cusco, fruto de la primera batalla que se dio a sus puertas, había también dolor por la muerte de muchos guerreros que resistieron la invasión chanca. A esos, dice Cieza de León, el príncipe Cusi los honró con “exequias a su usanza”.

Para los jefes chancas capturados en la última batalla y para los que quedaron presos en la primera, la suerte fue distinta; su deshonor se prolongó más allá de su muerte y fue vista por los primeros conquistadores españoles casi un siglo después.

Cieza cuenta que Cusi mandó construir un largo galpón en lo alto del cerro Carmenca, el lugar donde se dio parte de la batalla. Fue una suerte de tumba que conservó los cuerpos de los sinchis chancas de una manera horrorosa.

Alonso Carrasco y Juan de Pancorvo y otros españoles que ingresaron al Cusco con las fuerzas conquistadoras, le contaron a Cieza que encontraron aquella enorme tumba con un macabro



espectáculo: los cuerpos secos aún eran exhibidos como advertencia de lo que les pasaba a los que se levantaban contra los incas.

Cusi los hizo desollar y, luego, su piel fue rellena de ceniza y paja para volverles a dar forma humana, pero esta vez con sus vientres convertidos en tambores, que eran tocados con los brazos de ese mismo cuerpo.

“De esta suerte y de otras estuvieron hasta que los españoles entraron en el Cusco”, puntualiza Cieza de León. Verdaderamente, alrededor de cien años después, los conquistadores españoles remontaron el mismo cerro Carmenca para tomar con éxito la ciudad y saquear sus tesoros.

El príncipe Cusi, luego de ensañarse con los prisioneros enemigos, quiso abrirse campo hacia el trono desestimando a su padre, y no precisamente yendo contra él, sino presentándose como mejor hombre y gobernante.

“Y luego (Cusi) como quien pensaba tomar por su autoridad toda la tierra y quitar la estimación a su padre, como luego hizo, empezó a distribuir los despojos y hacer muchas mercedes con dádivas y palabras”, dice Sarmiento de Gamboa.

Repartió generosamente el nuevo botín entre los suyos y entre los que lo habían apoyado.

Betanzos dice incluso que no solo repartió el despojo de la guerra, también mandó a traer ropa de los depósitos que el inca tenía en la ciudad y ganado de los corrales reales, para satisfacer a todos.

Compensaba así los esfuerzos y sacrificios de los guerreros y, además, compraba lealtades y acrecentaba su imagen ante toda la gente mostrándose generoso.

Todo le había salido bien, pero algo le pesaba y podía ser un lastre: su padre no lo había consentido como su sucesor. Y aunque nada



Esta vez el cálculo dio fruto, pues Wiracocha abrumado por los señores reconoció la gran victoria de Cusi y aún más.

Cuenta Betanzos que considerando que su hijo Cusi le había enviado esos curacas “y ellos tanto le amaban y le querían por señor”, Wiracocha decidió darles un discurso diciendo que en adelante Cusi Yupanqui “había de ser señor de la ciudad del Cusco” y los exhortó a que lo quisiesen y respetasen también como su señor.

Dijo, además, que “desde allí se desistía de la insignia y la borla real y las ponía en la cabeza de su hijo”, Cusi Yupanqui.

Ahora sí, todo parecía servido para la ascensión del nuevo inca. Sin embargo, hubo un largo trecho entre aquel decir y la acción.

Aquellos símbolos del poder real inca no llegaron rápidamente. Pero Cusi comenzó a gobernar el Cusco.

Los mayores cronistas españoles coinciden en que inició una transformación total del Cusco, empezando por el Inticancha, al que dotó de nuevas construcciones y adornó con tanto oro, que cambió de nombre a Coricancha, es decir, el recinto del oro.

La ciudad fue remodelada dándole la forma de un puma echado, cuya cabeza era Sacsaywaman, y dotándola con edificios magníficos de piedra.

Betanzos afirma que fue después de esta remodelación del Cusco cuando Wiracocha le entregó personalmente las insignias reales. No fue su iniciativa, según dice; fue cuando los señores insistieron en ello y Wiracocha accedió a ir al Cusco y vio la suntuosidad de las nuevas edificaciones. Así, estando frente a su hijo le dijo:

“Verdaderamente tú eres hijo del Sol, y yo te nombro rey y señor”.

Y cuenta Betanzos que se quitó la borla de la cabeza y con sus propias manos se la puso a Cusi diciendo:

“Yo te nombro, para de hoy en adelante, más te nombren los tuyos y las demás naciones que te fuesen sujetas, Pachacútec Yupanqui Cápac Indichuri, que es hijo del Sol que transforma el mundo”.

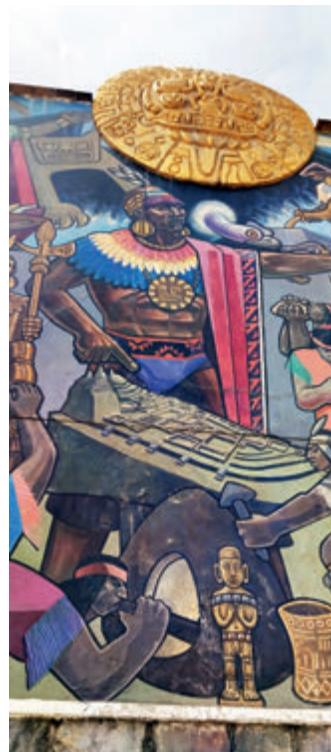
En adelante, el nuevo inca ya no usaría el nombre de Cusi, ahora sería conocido como Pachacútec, el noveno inca y el más insigne de todos.

En su libro *Pachacútec*, Rostworowski describe aquellas insignias reales recibidas de Wiracocha, basándose en los escritos de Bernabé Cobo y Garcilaso de la Vega. “Era un llauto del cual colgaba la mascaipacha sobre la frente. Esta era confeccionada de finísima lana roja, pasada por delgados canutos de oro, que terminaba desflecada sobre las cejas. Encima del llauto alzábanse dos pequeñas plumas de corequenque”.

Betanzos, por su parte, cuenta que inmediatamente después, Pachacútec mandó a traer una olla usada, tal y como la encontrasen en la primera casa, sin lavarla. En ella hizo que sirvieran chicha y se la dio a beber a su padre.

Rostworowski deduce que lo hizo queriendo que de esa forma “el viejo inca fuese el primero en rendirle homenaje”.

Wiracocha –puntualiza Betanzos– tomó la olla y sin responder bebió la chicha, luego se inclinó ante Pachacútec y le pidió perdón.



Pachacútec como líder planificador y constructor del Tahuantinsuyo en un fragmento del mural de la avenida El Sol en el Cusco, elaborado en 1992 por el artista Juan Bravo. (Foto: Enrique Zavala)



C A P Í T U L O - X X I



La ceremonia de asunción de Pachacútec.
El nuevo inca desposa a su esposa principal.
La gran obra de Pachacútec.
El desenlace final con los chancas.

María Rostworowski, en su libro *Pachacútec*, estima que la asunción del noveno inca no fue tan fastuosa como las que le siguieron. Sin embargo, según su descripción, no dejó de ser impresionante.

Juan de Betanzos dice que los líderes de los señoríos que se confederaron a los incas dieron órdenes de proveer todo lo que se necesitase para las fiestas, sacrificios y ayunos de la gran ceremonia de asunción del inca Pachacútec.

Según este cronista, en esa misma ceremonia el nuevo inca elegía a la coya –su esposa principal– y ambos, junto con su familia cercana, entraban en ayuno de varios días en el que solo podían comer maíz crudo y chicha.

Los sacrificios incluían a muchos animales y también las capacochas, que eran los más sagrados sacrificios y que sólo se daban en ocasiones muy especiales. Se trataba de la ofrenda de la vida de niños de ambos sexos, sin defectos ni lunares, casi siempre hijos de nobles.



Los sacrificios de los niños y de animales, que iban desde alpacas hasta pumas, pasando por una gran variedad de aves, se sucedían durante las festividades.

Estaba vestido con las ropas más finas.

La ceremonia de asunción tenía diferentes rituales que se hacían en varios días y la fiesta en general de la asunción de Pachacútec duró tres meses. Luego de ese tiempo, Wiracocha volvió a Calca, donde, según Betanzos, murió diez años después.

Construyó el Cusco hasta darle la magnificencia que tuvo y apreciaron los primeros conquistadores españoles que arribaron en el siglo XVI. Él mismo la diseñó dándole la forma de un puma, cuya cabeza era la ciudadela solar de Sacsaywaman y su cola la confluencia de dos ríos que pasaban por la ciudad.

Todo fue planificado, como otras ciudades que también diseñó y que primero hizo en maquetas.

Elaboró un nuevo calendario que serviría para orientar la siembra y la cosecha; le dio gran importancia a la contabilidad del reino; mandó a abrir caminos para interconectar todo el imperio; planificó el trabajo de mita, que era una suerte de trabajo por turno como servicio al Estado; dotó a los incas de nuevas leyes; reorganizó y capacitó al ejército para hacerlo más eficiente; incluso reorganizó al clero en represalia a su osadía de confabularse con los chancas; modificó la religión y creó una serie de mitos y leyendas que justificaban sus conquistas y el dominio sobre otras naciones.

“Es así como Manco Cápac fue transfigurado en el ordenador inicial y Pachacútec en el organizador definitivo”, dice Espinoza en su libro *Los Incas*.

Sus empresas militares lograron dar muchos frutos, pero el crecimiento territorial se dio poco a poco y con mucho aprendizaje.

“El enorme territorio no se adquirió de la noche a la mañana; algunas conquistas tardaron años enteros y no llegaron a una completa dominación hasta el reinado de Túpac Yupanqui. Cada expedición será cuidadosamente preparada por el Inca, no sólo en los aprovisionamientos sino en la construcción de fuertes y pucaras”, afirma Rostworowski.

Pachacútec, según los historiadores, fue un inca fuera de serie.

“No cabe duda, fue un hombre genial. Abarcó y dominó todas las actividades. Fue el cerebro más insigne que ha producido la América precolombina, solo comparable a Alejandro Magno”, dice Espinoza.

Las expediciones expansionistas se basaron en controlar primero los señoríos cercanos al Cusco, consolidando su poder y su fama.





Dice Sarmiento de Gamboa que en sus victorias Pachacútec “era cruelísimo con los vencidos”. Incluso señala que “tenía a la gente espantada de tal manera que, de miedo a ser comido por las fieras o quemados o cruelmente atormentados, se le rendían y obedecían”.

“Primero –dice Rostworowski–, subyugó la región de los soras y vilcas, luego extendió su poderío hacia los chinchas y los yungas de la costa, para someter más tarde a los turbulentos collas. Sólo entonces mandó el Inca sus ejércitos contra los huancas del Chinchaysuyo”.

Pachacútec desde un inicio y por largo tiempo encabezó a su ejército en sus empresas conquistadoras, pero ya con las grandes ocupaciones de gobierno y su edad avanzada, encomendaba las tareas de conquista a sus generales.

Dice Sarmiento de Gamboa que aún con “sed de tiranizar el mundo”, quiso quedarse en el Cusco “por su vejez”.

En ese entonces, según la narración de este cronista, Pachacútec reunió un ejército de sesenta mil soldados, y los aprovisionó de armas y de todo lo necesario para una nueva campaña. Esta vez puso como comandante general a su hermano Cápac Yupanqui, y como sus segundos al mando a Huayna Yupanqui, otro de sus hermanos, y al auqui Apu Yanqui Yupanqui, otro hijo suyo.

Aquel ejército conquistador se componía de varios batallones que estaban al mando de capitanes. Los de naciones extranjeras asimiladas, estaban bajo el mando de un capitán de su mismo origen, para asegurar que haya un correcto entendimiento. Entre esos capitanes estaba Anco Aylo, al mando de los soldados chancas.

En la emblemática guerra que se libró en las puertas del Cusco y luego en Ichupampa, no se exterminó a los chancas.

Waldemar Espinoza dice que la primera campaña que encabezó Pachacútec después ser nombrado sapainca, fue para terminar con



Representación del Inca Pachacútec, con quien nace la fase imperial de los incas.
(Imagen generada por IA - Copilot)



la amenaza chanca. Enrumbó hacia Andahuaylas sin encontrar resistencia, salvo en la fortaleza de Curamba.

Luego, quiso concretar la paz de una forma menos agresiva, así que Espinoza cuenta que Pachacútec entregó al gobernante chanca una mujer de la nobleza inca como esposa.

Los chancas se sometieron a Pachacútec y pasaron a formar parte del nuevo gran Estado que estaba construyendo.

Sarmiento de Gamboa señala que Anco Aylo vivía en el Cusco y que los nobles incas le tenían como hermano. Pero él, como muchos otros sometidos al poder inca, soñaban con la libertad.

Pachacútec quería extender sus dominios hacia el norte, así que ordenó a su hermano Cápac Yupanqui que avanzara conquistando hasta la zona llamada Yanamayo.

Le ordenó que sólo debía llegar hasta allí y dejar en la zona una buena guarnición para asegurar su sumisión. Y le enfatizó que de ninguna manera debería ir más allá.

Pachacútec –dice Sarmiento– le pidió que dejara chasquis cada media legua, para tener noticias frescas de lo que iba sucediendo.

En el camino fueron sometiendo pueblos que hallaron a su paso. Sin embargo, en los límites más lejanos de Huamanga, encontraron una valerosa resistencia en una fortaleza llamada Urcocollac, pero los lugareños fueron finalmente vencidos gracias a la valiente y eficiente actuación de los chancas.

Sarmiento dice que ganaron más honra que los orejones cusqueños y que los batallones de otras naciones.

A través de los chasquis, Pachacútec se enteró de la victoria y de la gran actuación de los chancas, lo que lo preocupó al punto de pensar en la forma de deshacerse de ellos.

“Le pesó mucho que los chancas hubiesen ganado más honra que los incas, e imaginó que por esto se ensoberbecerían, y propuso hacerlos matar”, dice Sarmiento.

Esa crónica cuenta que Pachacútec envió un mensajero a Cápac Yupanqui para ordenarle que “matase a los chancas como mejor pudiese” y que si no lo hacía sería a él a quien mandaría a matar.

El mensaje llegó, pero no en total secreto. La esposa de Cápac Yupanqui, que estaba viajando con él en esta campaña, se enteró de la orden que venía desde el Cusco. Aquella mujer era una noble chanca, hermana de Anco Aylo, así que le advirtió de las intenciones de Pachacútec.

Sarmiento cuenta que Anco Aylo habló con sus soldados y les dijo que era su oportunidad de encontrar libertad, así que, llegando a Huánuco, todos los chancas huyeron e incluso los siguieron algunos soldados de otras naciones.

Se metieron en la selva por Chachapoyas para evitar ser encontrados por las fuerzas incas que los perseguían y que nunca pudieron alcanzarlos.

En la persecución Cápac Yupanqui y su aún numeroso ejército llegaron a Cajamarca, y la encontraron muy poblada y rica en oro y plata.

Desacatando lo ordenado por el inca Pachacútec, Cápac Yupanqui decidió conquistar esa nación, y aunque hubo resistencia, logró dominarlos consiguiendo un botín extremadamente abundante.

“Y juntó Cápac Yupanqui en la plaza de Cajamarca los tesoros que allí había habido. Y como vio tanta suma y grandeza, ensoberbióse y dijo gloriándose que más había ganado y adquirido él que su hermano el inca”, dice Sarmiento de Gamboa.



Todo esto llegó a los oídos de Pachacútec, que planeó matarlo.

Sarmiento dice que disimuló su decisión y le mandó a decir que regresara al Cusco con el botín y que dejara en la nación conquistada suficiente guardia para retenerla.

Cuando Cápac Yupanqui estaba a ocho leguas, Pachacútec envió al gobernador del Cusco, llamado Inca Apon, a que le cortase la cabeza.

La orden se cumplió y no solo con él; también fue decapitado el otro hermano, Huayna Yupanqui.

Justificó la ejecución en el escape de los chancas y en la desobediencia del mandato del sapainca, de no avanzar más allá de Yanamayo.

El resto de jefes militares fueron mandados a entrar al Cusco en victoria junto con el botín de guerra, que el sapainca pisó.

De los chancas no se supo mucho más, mientras que de Pachacútec se contarían las grandezas de sus obras.

Si aquellas batallas cerca del Cusco hubieran sido ganadas por los chancas la historia sería muy diferente. Aunque no lograremos saberlo con precisión, podemos deducir que el desarrollo en los Andes no hubiera sido el mismo o, peor aún, podría haber sido involutivo.

María Rostworowski incluso llegó a pensar que fueron los chancas los culpables de la desaparición de la gran cultura Wari, a lo que algunos historiadores llegan a calificar como “imperio”. “Se puede plantear la hipótesis de que los chancas, dado su carácter indómito y belicoso, fueron quizá los responsables de la desintegración del centro Wari y los principales culpables de su deterioro”, dice en su obra *Historia del Tahuantinsuyo*.

La posibilidad de organización de un estado imperial estaba, entonces, muy lejos de su alcance y los hallazgos arqueológicos

de los más de cien poblados chancas en la cuenca del río Pampas demuestran la sencillez de su arquitectura y planificación urbana.

En un documental del año 2003 emitido por History Channel en su serie *Dynasties*, el profesor John Fisher, del Departamento de Historia de la Universidad de Liverpool, por el contrario, plantea que la figura de Pachacútec y su liderazgo fueron fundamentales para la creación de una gran cultura: la del Imperio de los Incas. “La base de la grandeza de Pachacútec es que tuvo la visión, capacidad y los datos organizativos para explotar los recursos militares y humanos del grupo indígena que vivía en el Cusco y sus alrededores, y expandir su poder gradualmente y asimilar a otros grupos étnicos que, hasta esa época, habían sido potenciales rivales de los incas”, sostiene.

Entonces, no sólo fue un guerrero valiente que supo ganar una guerra que se llevó a cabo en las puertas del Cusco, sino que tuvo la sabiduría para idear un estado tan sólido que se convirtió en un imperio.

Y no sólo la gobernanza fue su fuerte, Pachacútec fue un gran arquitecto y constructor, que llevó a lo más alto las edificaciones incas.

En el documental *Exploración Inca*, el arqueólogo peruano Fernando Astete Victoria dice que en Machu Picchu se puede encontrar el patrón arquitectónico que este gran inca consolidó. Él, que fue director de ese parque arqueológico, sostiene que lo hizo, entre otras cosas, “para mostrar el tipo de arquitectura que debía repetirse a lo largo del Tahuantinsuyo”.

Para crear la arquitectura megalítica inca, con esa asombrosa precisión de encaje de las piedras que se ven en la ciudadela solar de Sacsaywaman y en sus palacios y templos, recurrió a la tecnología que habían desarrollado sus ancestros en Tiahuanaco. Desde allí mandó traer a constructores y a los especialistas en dar forma a las piedras, un trabajo que esa cultura había desarrollado en siglos.





El triunfo inca sobre los chancas fue también el nacimiento del imperio más extenso, asombroso y mejor organizado de la llamada América precolombina.





B I B L I O G R A F Í A

Ancestros y Wakas. (2020, 11 de junio). *Entrevista a Rodolfo Cerrón-Palomino* [video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=NLLk2QKiTEE>

Barrionuevo, Alfonsina. (2006). *Entrevista a Waldemar Espinoza Soriano* [entrevista]. Huellas en el tiempo. Pax Televisión. <https://www.youtube.com/watch?v=s5D1ZQs1CHE>

Battcock, Clementina. (2018). *La guerra entre incas y chankas*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Bauer, Brian; Araoz, Miriam & Kellet, Lucas. (2013). *Los Chancas*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.

Belan, César. (2023, 3 de agosto). *Los grandes héroes olvidados: Sebastián Garcilaso de la Vega*. Universidad Católica San Pablo. <https://ucsp.edu.pe/noticias/los-grandes-heroes-olvidados-sebatian-garcilaso-de-la-vega/>

Betanzos, Juan de. (1987). *Suma y Narración de los Incas*. Madrid: Ediciones Atlas (original publicado en 1551).

Cárdenas, Leiner. (2016). *El ejército de los incas*. Valentinbook.

Cobo, Bernabé. (1893). *Historia del Nuevo Mundo Tomo IV*. Sevilla: Imprenta de E. Rasco Bustos Tavera.

Cieza de León, Pedro. (1553). *Crónica del Perú*. Fundación Carlos Slim.

Cummins, Thomas & Ossio, Juan. (2019). *Vida y obra fray Martín de Murua*. Ernst & Young Asesores S. Civil de R. L.

Espinoza Soriano, Waldemar. (2012). *Los Incas, economía sociedad y estado en la era del Tahuantinsuyo*. Ediciones Inkamaru.

Garcilaso de la Vega, Inca. (1963). *Comentarios reales de los incas primera parte*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles (original publicado en 1609).

González Carré, Enrique. (2004). Los señoríos chancas: historia mitos y leyendas. *BIRA* 31, 67-84.

Guaman Poma de Ayala, Felipe. (1615). *Nueva Crónica y Buen Gobierno*. El Libro Total. <https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=3692>

G.M., Abel. (2021, 16 de octubre). *Tiahuanaco, la misteriosa civilización del lago Titicaca*. National Geographic. https://historia.nationalgeographic.com.es/a/tiahuanaco-misteriosa-civilizacion-lago-titicaca_15824

Herrera y Tordesillas, Antonio de. (1726). *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar océano*. Madrid: Imprenta real de N. Rodríguez Franco. https://archive-org.translate.google/details/generaldehechosdo3herr?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc

HHistory Latinoamérica. (2024, 7 de diciembre). El oro inca y el misterio de su sabiduría - Exploración inca [serie]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=eep2qDfiNos>

Montesinos, Fernando de. (1882). *Memorias Antiguas, Historiales y Políticas del Perú*. Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta.

Murúa, Martín de. (1613). *Historia General del Perú*. Fundación El Libro Total. <https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=3529>

Oliva, Anello. (1895). *Libro primero del manuscrito original del R.P. Anello Oliva, S.J. Historia del reino y provincias del Perú, de sus Incas reyes, descubrimiento y conquista por los españoles de la corona de Castilla, con otras singularidades concernientes á la historia*. Imprenta y librería de S. Pedro. Publicado por Pazos, Juan & Varela y Orbegoso, Luis.

Orgaz, Cristina. (2024, 9 de marzo). *Cómo desapareció la civilización de los Tiwanaku conocida como la “cultura madre” de América del Sur*. BBC News Mundo. <https://www.bbc.com/mundo/articles/cj56r489m5eo>

Ossio Acuña, Juan. (2021). *El Tahuantinsuyo de los incas*. Ernst & Young Consultores S. Civil de R. L.

Pease, Franklin. (2007). *Los incas* (4.^a ed.). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Rostworowski, María. (2013). *Historia del Tahuantinsuyu*. IEP Instituto de Estudios Peruanos.

Rostworowski, María. (2021). *Pachacutec Inca Yupanqui*. IEP Instituto de Estudios Peruanos.





EY

Santa Cruz Pachacuti, Juan. (siglo XVII). *Relación de antigüedades desde reyno del Perú*.

Sarduní, J.M. (2021, 24 de agosto). *Chasquis, los mensajeros del inca*. National Geographic. https://historia.nationalgeographic.com.es/a/chasquis-mensajeros-inca_15459

Sarmiento de Gamboa, Pedro. (1572). *Historia de los Incas*. Fundación el Libro Total. <https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=3592>

The Norton & History Channel. (2003). *Dynasties* [documental]. https://www.youtube.com/watch?v=777_d8YlpbI

Townsley, Graham. (2006). *Conquista del Imperio Inca: La Verdadera Historia* [documental]. National Geographic.

TV Perú. (2018, 17 de setiembre). *Sucedió en el Perú (TV Perú) - Incas imperiales - 27/08/2018* [video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=UR4-ACaUzBk>

Zuidema, Tom. (2018). La imagen del Sol y de la huaca del Susurpuquio en el sistema astronómico de los Incas en el Cuzco. *Journal de la Société des Américanistes* Tomo 63, 1974, 199-230.

AGRADECIMIENTOS

Maria Alejandra Barrientos

Patricia Bazalar

César Belan

Sandra Delgado

Alfredo Herrera

Elvis Jump

Miya Mishima

Paulo Pantigoso

Yenine Ponce

Karla Ramírez

Gabriel Zavala

Mariana Zavala

Dante Zegarra









Shape the future
with confidence

Nace un IMPERIO

La historia de los incas
contra los chancas



La historia de los incas y del imperio que forjaron fue básicamente narrada por cronistas españoles que recogieron testimonios y cantares que manifestaban gran parte de la verdad en narraciones legendarias. La ausencia de escritura hizo que hechos tan importantes, como la guerra entre los incas y los chancas, fueran contadas entre el mito y la realidad. Aquella guerra por el dominio de los Andes fue la que provocó el surgimiento del gran Inca Pachacútec y, con él, el nacimiento de la etapa verdaderamente imperial de los incas. En este reportaje histórico, Enrique Zavala aborda el tema basado en las antiguas crónicas, en las interpretaciones históricas y en revelaciones arqueológicas recientes, acercándonos a lo que pudiera haber pasado en la realidad.



Para descargar este libro
puede dirigirse a:
www.ey.com/pe/la-historia-en-ey



9 786125 228024